

A photograph of a woman's back, seen from behind. Her hands are resting on her shoulders, and her fingers are interlaced. She is wearing a ring on her left ring finger. The lighting is dramatic, with a strong red glow illuminating her hair and shoulders, while the rest of her back is in shadow. The background is black.

ZOE

EL PRECIO DEL AMOR

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE



EL PRECIO DEL AMOR

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Zoe. El precio del amor

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©mayo, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Viernes, dos de la tarde, y por fin empezaba mi tan deseado descanso.

Quien me dijo que ser asistente personal era un trabajo tranquilo y cómodo en el que solo llevaría la agenda de mi jefa, mintió descaradamente.

Y esa persona fue Susan, la encargada de la bolsa de trabajo de la academia donde hice el curso de secretariado, así como de administración.

Mi jefa no era un ogro ni mucho menos, llevaba trabajando para ella cuatro años, pero cada día era como una maratón, de un lado al otro en reuniones, reorganizando su agenda, rascando tiempo de aquí y allí para esta comida o cena de negocios, y un sin fin de cosas que ya no quería pensar más.

Gina, mi querida jefa, era una mujer de cuarenta años, rubia de ojos marrones, elegante y sensual, que había sacado adelante una empresa dedicada a la inversión en propiedades. Compraba y vendía edificios para oficinas, apartamentos, casas de lujo, o cualquier cosa que le pudiera dar rentabilidad en poco tiempo, y era buena para negociar las condiciones, además de que tenía amistad con varios banqueros y agentes inmobiliarios que le conseguían los clientes apropiados.

En la empresa había decenas de empleados, pero no me relacionaba con ellos, más que en las cenas de empresa cada Navidad. Solo mantenía amistad laboral con Sofía y Mike, secretaria y contable financiero de confianza de Gina.

Sofía tenía mi edad, veintiocho años, y era una preciosa mujer de cabello castaño y ojos verdes, con una sonrisa de lo más tranquilizadora.

Mike era unos años mayor que nosotras, tenía treinta y dos años, era moreno y con unos ojos azules como el mismo cielo en un día soleado.

Entre ese par había una tensión sexual no resuelta que se podía percibir en el ambiente, pero ellos la negaban constantemente.

—Nos vemos el lunes, chicos —dijo Gina sonriendo, cuando salió del despacho.

Nuestro horario de trabajo de lunes a jueves era de ocho a dos en la oficina, y por las tardes trabajábamos desde nuestras casas otras dos horitas, mientras que los viernes solo íbamos por la mañana.

—Uf, por fin dos días para descansar —Sofía suspiró dejando caer la cabeza hacia el respaldo de su sillón—. Zoe, tengo una de esas cajas regalo con una experiencia en un spa, para dos personas, ¿te animas a venir el sábado conmigo?

—Eso suena como música para mis oídos —sonreí—, pero tengo cena familiar.

—Pues tendré que ir sola, porque este fin de semana es el último que puedo usarlo.

—¿Y por qué no vas con Mike? —propuse mirando a nuestro compañero, que estaba terminando de recoger sus cosas, y al escuchar su nombre levantó la cabeza.

—¿Qué se hace en un spa? —preguntó él.

—Disfrutar de los chorros de agua en el jacuzzi, que te den un masaje... esas cosas.

—Me apunto.

—Solucionado, ya tienes plan, Sofía —sonreí haciéndole un guiño.

—Yo, bueno, no sé...

—Sí, sí sabes. Tú lo invitas al spa y él, te lleva a cenar. Plan perfecto para un sábado entre dos compañeros de trabajo —dije colgándome el bolso al hombro—. Que os divirtáis. Nos vemos el lunes —canturreé y fui hacia el ascensor.

La mirada de Sofía cuando se estaban cerrando las puertas, era de esas que bien podrían haberme hecho desaparecer, yo sonreí despidiéndome con la mano y ella resopló.

Si había algo que tenía claro, era que mis compañeros necesitaban eso, un día juntos fuera del trabajo para darse cuenta de lo que Gina y yo les decíamos a ambos por separado.

Sí, mi jefa y yo éramos un poco Celestina a veces con ellos.

Mientras caminaba por el aparcamiento del edificio hacia mi coche, ese precioso Mini rojo que me compré dos años atrás, me entró un mensaje en el móvil y al sacarlo del bolso vi que era de Alice, mi mejor amiga desde que íbamos al jardín de infancia.

Alice: *Hola, hola, bombón. Espero que no te hayas olvidado de que hoy comemos juntas. Te estoy esperando, así que mueve ese lindo culito hasta aquí. Voy pidiendo vino.*

Me eché a reír al leerlo, porque solo ella podía sonar dulce al decir aquello que sabía que en su

cabeza era como una amenaza silenciosa.

Alice y yo quedábamos para comer todos los viernes, era una tradición que adquirimos mientras estudiábamos después de acabar el instituto, y que no cambiaría nunca.

Ella era de mi edad, tenía el cabello castaño y unos preciosos ojos miel que siempre llamaron la atención de todo el mundo. Era esbelta, siempre con una sonrisa en los labios y capaz de levantarte el ánimo con una sola palabra.

Ella fue mi gran apoyo cuando rompí mi relación con el último novio que tuve, hacía ya un año, al enterarme de que vivía en una mentira desde que lo conocí, tres años atrás.

Él estaba casado y tenía dos hijos, algo que nunca supe ni tampoco sospeché. El hecho de que los dos trabajáramos de lunes a viernes y solo pasáramos juntos los fines de semana, no era motivo para sospechar, dado que así era la relación de pareja de mucha gente.

Solo que él no vivía en New York, como yo, sino en Newark, de ahí que a su familia de dijera que debía viajar por trabajo los fines de semana. Salvo aquellos en los que tenía comidas o cenas familiares, y a mí me decía que tenía mucho trabajo.

Alice fue la primera en sospechar tras haberme pasado casi dos meses sin verlo esos fines de semana, decía que había algo raro ahí, y temía que me estuviese engañando con otra, pero la sorpresa fue enterarnos de que yo era la otra.

Ella organizó el viaje a Newark un viernes, nos presentamos en su trabajo a la hora que debería salir, lo vimos, lo seguimos y se me cayó el mundo encima al verlo llegar a una casa donde una mujer de su edad, él me llevaba diez años, y dos niños de unos cuatro y seis años, salieron a recibirlo.

Esa noche me bebí todo lo que había en el bar de la habitación de hotel que había reservado Alice, el sábado lo pasamos allí mientras yo reía y lloraba a partes iguales, y acabamos planeando la mejor manera de dejarlo.

Volvimos a esa casa el domingo por la mañana con fotos impresas en las que él y yo salíamos juntos, nos aseguramos de que él salía de casa con los niños y llamamos a la puerta esperando que abriera su mujer.

Alice tenía una foto preparada para que ella la viera, y sin decirle nada, nos dejó entrar en la casa.

Le conté todo, le enseñé el resto de las fotos y a pesar de su entereza, alguna que otra lágrima se le escapó.

Yo en cambio me prometí no llorar, y antes de salir de aquella casa, asegurándole que no sabía nada de ella y los niños, dejé un sobre para él en el buzón.

Me llamó esa misma tarde diciéndome que quería hablar, pero no lo dejé.

No tardó en enviarme un mensaje para pedirme perdón, mintiendo y diciendo que estaban en trámites de divorcio desde hacía tiempo, que vivían separados y que ese fin de semana le tocaba quedarse con los niños, que quería contármelo todo, pero estaba esperando al mejor momento y modo de hacerlo.

Por suerte yo misma había visto con mis propios ojos el modo en el que ambos sonrieron al verse aquella tarde de viernes y el beso que se dieron. No, eso no era señal de que fuera a divorciarse, ni mucho menos de que vivieran separados.

Me había engañado como a una tonta y me prometí a mí misma, que se había acabado, nadie volvería a jugar así conmigo.

Alice me presentó un par de meses después de uno de sus compañeros, ella era secretaria en un bufete de abogados de prestigio, y a pesar de que congeniamos y nos vimos alguna vez más y acabamos acostándonos, no había mucho más que hacer con él.

Desde ese momento, cuando salía con mi mejor amiga, siempre que ella no tuviera una de sus citas de fines de semana llenos de sexo, lujuria y desenfreno con el hombre con el que tenía una relación desde hacía dos años, si conocía a un chico que me gustaba, acabábamos en la cama después de tres citas.

Pero solo era sexo, y me dije a mí misma que solo sería sexo hasta que encontrara a ese hombre que me hiciera vibrar y sentir que podía volver a amar a alguien.

Llegué al restaurante donde me esperaba mi loca y adorable amiga, cerca de su trabajo y la encontré disfrutando de una copa de vino mientras ojeaba el móvil.

—Ya está aquí mi lindo culito, ¿contenta? —dije, cuando apoyé la mano en su hombro y ella me miró.

Tan elegante y guapa como siempre, con una falda lápiz negra, la blusa de seda blanca, zapatos de tacón y labios rojos.

—Ya era hora —resopló, pero acabó sonriendo—. ¿Qué tal, cielo?

—De viernes por fin —sonreí sentándome mientras ella me llenaba la copa de vino.

—El mejor día de la semana, no hay duda —hizo un guiño.

La camarera, que ya nos conocía más que de sobra, llegó con nuestra ensalada para compartir y un plato de brochetas de salmón con verduras a la brasa que estaba buenísimo.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana? —preguntó cuando volvimos a quedarnos solas.

—Mañana tengo cena familiar, y el domingo, después de darle una limpieza al apartamento, me voy a pasar la tarde en el sofá comiendo helado y dándome una maratón de alguna serie. Tengo varias pendientes por ver.

—Ah, de esas que ves por la trama, ¿eh?

—Ajá.

—Y qué tramas más atractivas son —dijo con un movimiento de cejas.

—Calla, loca —reí—. Y tú, ¿qué?

—Yo tengo una fiesta a la que asistir con mi caballero.

—Ya me conozco yo tus fiestas.

—No, no las conoces porque no has querido venir nunca a una. ¿Cuántas veces te he invitado?

—Muchas, pero ya sabes que ese no es lugar para mí.

—Ay, mi querida Zoe, tan liberada para unas cosas y tan cohibida para otras —suspiró.

—Así soy yo, ya me conoces.

Comimos mientras nos contábamos cómo había ido nuestra semana, a pesar de que nos escribíamos un mínimo de tres veces al día, de lunes a viernes, cuando necesitábamos dar un buen grito, como decía ella, por culpa del estrés acumulado.

Y no es que nuestros respectivos jefes o el trabajo no nos gustaran, pero a veces había situaciones que, por un motivo u otro, nos acababan superando.

Acabamos hablando de mi familia, de las ganas que tenía de acompañarnos a mi madre y a mí en una de nuestras cenas de chicas algún viernes que quedáramos para ello, y como siempre, terminamos hablando de su relación.

—Llevas dos años con él, Alice, y es todo tan sumamente secreto, que de verdad no se me va de la cabeza la idea de que ese hombre está casado, tú lo sabes, lo consientes, y no me lo dices.

—No tienes que preocuparte, ¿vale? Te lo digo siempre, y no es broma. No puedo hablarte de él, aunque sabes que me encantaría —sonrió.

—Es que es como si fuera un secreto de Estado, Alice —negué.

Y como siempre, la conversación terminaba con ella dándome un beso en la mejilla mientras me decía lo mucho que me quería.

Yo a ella también, era como una hermana para mí, por eso me preocupaba el hecho de que estuviera en una relación tan estrictamente secreta.

Pero si era feliz, y se veía que sí, me alegraba por ella infinitamente, de verdad, porque también tenía su propia historia de amor fallida con un chico de la universidad que la había dejado bastante marcada.

Después de comer, y como venía siendo costumbre, alargamos la sobremesa hasta el punto de que a las ocho de la tarde aún seguíamos allí tomando cócteles y riendo por alguna de esas anécdotas de nuestra adolescencia que nunca podríamos olvidar.

Aprovechamos para cenar allí, bebiendo refrescos, eso sí, y a las diez nos despedimos en su coche con un abrazo y un par de besos.

—Nos vemos la semana que viene, cariño —dijo con su preciosa sonrisa.

—Hablamos el martes, como siempre —le advertí mientras la señalaba.

—Obvio —volteó los ojos y me eché a reír.

Comencé a caminar hacia donde había aparcado el coche, lo puse en marcha siendo recibida por la inconfundible voz de Aretha Franklin, sonreí y empecé a cantar con ella esa canción que Alice, su madre y yo habíamos cantado cientos de veces cuando éramos dos adolescentes y pasábamos el sábado en su casa.

—*I say a little prayer for you...*

Esa canción siempre fue la favorita de sus padres, y desde que él murió cuando Alice tenía ocho años, se convirtió en la mejor manera para ella de recordar al gran amor de su vida.

Las dos podíamos decir que Aretha formaba parte de la banda sonora de nuestras vidas.

—*To live without you would only mean heartbreak for me...*

Conduje hasta mi barrio, a unas pocas calles de distancia de Central Park, y tras dejar el coche en mi plaza de aparcamiento, subí en el ascensor hasta la octava planta, donde tenía mi acogedor apartamento de dos dormitorios, cocina, cuarto de baño y una pequeña terracita desde donde veía, a lo lejos, el gran parque de la ciudad de New York.

Me fui quitando los zapatos de tacón, la falda y la blusa mientras iba a la habitación, me puse una de mis camisetas favoritas que me quedaban grandes, sonreí al verme con ella y fui a la cocina a servirme una copa de vino que tomé sentada en el sofá de dos plazas que tenía en la terraza mientras escuchaba los sonidos típicos de las noches neoyorquinas.

Miré al cielo contemplando la misma estrella que veía desde que tenía doce años, en el mismo lugar, y sonreí antes de dar un sorbo a mi copa.

Cerré los ojos, respiré hondo y disfruté de la noche y el vino antes de dar el día por finalizado.

Capítulo 2



Me había levantado tarde, un pequeño capricho que me daba los sábados, y tras el café y una tostada para desayunar, salí a hacer la compra semanal, a mi vuelta a casa pasé el resto del día cocinando para tener varios táperes de comida congelada.

Y después de ver una película mientras me comía una tarrina pequeña de helado, preparé unos vaqueros, una camisa de raso y sin mangas en amarillo pastel, los zapatos negros de tacón, y fui a darme una ducha mientras cantaba a todo pulmón cualquier canción que fuera sonando en la radio.

Opté por secarme el pelo y recogerlo en una coleta alta, apliqué mis cremas favoritas en rostro y cuerpo, me maquillé y tras vestirme, estaba lista para ir al encuentro de mi familia en el restaurante donde solíamos vernos.

Mi familia era pequeña, pero nos faltaba un miembro, uno importante, desde hacía dieciséis años.

Yo no era más que una niña cuando murió, y aquello me marcó para siempre.

Jim, mi padre, uno de los mejores inspectores de policía que tenía la ciudad de New York y que, en acto de servicio, falleció a los cuarenta años.

Elisa, mi madre, no había rehecho su vida después de eso pues, al igual que la madre de Alice, decía que él había sido y siempre sería su gran amor.

A sus cincuenta años, mi madre seguía trabajando como profesora de jardín de infancia, y es que desde siempre le encantó estar con niños. Ella, al igual que mi padre, siempre quiso una gran familia, pero a pesar de que yo llegué cuando eran unos jóvenes de veintidós años ella y veintiocho años él, no volvieron a ser bendecidos con un segundo embarazo, y eso que los dos eran fértiles y gozaban de buena salud.

Mis tíos, Elena y Lewis, de cincuenta y cincuenta y cuatro años respectivamente, también tenían solo una hija, mi prima Clare, dos años mayor que yo, que había seguido los pasos de su padre y el mío, siendo una de las mejores policías.

Mi tía Elena era enfermera, y era la gemela de mi madre.

Ambas rubias, de ojos azules, preciosas, cariñosas y con una sonrisa para quien la necesitara.

Mi padre tenía el cabello castaño y los ojos marrones, pero yo era igual que mi madre y mi tía. Clare había heredado el cabello rubio de nuestras madres al igual que yo, pero tenía los ojos marrones de su padre, quien tenía el cabello negro azabache y en el que, a día de hoy, podían verse algunas vetas plateadas fruto de la edad.

Adoraba a mi madre, la quería con locura y siempre podía contar con ella, pero mi padre era ese héroe sin capa que veía a diario cuando llegaba a casa.

Solía decir que cuando Clare y yo fuéramos adolescentes, él y mi tío Lewis, que siempre fueron mejores amigos, abrirían la puerta de casa como lo hacían Will Smith y Martin Lawrence en la segunda parte de “Bad Boys”.

Mi madre y mi tía se reían, y Clare y yo lo entendimos cuando teníamos quince años y vimos la película en cuestión.

Ambas nos miramos y nos echamos a reír, porque sí, veíamos a nuestros padres capaces de hacer aquella escena.

No, mi padre no la hizo nunca, pero mi tío Lewis sí que se metió en el papel de padre con aquel chico que me invitó a ir al baile de fin de curso, y lo peor de todo fue que hizo la maldita escena con mi prima Clare. Esa noche supe que ella sería una digna hija y sobrina de policías.

Cuando entré en el restaurante vi las tres melenas rubias a lo lejos, sonreí y fue mi tío, que estaba frente a la puerta, quien me vio primero y me hizo un guiño.

—¿Queda comida para mí? —pregunté cuando llegué a la mesa.

—Mi niña —mi madre sonrió y le di un abrazo.

—Todavía no hemos pedido, prima, llegas a tiempo.

—Menos mal, ya creí que te habías comido todas las tostas de queso y cebolla caramelizada —reí.

—Sabes que odio la cebolla —volteó los ojos.

—Hola, tía.

—Hola, cariño —sonrió.

—Tío Lewis.

—¿Cómo estás, cariño? —Me dio un abrazo.

—Hambrienta —dije mientras me sentaba.

—¿No has comido, hija? —preguntó mi madre, preocupada.

—Sí, he picado un poco de todo lo que he estado cocinando para la semana.

—Pues te veo más delgada, no debes estar comiendo bien. Si no te hubieras independizado...

—Tú me estarías cebando para cocinarme en Acción de Gracias, lo sé —resoplé.

—No, cariño, eso no, pero comerías mejor.

—Mamá, que sé cocinar —reí.

El camarero llegó para tomarnos nota y tras pedir algunos entrantes para compartir, marisco y un pescado al horno que hacían buenísimo, volvimos a quedarnos solos, retomando la conversación que esta vez se centró en cómo había ido el trabajo de cada uno.

El tío Lewis dijo que estaban con un caso de drogas que los traían de cabeza. Él, era comisario, y todo el departamento de narcóticos andaba tras diferentes pistas que no conducían a nada.

Clare era simplemente agente de policía, iba en el coche patrulla con su compañero, pero siempre que podía le echaba una mano a mi tío con alguno de los sospechosos habituales que andaban por las calles de la ciudad y por los lugares en los que solían trapichear con drogas.

Luego estaba mi madre, que andaba loca con un par de niños que le tenían mucho cariño. Al parecer acababan de perder a sus padres recientemente y se estaban haciendo cargo de ellos, sus tíos.

Y mi tía había pasado las últimas tres noches de guardia, así que estaba deseando disfrutar del domingo en plan tranquilo en casa.

Disfrutaba de esos ratos en familia, aunque echaba de menos a mi padre y me encantaría que estuviera con nosotros, pues se alegraría de todo lo que tanto Clare, como yo, habíamos conseguido.

Para mis padres, así como para mis tíos, ambas éramos sus hijas más que sobrinas.

Después de la cena nos tomamos una copa con ellos allí mismo en el restaurante y nos despedimos en la calle, no sin que antes mi madre me hiciera prometerle que iría a comer con ella el martes.

—Y ahora, querida prima, nosotras nos vamos a ir a mover el esqueleto —me dijo Clare, pasándome el brazo por los hombros.

—Verás que mañana me levanto con resaca —suspiré, porque la conocía de sobra.

—¿Tienes algo que hacer mañana? No, así que —se llevó los dedos a los labios y fingió cerrarlos con una cremallera—. Necesito beber, prima.

Caminamos hacia mi coche, pues ella había ido en taxi y después vendría a dormir a mi casa, y subimos para ir a la zona donde se encontraban los locales de moda.

—¿Amanda? —pregunté cuando nos sentamos, aunque sabía más que de sobra la respuesta. Ella asintió.

—Nos vimos el fin de semana pasado, y caí de nuevo.

—Clare...

—Lo sé, cariño, lo sé. Pero esa mujer es mi perdición, sabe dónde tocar.

—No quiero escuchar eso.

—No me refería a eso —sonrió—. Es que sabe cómo hacer para que me olvide de lo que hizo.

—Pero también es experta en dejarte después de una noche loca, y te quedas hecha una mierda.

—Fueron dos años.

—Yo también estuve mucho tiempo con el cerdo mentiroso, y lo mandé a la mierda.

—Y llevas un año sin querer saber nada del amor, Zoe, que te tiras a todo lo que puedes.

—¿Tú no? —Arqué la ceja.

—Hasta que vuelve a llamarme ella.

—Pues bloquéala, o dile que no quieres seguir así, Clare. No somos segundo plato de nadie, eso me dijiste tú, cuando te conté lo del indeseable.

—Ya lo sé, prima. Mi madre también me dice que lo haga, y sí, lo voy a hacer, esto no es saludable para mí.

—Sabes que estoy contigo —le cogí la mano—, si quieres te acompaño a dejarla, dile que soy tu nuevo rollito.

—No cuela —soltó una carcajada—. Nos parecemos demasiado como para decirle eso. Iré sola.

—Pero no dejes que te lleve a su terreno, que acabas otra vez bajo las sábanas.

—No, no la voy a dejar.

Aparqué cerca de la puerta de uno de los locales y cuando bajamos, mientras caminábamos, fuimos el centro de muchas miradas.

Ella también llevaba unos vaqueros, blusa con el hombro caído, tacones y el pelo suelto.

—Buenas noches, Alan —saludé al portero, que nos conocía desde hacía más de cinco años.

—Vaya, las mellizas —sonrió—. Divertíos —hizo un guiño mientras nos abría la puerta.

Entramos y fuimos directas a la barra, pedimos unos chupitos de tequila y un par de gin tonics, y ahí empezó nuestra noche.

Me encantaba salir con mi prima. Ambas éramos más que eso, éramos como hermanas realmente y con ella, tenía esa conexión que siempre tuvieron nuestras madres.

Nunca olvidaría el día que me dijo que le gustaban las chicas, y lo preocupada que estaba por lo que pudieran decir sus padres.

Yo tenía catorce años, y ella dieciséis. Era verano, acabábamos de terminar de disfrutar de una de esas barbacoas que al tío Lewis le gustaba preparar los sábados por la noche, nos habíamos sentado en el borde de la piscina de casa de mis tíos, teníamos los pies en el agua y mirábamos las estrellas.

Clare suspiró, me cogió de la mano y me pidió que no la juzgara, pero creía que se había enamorado de su mejor amiga de la escuela, una chica que tenía novio.

La miré, sonreí y le dije que ya lo intuía.

Ella se sorprendió, pero le dije que se ponía igual de nerviosa cuando estábamos las tres juntas, que yo cuando estaba hablando con el chico que me gustaba.

Después de esa noche tuvimos un secreto que yo no contaría hasta que ella estuviera preparada, su mejor amiga siguió con su chico y mi prima conoció a principios de curso a una nueva compañera con la que congenió desde el minuto uno.

Aquella chica fue su primera novia, su primera experiencia sexual, y su primer desengaño tras casi dos años juntas.

Los padres de ella eran militares y fueron destinados a otra base americana, así que tuvo que romper con ella, con todo el dolor que sintieron ambas.

Clare estuvo tan mal durante dos semanas, que se lo contó a mi tía, lloraron juntas por el amor perdido de mi prima, y mi tía le dijo que no le importaría nunca a quién decidiera amar su corazón, siempre que fuera feliz.

Mi tío también se tomó la noticia con el cariño y el amor que un padre siente por sus hijos, y desde ese momento les había presentado solo a dos parejas con las que tuvo una relación más seria.

Una de ellas fue Amanda, quien la había engañado en numerosas ocasiones, pero siempre volvía

a mi prima arrepentida y diciendo lo mucho que la quería.

En ese momento comenzó a sonar una canción que hacía que las dos nos olvidáramos de todo cuando la escuchábamos.

Dejamos los vasos vacíos en la barra y nos pusimos a bailar y cantar al ritmo de J Balvin y Black Eyed Peas.

—*Toda la noche rompemo', al otro día volvemo'...*

Clare gritaba moviendo las caderas, yo sonreía mientras recibía un golpe suyo en las mías, y volvíamos a cantar ese estribillo que resonaba en el local.

—*This is the rhythm of the night...*

Alan entró en ese momento para su descanso, sonrió al vernos y antes de pedirse un refresco, vino a bailar con nosotras, que no dudamos en hacer un sándwich con ese grandullón que parecía un armario, pero que debía admitir que estaba buenísimo, el muy jodido.

—¿Y si esta noche *rompemo'* tú y yo, preciosa? —me preguntó en el oído mientras lo tenía pegado a mi espalda y sus manos sobre las caderas.

—Mira que te gusta provocarme, Alan —reí.

—Tú, me provocas a mí, y lo sabes —me dio un leve mordisco en el lóbulo de la oreja y suspiró.

—Pero si no hago nada.

—Ser como eres, con eso es suficiente.

Sonreí, me hizo un guiño y fue a la barra por su refresco.

—Qué, ¿esta noche te lo tiras o no? —interrogó Clare.

—No. Es un buen tipo, pero si me acuesto con él, no vuelvo aquí, y me gusta este sitio —me encogí de hombros.

Cuando acabó la canción nos pedimos un par de refrescos, y el resto de la noche no volvimos a tomar una sola gota de alcohol. Tampoco es que hubiera bebido mucho, igual que Clare, pues tenía que conducir de vuelta a casa y no me la quería jugar con alguna multa si me paraba la policía, por mucho que ella fuera del gremio y su padre el comisario.

Eran cerca de las dos y media cuando dimos la noche por finalizada y nos fuimos a mi casa, cantando a todo pulmón las canciones que iban sonando en la radio.

—Gracias, prima —dijo dándome un beso en la mejilla cuando entramos en mi apartamento.

—¿Por qué?

—Por estar ahí cuando soy la gran gilipollas que vuelve con su ex para ser como un kleenex —suspiró.

—Anda, tonta, para eso están las primas, para darte alcohol y música y que se te olvide tu ex —le hice un guiño.

—¿Tú crees que algún día encontraremos ese gran amor que encontraron nuestras madres?

—Mierda, estás borracha —dije al escucharla—. Ya está la Clare romántica aquí. Vamos, a la cama antes de que empieces a decirme que, Amanda esto, Amanda lo otro...

—No, no —rio—. Tranquila, que ya no más. Puedo ser una romántica, haber estado muy enamorada...

—Aún lo estás.

—No, sé que no. No al menos como lo estaba antes. Pero en serio, Zoe, no soy tonta, ya no —se le quebró la voz y empezó a llorar, la abracé en cuanto vi que le caían unas lágrimas.

—Anda, vamos a la cama —le sequé las mejillas—. No merece que llores por ella, cariño.

—Lo sé, pero no dejo de pensar en lo idiota que fui. Soy policía, se supone que distingo a los mentirosos y a los sinvergüenzas.

—También estabas enamorada, y eso, por desgracia, hace que muchas veces no veamos más allá de lo que tenemos delante. Nos mienten y lo creemos porque queremos a esa persona. No eres la primera, Clare, y tampoco serás la última.

—Se supone que yo soy la mayor, la sabia, la experta, te tengo que consolar yo, no al revés —resopló.

—De eso nada, prima. Nos consolamos mutuamente cuando lo necesitamos, y lo sabes. Venga, a dormir, que mañana verás la resaca —volteé los ojos.

La dejé en la puerta de la habitación en la que se quedaba cuando venía a mi casa, y entré en la mía.

Me puse una camiseta de esas que me encantaban y me sacaban una sonrisa, porque eran de mi padre, y me metí en la cama. No tardé en notar los párpados pesados, y el sueño me acabó venciendo.

Capítulo 3



Cuando desperté vi en el reloj del móvil que eran las diez, el sol entraba por la ventana y tenía un ligero dolor de cabeza.

No quería ni imaginar cómo estaría Clare, que había bebido más que yo

Eché un vistazo a mi reflejo en el espejo, me recogí el pelo en un moño después de arreglar un poco ese nido de pájaros que tenía, y salí de la habitación para ir a preparar café.

Mientras se hacía en la cafetera de cápsulas que me regaló mi tía Elena, puse a tostar pan, preparé huevos revueltos e hice un poco de bacon crujiente, tal como le gustaba a Clare.

Dejé todo servido en la mesa de la terraza y fui a la habitación donde dormía mi prima.

Abrí la puerta y allí estaba ella, en ropa interior, bocabajo y con la melena hecha un desastre.

—Clare, hora de levantarse —dije sentándome en la cama, pero ni caso me hizo, ella seguía durmiendo de tal modo, que ni un terremoto la despertaría, como siempre—. Clare, que se enfría el desayuno.

Después de tres minutos intentándolo de manera tranquila, opté por comenzar a zarandearla despacio, y reaccionó.

—Por Dios, ¿qué pasa? —protestó.

—Hora de levantarse.

—Cinco minutos más, *please*.

—Son más de las diez, Clare, ya salió el sol, y tienes café y huevos con bacon en el salón.

—¿Bacon crujiente? —preguntó abriendo un ojo para mirarme.

—Sí, muy crujiente —sonreí.

—Cómo te quiero, prima —lanzó el brazo para rodearme por los hombros y acabó llevándome hasta ella.

—Controla esa fuerza que tienes en los brazos de Thor, prima, que me ahogas —murmuré.

—Lo siento, mi niña —me dio un beso en la sien.

—¿Qué tal tu cabeza?

—Como si estuvieran festejando el cuatro de julio —resopló—. Necesito pastillas.

—Vamos, ponte una camiseta que desayunamos en la terraza.

—Voy, dame un minuto.

Sonreí levantándome y fui a la terraza donde la esperé sentada en el sofá, cogí el café para dar el primer sorbo y sentirme un poco más persona.

Clare apareció unos minutos después con el bote de pastillas en una mano y una botella de agua en la otra, se sentó a mi lado y se tomó dos pastillas.

—Qué pinta tiene el desayuno, prima —dijo mientras cogía una rebanada de pan y le ponía los huevos y el bacon por encima antes de darle un bocado—. Hum, buenísimo —murmuró—. Tendrías que mudarte a vivir conmigo, cocinas mejor que yo.

—Es que a calentar en el microondas la comida precocinada del super, no sé cómo osas llamarlo, cocinar —volteé los ojos.

—Siempre dije que eres la mujer de mi vida. Lástima que seamos primas, si no, te pediría que te casaras conmigo.

—¿Solo porque sé cocinar? Qué valor —protesté.

—No, tonta, también porque eres cariñosa, bonita por fuera y por dentro. Pero ya sabes lo que dicen: al amor de tu vida se le conquista por el estómago.

—O sea, que cuando conozca al hombre de mi vida, le tengo que hacer comidas ricas.

—Dicho así, cariño, lleva un doble sentido muy picante —sonrió de medio lado.

—Por Dios, Clare —reí.

—Mi niña, cuando conozcas al hombre de tu vida, simplemente sé tú misma, no tienes que fingir ser lo que no eres. Si le gustas, bien, y si no, que se busque otra. Ya sabes lo que dicen: hay muchos peces en el mar —se encogió de hombros.

—¿Sirve el consejo también para ti?

—Sobre todo, para mí —sonrió—. Voy a llamar a Amanda, quedaré en un lugar público y hablaré con ella. No quiero seguir siendo solo ese polvo rápido de arrepentimiento cuando viene a la ciudad.

—Claro que no, eres mucho más que eso. Y si ella no lo ve, es problema suyo.

Clare asintió, y nos quedamos calladas mientras desayunábamos, disfrutando de las vistas que Central Park, aunque a lo lejos, nos ofrecía.

Cuando acabamos me ayudó a recoger todo, se vistió y nos despedimos con un abrazo de esos que el tío Lewis llamaba de oso, por lo apretadito que era.

—Llámame cuando hables con Amanda, ¿vale?

—Sí, tranquila.

—Y por Dios, no dejes que te arrastre a la lujuria.

—Vale —rio—. Te quiero, prima —me abrazó de nuevo.

—Y yo a ti.

Se marchó, suspiré esperando que tuviera suerte cuando hablara con Amanda, y preparé todo para dar un repaso de limpieza al apartamento, mientras escuchaba música y movía las caderas.

Sonreí al recordar ver a mi madre hacer lo mismo cada domingo, pasar la aspiradora mientras escuchaba sus canciones favoritas, cantaba a gritos y se movía de un lado al otro.

Hice la colada, guardé ropa, planché la que me pondría al día siguiente para ir al trabajo, y con todo terminado, saqué de la nevera el táper con canelones que había dejado para comer hoy, lo calenté y puse una película para verla mientras comía.

En cuanto terminé y me tomé un café, cogí el portátil para revistar la agenda de la semana que tenía mi jefa, hice algunas anotaciones, puse recordatorio con alarma en mi móvil para las reuniones, como la del lunes a media mañana, y lo dejé todo listo.

Fui a prepararme un cuenco de palomitas dulces, que me encantaban, y regresé al salón para acomodarme en el sofá y elegir una de esas series pendientes que tenía para ver.

Y como decía Alice, merecía la pena verlas por la trama.

Después de dos capítulos y que se me acabaran las palomitas, fui por una tarrina de helado de *cheesecake* y seguí con mi maratón hasta la hora de la cena.

Pedí una pizza en el restaurante italiano que había en la esquina de mi calle, y la tomé acompañada de una copa de vino blanco mientras veía el final de la serie.

Clare: *¿Estás dormida?*

Leí el mensaje de mi prima y sonreí antes de responderle.

Zoe: *Acabo de terminar de cenar, una pizza pequeña para mí sola, para que luego diga mi madre que no como bien.*

Clare: *Cariño, creo que se refiere a comida de verdad, no grasienta y calórica, jajaja.*

Zoe: *Lo sé, pero ese es nuestro secreto. Iba a darme una ducha antes de acostarme. ¿Va todo bien?*

No contestó, sino que me hizo una llamada.

—He hablado con Amanda.

—¿Ya? —pregunté apagando la televisión.

—Sí. La he llamado, y se lo he dicho todo por teléfono. Es que no quiero verla, Zoe, si lo hago...

—Caerás otra vez —terminé por ella.

—Sí, por mucho que me pese, sé que lo haría.

—¿Qué te ha dicho?

—Que lo piense bien, que, si acabo con esto, no volveré a verla.

—Joder, esa es la idea, ¿es que no se ha enterado?

—Se ve que no. En fin, que le he dicho que no quiero que vuelva a llamarme si viene a la ciudad por trabajo, que no soy segundo plato de nadie, ni la tonta que era.

—Claro que sí, prima, ole tus ovarios.

—Bueno, no te entretengo más, que mañana tienes que madrugar.

—¿Tú no?

—No, empiezo en el turno de noche.

—Pues descansa mañana.

—Eso haré. Que duermas bien, cariño. Y, ¿Zoe?

—Qué —sonreí, sabiendo lo que iba a decirme.

—Gracias por escuchar mis penas y lamentos.

—Clare, para eso están las primas. Vamos hablando.

—Sí, descansa cariño.

Colgué, recogí la mesa y fui a darme una ducha y alisarme el pelo antes de acostarme.

Sabía que a Clare le había costado dar el paso, estuvo muy enamorada de Amanda, una mujer diez años mayor que ella, que la manejó como quiso, y cuando supo que la engañaba se hundió por completo.

No la dejé caer, ni nuestras madres tampoco, el tío Lewis también estaba ahí para apoyarla, aunque solo yo sabía que aún seguía viéndose con ella cuando venía a la ciudad.

Le dije muchas veces que no era sano para ella seguir con eso, y me alegraba que se hubiese dado cuenta por sí misma y que al fin terminara con eso.

Pero también conocía a Amanda, y sabía que, a pesar de decirle que si terminaba con esto no la volvería a ver, no era así. En algún momento la buscaría hasta conseguir llevarla de nuevo a su terreno y que cayera en sus garras.

Esperaba que mi prima fuera lo suficientemente lista como para no hacerlo, pero ya se sabía que, en cuestiones de amor, por desgracia, muchas veces era el corazón quien mandaba.

Capítulo 4



Entré en las oficinas esa mañana de lunes con mi café en la mano, saludé al chico de seguridad y a las de recepción, y entré en el ascensor para subir hasta la planta donde teníamos el despacho la jefa, Mike, Sofía y yo.

En cuanto salí me encontré con mis dos compañeros riendo, algo que a priori era normal, pero es que los veía incluso más cercanos que de costumbre.

—Buenos días, chicos. ¿Qué tal el fin de semana? —pregunté.

—Buenos días, Zoe. Muy bien —a Sofía no se le borraba la sonrisa.

—¿Fuisteis al spa?

—Sí, al final me llevé a Mike.

—Lo dice como si fuera una mascota —protestó él volteando los ojos—. Te acompañé, preciosa —dijo señalándola.

—Me acompañó él —rio—. Por la noche me invitó a cenar y tomamos una copa.

—¿Y? —Arqueé la ceja, ella se sonrojó y algo pude intuir.

—La llevé de vuelta a casa y la dejé en el portal sana y salva, con un beso en la frente, como buen compañero —contestó él.

—Ajá. ¿Seguro que fue en la frente?

—Seguro, palabra de *boy scout* —respondió levantando la mano.

Lo creí, pero de verdad que la tensión sexual que había entre ellos, era cada día más evidente.

Fui a mi mesa, encendí el portátil y revisé las notas y las horas de las reuniones de ese día. Le envié a Gina un mensaje para recordarle que teníamos una a media mañana, y me respondió que

estaría en las oficinas a tiempo para cuando llegaran los clientes.

Pasé el resto de la mañana revisando el contrato para entregarles en la reunión, comprobé que todo estaba en orden, y a las once y media llegó Gina.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días, jefa —contestamos los tres al unísono, y ella volteó los ojos.

—Zoe, ¿está todo listo?

—Iba a preparar ahora la sala.

—Bien. Te veo allí en unos minutos.

Asentí y fui a la cocina que teníamos en nuestra planta para preparar café mientras llevaba botellas de agua a la sala de reuniones y dejaba una copia del contrato para cada uno de los que estarían allí, yo lo miraría en mi Tablet.

A las doce en punto Sofía me avisó de que habían llegado, así que los pasé a la sala y fui a buscar a Gina.

Nos encerramos allí con ellos durante una hora y media, hablando de cada punto del contrato, y finalmente, tras un par de modificaciones, dijeron que sí.

Iban a comprar el edificio que Gina les había ofrecido y firmarían en dos días, cuando hicieran efectivo el pago.

Tras despedirnos de ellos, Gina dio un grito de alegría, y es que llevaba un par de semanas con la duda de si finalmente lo comprarían o no, puesto que dijeron que tenían echado el ojo a un par de edificios más.

Estaba recogiendo mis cosas para acabar con la jornada, cuando me sonó el móvil y vi que era el número de la centralita del bufete donde trabajaba Alice. Seguro que se había quedado sin batería, era cuando me llamaba desde su despacho.

—¿Otra vez sin batería, Alice? —pregunté, riendo.

—No soy Alice, soy Martha, su compañera —respondió una chica al otro lado de la línea.

—Oh, vale... Hola.

—¿Eres Zoe?

—Sí, sí, soy yo.

—Perdona que te llame, pero eres el contacto que tenemos en caso de emergencia.

—¿Alice está bien? —interrogué, asustada.

Sabía que Zoe había dado mi número en el bufete cuando murió su madre cuatro años atrás, pero nunca me habían llamado, hasta ahora.

—No ha venido a trabajar hoy, tampoco avisó de que no fuera a venir por enfermedad, la hemos llamado desde hace un par de horas por si estaba enferma en la cama y no había podido llamar.

—¿No ha ido? —fruncí el ceño, pues eso sí que no era normal en ella. Si se ponía enferma, avisaba siempre.

—No. ¿Sabes algo de ella?

—No, no hablo con Alice desde el viernes. Puedo pasarme por su casa, si está enferma seguramente haya puesto el móvil en silencio.

—¿Te importaría llamarme con lo que sea, al móvil que te envió ahora por mensaje?

—Claro, no hay problema.

—Gracias.

Me despedí de la chica, recogí mis cosas y dije adiós a mis compañeros mientras llamaba a Alice, sin obtener respuesta.

Desde luego que no era normal que ella no avisara en el trabajo si no iba a ir, por lo que debía estar muy enferma. Lo que no sabía era por qué no me había llamado para decírmelo el día anterior, o me podría haber enviado un mensaje para decirme que yo avisara en el bufete de que no iría en unos días.

Cogí el coche y al ponerlo en marcha de nuevo escuché esa canción que le gustaba a la madre de Alice.

“I say a little prayer for you...” *[1]*

La voz de Aretha me acompañó hasta parte del trayecto, el resto fueron canciones a las que no presté demasiada atención pues iba llamando cada poco tiempo a mi amiga, esperando que al ver que era yo, atendiera el teléfono, pero no lo hizo.

Aparqué cerca de la puerta de su edificio, entré tras saludar al portero, que me conocía desde que se mudó aquí, y subí hasta la décima planta, donde estaba su apartamento.

Llamé al timbre, pegué la oreja en la puerta por si escuchaba sus pasos, seguí llamando, incluso di varios golpes, pero ni oía nada, ni me abría.

Opté por bajar a hablar con el portero, le dije que tanto en su trabajo como yo habíamos intentado hablar con ella, pero no cogía las llamadas, y ahora no me abría la puerta.

—Tal vez no esté en casa —me dijo—. Espera, que voy a comprobar si está su coche en el garaje.

Asentí, y mientras esperaba que lo comprobase, volví a llamarla, pero Alice seguía sin coger el móvil.

—El coche está en su plaza —me confirmó unos minutos después.

—Necesito que me abras la puerta, por favor.

—Claro, vamos.

Subimos de nuevo hasta la planta donde estaba el apartamento de mi mejor amiga, me abrió la puerta con la copia de sus llaves y entré mientras él se esperaba en el pasillo.

—¿Alice? —la llamé mientras iba hacia el salón, que encontré con todas las persianas bajadas, por lo que intuí que debía estar con una de sus migrañas.

Suspiré y fui hacia la habitación, encontrando la puerta cerrada. Llamé, esperé unos segundos y al no escuchar nada dentro, abrí.

—Alice, ¿estás bien?

Todo estaba oscuro, así que encendí la luz y al mirar hacia la cama, la encontré allí tumbada dormida tranquilamente.

—Alice —dije acercándome, y fue cuando vi un bote de pastillas en su mesita de noche.

Fruncí el ceño al verlo, puesto que no sabía que tomara esas pastillas. Volví a llamarla, la zarandeé un poco como hacía con mi prima, y por el modo en el que su cuerpo se movió, supe que algo iba mal.

—Alice, ¿me oyes? —Llevé el dedo a su muñeca en busca del pulso, pero no noté nada— Alice, vamos cariño, despierta —le pedí mientras le daba algunos golpecitos en la mejilla—. Alice, por favor —me temblaba la voz, y las manos ya no dijéramos.

Abrí un poco uno de sus ojos y en cuanto vi la pupila, lo tuve claro.

—Alice, ¿qué has hecho? —sollocé, volví a mirar las pastillas y entré en pánico.

Saqué el móvil del bolso mientras me preguntaba cuántas se había tomado y llamé a mi prima.

—Hola, cariño —respondió sonriente.

—Clare, necesito que vengas —le pedí llorando.

—¿Qué pasa, mi niña?

—Es Alice, Clare, ella... ella...

—¿Qué le pasa a Alice, Zoe?

—Está muerta, Clare —dije entre lágrimas—. Alice está muerta.

—¿Dónde estás, Zoe?

—En su apartamento, ella está en la cama, hay un bote de pastillas en la mesilla. Clare...

—Voy para allá, ¿vale? Espérame, y no toques nada, Zoe, nada.

—Vale —me sequé las mejillas y miré el cuerpo de mi mejor amiga una última vez.

Salí de la habitación y fui al pasillo, cuando el portero me vio llorando frunció el ceño y le dije cómo la había encontrado.

—He llamado a mi prima, es policía, viene hacia aquí —sollocé.

—Vale, bien. Me quedo aquí contigo, ¿ok? —dijo, y asentí.

No podía creer que Alice estuviera muerta, pero lo estaba. No tenía pulso y en su mirada no vi ni rastro de vida, de esa alegría que ella tenía siempre.

Pero no entendía nada, ¿qué había pasado? ¿Qué la había llevado a hacer algo así?

No, ella no podía haber llegado a ese extremo, no podía haber tirado su vida de ese modo. Ella no.

Me apoyé en la pared y mientras lloraba me dejé caer al suelo, donde me senté abrazándome a mí misma, preguntándome por qué.

¿Por qué no me llamó para hablar? La habría ayudado, lo habría impedido.

Capítulo 5



No había dejado de llorar ahí sentada, el portero no se apartó de mi lado, y no sabría decir cuánto tiempo había pasado desde que hablé con mi prima.

—Zoe —levanté la cabeza de mis rodillas y vi a Clare—. Cariño —se arrodilló a mi lado.

—No entiendo nada, prima —sollocé.

—He llamado a mi padre, ha mandado agentes para acá.

—Estuve con ella el viernes, y la vi bien, como siempre. Se veía feliz, reía —lloré de nuevo y Clare me abrazó.

—Mi niña —me acariciaba el cabello y yo no podía dejar de llorar.

Estaba rota, rota por completo. Era como si me hubiesen arrancado una parte de mí. Alice era más que una amiga, era mi familia.

Unos minutos después llegaron un par de agentes de policía, les dije dónde estaba la habitación y entró uno de ellos mientras el otro iba a echar un vistazo al resto de la casa.

—Clare —la voz de mi tío nos llegó a ambas poco después.

Cuando miré, lo vi acompañado de un par de agentes más.

Mi prima se acercó a él y hablaron en voz baja, hasta que vimos aparecer a los dos agentes que habían entrado.

—Señor —miré al agente que salía y lo vi negando.

—Pedid una ambulancia y revisad el apartamento —les dijo mi tío, y ellos asintieron.

—¿Tío? —lo llamé.

—Mi niña, tenemos que llevarte a casa —dijo poniéndose en cuclillas delante de mí.

—No, no me quiero ir —sollocé.

—Zoe, aquí no puedes hacer nada.

—No puede estar muerta, tío, ella no —me caían las lágrimas por las mejillas como si fueran dos riachuelos.

—Hija, lo siento mucho —dijo secándome las mejillas con los pulgares.

—No, tío, Alice no —se me quebraba la voz.

Mi tío me abrazó y lloré en su hombro, lo hacía con tal desgarró, que sabía que iba a acabar por quedarme afónica.

Cuando llamaron a mi tío, fue Clare quien se sentó a mi lado para abrazarme.

Escuché decir que el bote de pastillas que había en la mesita era de barbitúricos.

No tenía sentido, ella nunca había tenido la necesidad de tomar nada de eso, ¿por qué lo haría?

Los de la ambulancia llegaron con una camilla, entraron en el apartamento de Alice y estuvieron allí con la policía hasta que salieron con ella.

Me puse en pie, pero no pude ver a mi amiga pues iba cubierta con la sábana, tan solo me acerqué y miré donde sabía que estarían sus ojos, puse la mano sobre su cabeza y me incliné sin poder dejar de llorar.

—¿Por qué, Alice? ¿Qué te ha pasado?

—Zoe, tienen que llevársela, cariño —me dijo Clare, mientras me cogía por los hombros.

—Tenías que haberme llamado, Alice —murmuré—. Te habría ayudado, joder.

—Vamos, cariño —Clare me apartó de la camilla y vi cómo se la llevaban.

—Le van a hacer la autopsia —me dijo mi tío—, con eso podremos saber cuánto tiempo llevaba así.

—Vale —asentí—. Pero sé que ella no habría hecho algo así, tío. Ella no.

—Le he pedido al portero que nos facilite las imágenes de las cámaras, me ha dicho que el coche de Alice estaba en su plaza del garaje.

—Sí, fue a comprobarlo antes de abrirme la puerta.

—Y la puerta no estaba forzada, ¿verdad? —preguntó Clare, y negué.

—Jefe, vamos a comisaría —dijo uno de los agentes—. Necesitamos la declaración de su sobrina.

—Zoe, ve con ellos, y dame las llaves de tu coche —me pidió mi tío.

Asentí, se las entregué, y fui con los dos agentes que habían llegado primero.

Salimos a la calle y vi a varios agentes allí esperando, al igual que algunas personas que sentían curiosidad.

Uno de ellos me abrió la puerta trasera y subí mientras no podía dejar de llorar. Miré por la ventana y vi a los de la ambulancia salir del edificio con la camilla.

No podía creer que mi mejor amiga hubiese hecho algo así. Nunca vi indicios de que estuviera deprimida, o de que le fuera tan mal con ese hombre con el que andaba como para llegar a eso.

El coche se puso en marcha y mientras nos alejábamos y veía esa camilla, se me partía el alma en pedazos.

Me recosté en el asiento y seguí llorando. Cuando cerré los ojos la imagen de Alice en su cama vino a mi mente de nuevo.

Esa mirada sin vida me perseguiría el resto de mis días, lo sabía.

Llegamos a comisaría y los agentes me llevaron a una sala donde podría estar tranquila, uno de ellos me trajo un té y me quedé allí sola, llorando, esperando a que vinieran a tomarme declaración.

Clare entró poco después sentándose a mi lado para abrazarme.

—Prima, tú conocías a Alice —dije entre lágrimas—, sabes que no haría algo así.

—Cariño, nunca sabemos hasta dónde puede llegar una persona.

—No, Clare, ella no. Ella estaba bien, te lo aseguro. Ella...

—Me dijiste que se veía con alguien, ¿verdad?

—Sí, desde hacía un par de años. Pero estaba bien con él.

—Tú no le conocías —esa no era una pregunta, por lo que entendí lo que me decía, que no podía estar segura al cien por cien de que la relación con ese hombre fuera idílica.

Mi tío entró en la sala con un agente, se sentaron y me pidieron que les contara cómo la había encontrado.

Les dije que había recibido una llamada del bufete donde trabajaba para preguntar si sabía algo de ella, pues no había ido ni tampoco avisó de que estuviera enferma, así que la llamé mientras

iba de camino hacia su casa.

Cuando intenté varios minutos sin éxito que me abriera, avisé al portero, que me abrió tras comprobar que su coche estaba allí.

—Y lo demás ya lo sabéis —dije, secándome las mejillas.

—¿Sabes si tenías problemas en el trabajo? —preguntó el agente.

—No, le iba bien. Era secretaria y tenía buena relación con todos allí.

—¿Tenía novio, un prometido?

—Llevaba dos años viéndose con alguien, pero no le conozco. Era una relación muy en secreto, siempre le pregunté si era casado, porque no era normal que no pudiera hablarle de él a nadie, pero no me respondía.

—Habrà que buscar en el apartamento si hay algo que nos dé una pista de quién era ese hombre —le dijo mi tío al agente.

—Se lo diré a los chicos —respondió, y mi tío asintió.

—¿Cuándo la viste por última vez, cariño? —preguntó mi tío.

—El viernes. Quedábamos todos los viernes para comer, pero entresemana solíamos escribirnos mensajes. Nos despedimos ya de noche, quedando en vernos y hablar, como siempre. Iba a ir a una fiesta con él.

—¿Una fiesta? —interrogó mi tío, y asentí.

—Sí, había algunos fines de semana que iban a fiestas.

El agente lo anotaba todo, pero yo no dije nada más al respecto sobre las fiestas a las que iba mi mejor amiga.

—¿Cuándo podré preparar su entierro, tío? Sabes que era la única familia que tenía.

—En unos días, cariño —me cogió de la mano para darme un leve apretón—. Yo te aviso.

—Vale.

—Vete a casa, mi niña. Descansa un poco, ¿vale?

—No sé si voy a poder, tío.

—Inténtalo, al menos.

—Venga, Zoe, yo te llevo a casa —dijo Clare, y asentí.

—Esta noche te llevo el coche, cariño.

—Gracias, tío.

Salí de comisaría mientras mi prima Clare me llevaba como si yo ni siquiera pudiera andar, subí a su coche, se unió a mí y tras ponerlo en marcha, me llevó a casa.

Subió conmigo, me ayudó a cambiarme de ropa y a meterme en la cama. Se recostó tras de mí y lloré mientras ella me consolaba como lo haría una madre.

No sabría decir cómo ni cuándo, pero estaba tan agotada que acabé quedándome completamente dormida.

Capítulo 6



Cuando desperté Clare ya no estaba, me había dejado una nota diciendo que iba a echar un vistazo al apartamento de Alice, por si a sus compañeros se les hubiese pasado algo por alto.

Ni siquiera comí, no me entraba nada, tenía el estómago cerrado y no podía dejar de llorar.

Caminé por mi apartamento, me senté en la terraza y mientras lloraba, recordaba las veces que Alice estuvo allí conmigo.

No se me iba de la cabeza la pregunta de por qué lo habría hecho, si estaba feliz la última vez que la vi, como siempre.

Y, ni yo estaba loca, ni ella tan deprimida y mal como para tomarse esas pastillas.

Miré al cielo y la estrella que siempre asocié a mi padre estaba ahí, brillando como siempre, como si de ese modo él me acompañara.

Estaba allí sentada abrazándome las piernas, cuando llamaron al portero.

Suspiré y me quedé allí, no quería ver a nadie, pero quien fuera quien había llamado, lo volvió a hacer.

Y como no respondía a la puerta, empezó a sonar mi móvil.

Fui al salón y vi que era mi madre, así que lo cogí con tal de no preocuparla.

—Hola, mamá.

—Cariño, ¿estás en casa?

—Sí.

—Pues ábreme, anda, que soy yo.

—Vale.

Colgamos, abrí para que entrara al edificio y dejé la puerta entreabierta antes de volver a la terraza.

No tardé en escuchar la puerta cerrándose y los pasos de mi madre mientras se acercaba.

—Hola, mi vida —saludó, la miré, y me sonrió.

—Hola, mamá.

—¿Cómo estás, hija? —se sentó a mi lado y como hacía cuando era más pequeña y tenía un día triste, me pasó el brazo por los hombros para que apoyara la cabeza en el suyo.

—Mal. No sé por qué ha hecho algo así, mamá.

—Mi niña, nunca sabemos qué puede llevar a alguien a hacer eso. Sé que te lo habrán dicho tu prima y tu tío, pero ahora mismo es lo único que podemos barajar. ¿Y si el hombre con el que estaba decidió dejarla?

—Iba a verlo el fin de semana, y si él le hubiera dicho algo sobre eso, Alice me habría llamado.

—Eso es cierto —suspiró mientras me acariciaba el pelo.

—No pudo ser por eso, mamá. Pero es que no puedo creer que lo hiciera.

—¿Te sientes con fuerzas para preparar su despedida? Si no estás bien puedo hacerlo yo.

—¿No te importa? Es que, me cuesta asimilarlo todavía.

—Claro que no, cariño —me dio un beso en la frente—. ¿Has hablado con su bufete?

—No —suspiré.

—Bueno, mañana nos encargamos de todo, hoy descansa.

En ese momento me llegó un mensaje de Gina, mi jefa, preguntando por una reunión que tenía al día siguiente y a mí se me había olvidado que esa tarde iba a enviarle unos documentos.

La llamé y le conté lo ocurrido, no dudó en darme el resto de la semana libre, Sofía se encargaría de cubrirme, y se lo agradecí. En esos momentos sabía que no iba a poder concentrarme, ni rendir en el trabajo como debía.

—¿Has comido algo, cariño? —preguntó mi madre, y negué— Tienes que comer, Zoe —dijo levantándose—, aunque sea un sándwich de pavo.

—No tengo hambre, mamá.

—No te he preguntado si tienes o no.

Y ante esa respuesta, yo debía guardar silencio porque ella iba a prepararme algo de comer, quisiera o no.

Me quedé en la terraza escuchando el bullicio de la calle, contemplando las vistas lejanas de Central Park y llorando, por mucho que no quisiera seguir haciéndolo.

Mi madre regresó con un sándwich de pavo y un refresco para mí y otro para ella, sonrió mientras dejaba la bandeja en la mesa, y volvió a sentarse a mi lado.

Comimos en silencio y cuando terminamos, lo recogí todo para ir a preparar café.

Mientras lo tomábamos, llamaron de nuevo al portero y le dije a mi madre, que posiblemente fuera el tío Lewis que venía a dejarme el coche.

Ella abrió y me confirmó que así era.

—Zoe, cariño, ¿qué tal te encuentras? —preguntó cuando salió a la terraza, y vi que venía con mi prima Clare.

—No sé ni cómo sentirme, tío. Llevo todo el día llorando.

—Te he dejado el coche enfrente de la puerta, que había un sitio libre.

—Vale. ¿Habéis averiguado algo?

—Los agentes ha recogido todas las pruebas que han podido, pero cariño, entiende que es un suicidio y...

—No es un suicidio, tío —le corté—. Alice no haría algo así.

—¿Y quién podría querer darle un bote de pastillas, Zoe? —me preguntó Clare.

—No lo sé, pero ella nunca habría comprado eso.

—Cariño, la cerradura no estaba forzada, no hay huellas en esa casa de otra persona que no sea Alice, y todo apunta a que eso es lo que ocurrió.

—Pues me niego a aceptarlo —dije poniéndome en pie—. Me niego.

—Tengo a los agentes revisando las cámaras de seguridad, si ven algo me avisarán.

—Alice me habría llamado, antes de hacer algo así, me habría llamado.

—Tenemos que esperar a ver qué dice mañana la autopsia, y lo único que quiero es que estés lista para lo que tenga que decirte.

—Estoy lista, tío, otra cosa muy distinta es que me lo crea.

—Zoe, tú misma has visto el apartamento, nadie pudo entrar, ella estaba sola.

—Sí, Clare, sé lo que vi, porque, ¡fui yo quien la ha encontrado muerta en su cama! —grité y volví dentro para ir a la cocina por un vaso de agua.

Me temblaba tanto el pulso y lloraba tanto en ese momento, que apenas coordinaba bien lo que hacía.

Se me cayó el vaso al suelo y me arrodillé para recogerlo, pero Clare me levantó y mi tío se encargó de los cristales para evitar que me cortara.

Mi prima me llevó hasta el sofá del salón para que me sentara y se quedó allí conmigo, consolándome, mientras mi madre y mi tío, recogían el desastre que había formado en la cocina.

Clare me acariciaba el pelo y yo simplemente estaba allí, con la cabeza en su regazo mirando la pantalla de la televisión y pensando en mi mejor amiga.

Sabía que tenía que esperar el resultado de la autopsia, pero solo para saber qué cantidad de pastillas se había tomado.

—¿Sabes si la policía encontró algo en su apartamento? —le pregunté a mi prima.

—No, pero solo porque creo que no sabían dónde buscar.

—¿Tú has encontrado algo? —La miré.

—No estoy segura. Le he dicho a mi padre, que me deje ir esta noche para seguir buscando.

—Voy contigo.

—No, cariño, tú no puedes entrar allí, al menos por el momento. Cuando todo esto se aclare, sí, pero ahora mismo, no.

—Voy a tener que recoger todas sus cosas, poner el apartamento en venta.

—No pienses en eso ahora, ¿sí? Cuando llegue el momento, ya cruzaremos ese puente juntas. Yo voy a ayudarte en todo lo que pueda, ¿vale?

—Vale —suspiré.

Lo único que tenía claro era que el apartamento de Alice se lo ofrecería a mi jefa, sabía que Gina podía sacarle un buen precio, aunque yo no fuera a usar ese dinero para mí, algo haría con él.

Después de un rato allí conmigo, los tres se marcharon, mi tío quedó en llamarme en cuanto supiera algo y Clare dijo que se pasaría al día siguiente para ver cómo estaba.

Cuando me quedé sola me di una ducha antes de meterme en la cama después de ver la última foto que nos habíamos hecho Alice y yo unas semanas antes, la noche que salimos a cenar y tomar una copa.

La iba a echar de menos, porque ella era otro pilar importante en mi vida.

Capítulo 7



Otro día negro que afrontar en mi vida.

Era miércoles, habían pasado dos días desde que encontré a Alice, y ahora me tocaba despedirme de ella, definitivamente.

La autopsia reveló que había consumido alcohol, pero no en exceso, que había tenido relaciones sexuales en esas últimas horas de manera consentida, incluso Clare me dijo que tenía unas leves marcas en el cuello, como si alguien hubiera usado un pañuelo con ella en esas relaciones.

Y sí, había barbitúricos en su estómago.

Pero, aun así, no me creía la teoría del suicidio.

Cuando supe lo de las marcas en el cuello no dije nada al respecto, pero mi primar no era tonta y me haría preguntas, solo era cuestión de tiempo.

Estábamos en la iglesia, mi madre me acompañaba en el banco de la primera fila, y todos los compañeros de Alice estaba esa tarde allí para darle el último adiós.

Yo apenas me enteraba de mucho de lo que decía el Padre Anthony, mi mente estaba en esas marcas y en las relaciones que mi amiga tenía con el hombre con el que llevaba dos años.

No es que me relatará todo con lujo de detalles como si estuviera viendo una película, pero sí me hablaba de esas prácticas que a él le gustaban y a ella acabaron gustándole también.

—Cariño —murmuró mi madre y la miré—. Vamos, tienes que subir a decir unas palabras.

Cierto, le había dicho al Padre Anthony que subiría a hablar sobre Alice. Asentí, cogí aire, me puse en pie y caminé hacia el atril.

Me quedé mirando durante unos segundos la biblia abierta que había allí, tragué para pasar el nudo en mi garganta y miré al frente.

—Alice era más que mi mejor amiga, era mi hermana —comencé a decir—. Era esa otra mitad

de mi vida que me completaba, junto con mi prima Clare. Era el hombro en el que tantas veces lloré y esa loca adorable con la que me reí cientos de veces. Echaré de menos su risa, y sus mensajes, esos en los que ponía una decena de emojis gritando y me hacía sonreír, era su modo de decirme que necesitaba cinco minutos de descanso en el trabajo. Alice tenía sueños, ilusiones, y por eso... —notaba que se me empezaba a quebrar la voz, y no quise ir por donde me estaba desviando porque sabía que me acabaría rompiendo por completo— Los que conocíais a Alice, no necesitáis oírme decir cómo era, lo sabéis de sobra. Pero ella era auténtica, lo que veías era lo que había, no fingía, no actuaba para gustar a los demás, ella simplemente era como se mostraba. Yo la quería como parte de mi familia, y la voy a echar de menos. Te voy a echar de menos, Alice —dije mirando su ataúd, y cuando noté que me caía una lágrima por la mejilla, la retiré antes de despedirme de ella—. Tu cuerpo no estará más, pero tu alma se queda a mi lado, lo sé. Te quiero, cariño.

Bajé del atril y regresé al banco, donde mi madre, me abrazó mientras me rompía por completo en pedazos.

El Padre Anthony continuó con la misa, y cuando acabó, mi tío Lewis y algunos de los compañeros de Alice, sacaron el ataúd para llevarlo al coche fúnebre que la llevaría al cementerio.

Mi madre y mi prima, me llevaban cada una de un brazo, no podía dejar de llorar en silencio mientras veía el lugar en el que mi mejor amiga pasaría la eternidad.

Fuimos al cementerio y cuando comenzaron a bajar el ataúd en el lugar donde reposaban los restos de sus padres, sentí que una parte de mí moría con ella.

Me dejaron acercarme para lanzar un lirio blanco, su flor favorita, y el primer puñado de tierra bajo el que quedaría. Y allí, en silencio, le prometí que averiguaría la verdad. Porque sabía que mi mejor amiga no se había quitado la vida.

Regresé con mi madre, vi cómo cubrían con tierra el ataúd y nos quedamos allí los cinco, mientras todos los asistentes nos daban sus condolencias.

Los jefes y compañeros de Alice solo tenían buenas palabras sobre ella, todos la admiraban y lamentaban su pérdida.

Cuando no quedó nadie más para darme el pésame, nos fuimos hacia los coches y allí me despedí de mi madre y mis tíos, Clare iba a llevarme a casa, quería quedarse a cenar conmigo.

Íbamos en silencio, y solo hablé al escuchar la voz de Aretha.

—Esta canción le gustaba a la madre de Alice —dije—. Cuando subí al coche para irme a casa la última noche que la vi, sonó esta canción. Y el otro día también. Ahora pienso que era una señal de lo que podría pasar.

—Cariño, no pienses en eso, ¿vale? —me pidió, mientras me daba un apretón en la mano.

—La voy a echar de menos, Clare.

—Lo sé, cariño.

El resto del camino ninguna de las dos volvió a hablar.

Cuando entramos en mi apartamento fui a cambiarme mientras ella preparaba unos sándwiches mixtos.

Nos los comimos en la terraza con unos refrescos y cuando acabamos, Clare asaltó mi nevera para volver con dos tarrinas de helado.

—Remedio quitapenas —dijo con un guiño, y sonreí cogiendo el de chocolate que me ofrecía, metí la cuchara y me llevé una buena porción a la boca—. Hay algo que quería comentarte.

—¿Qué?

—¿No tienes ni siquiera una pequeña idea de quién es el hombre con el que se veía Alice?

—No, nunca me dijo nada. Por qué, ¿encontraste algo en su apartamento?

—Había una corbata, solo eso. Pero es otra cosa lo que me tiene mosqueada, y a mi padre también.

—¿Qué?

—El móvil de Alice.

—¿No estaba en su apartamento? Porque sí estaba encendido, la llamaron del bufete ese día, y yo también.

—Sí, sí estaba, pero no tenía nada.

—¿Cómo que no tenía nada? —Fruncí el ceño.

—Nada, Zoe, que estaba vacío, como si lo hubieran reseteado. No había contactos guardados, ni registros de llamadas ni mensajes, fotos, nada. Solo estaban las llamadas perdidas del número del bufete y del tuyo, y lo sabemos porque nos dijiste que la llamasteis. Pero no estaban guardadas como contactos.

—No entiendo nada, Clare. Si de verdad se suicidó, ¿por qué borraría todo lo de su móvil?

—¿Y lo de su Tablet y el ordenador portátil? Porque tampoco había nada allí.

—Clare...

—Sí, cariño, creo que tienes razón, y mi padre también. Alice no era una persona inestable como para tomarse medio bote de barbitúricos y no llamarte para hablar si lo necesitaba. Zoe, Alice no

se suicidó —dijo mirándome.

—Lo sabía, Clare —se me cayeron las lágrimas—. Yo lo sabía.

—Mi niña —dejó los helados en la mesa y me abrazó mientras me acariciaba la espalda—. Mi padre va a llevar todo el asunto con discreción junto a los agentes que acudieron, pero tiene que hablar con homicidios del FBI.

—¿El FBI? ¿Por qué?

—No debería hablarte de esto.

—Clare, era mi mejor amiga.

—Alguien la llevó a casa el domingo, las cámaras grabaron el coche de Alice entrando en el garaje del edificio, después en su plaza, y un hombre vestido de negro, con gafas de sol y gorra, la cargó en brazos para sacarla y la llevó a su apartamento. Salió del edificio varios minutos después, por lo que...

—Fue quien le dio las pastillas.

—No, cariño —suspiró—. Alice murió antes de que la llevaran a su apartamento, los barbitúricos fueron solo para despistarnos a todos.

—¿Qué me quieres decir, Clare? —la miré, con los ojos cubiertos de lágrimas, sabiendo lo que esas palabras escondían.

—Donde sea que estuvo Alice sus últimos días de vida, fue donde murió, cariño. Lo siento —me abrazó.

Y rompí en un llanto tan desgarrador que sentí que me moría. Mi mejor amiga había acudido a una de esas fiestas con el hombre del que estaba enamorada, y allí fue donde murió.

¿Qué había pasado? ¿Qué fue lo que ocurrió en aquel lugar para que ella acabara de ese modo y tuvieran que encubrirlo?

—No entiendo nada, Clare —dije entre sollozos—, te juro que no entiendo nada.

—Zoe, si sabes dónde fue Alice...

—El lugar no —me sequé las lágrimas—, pero sí lo que hacían en esas fiestas.

—Cuéntamelo, y te prometo que averiguaremos la verdad.

Asentí, tragué con fuerza, y pasé las dos siguientes horas hablando con mi prima sobre las fiestas a las que iba Alice con ese hombre.

Se quedó a dormir conmigo, le había pedido el día libre en el trabajo a mi tío para hacerme

compañía y no dejarme sola esa noche, y se lo agradecía en el alma.

Aunque me costó dormir con todo eso que habíamos hablado, con el hecho de descubrir que mi mejor amiga no salió con vida del lugar al que fue a pasar el fin de semana.

Le prometí averiguar qué pasó, y pensaba cumplir mi palabra.

Capítulo 8



Esa mañana de viernes me levanté convencida de lo que iba a hacer, y no pensaba perder más tiempo.

Desde que mi prima Clare me contó lo que habían descubierto sobre la muerte de Alice, no había dejado de darle vueltas a esa idea en mi cabeza.

Era una mala idea, sí, eso diría mi prima, pero tenía que hacer algo para averiguar la verdad, no podía simplemente quedarme de brazos cruzados y esperar.

Me di una ducha rápida y tras vestirme, salí de casa para ir directa a ver a la persona indicada para el asunto que me traía entre manos.

Nadie como ella, para poder llevar a cabo mi idea.

Conduje por las calles de la ciudad mientras pensaba en Alice, en que ya no vería nunca más su sonrisa, no escucharía su voz, no la vería cumplir ese sueño que siempre compartió conmigo, no iríamos la una a la boda de la otra, no celebraríamos esa loca despedida de soltera que ella tenía más que planeada para ambas.

Noté una lágrima caer por mi mejilla y la sequé, no sabía cómo seguía teniendo lágrimas todavía, después de todo lo que llevaba llorado en estos días. Pero así era, y caían sin que me diese cuenta.

Aparqué cerca de la puerta, fui hacia el edificio, saludé al chico de seguridad, a las de recepción, y entré en el ascensor.

No pensaba salir de allí sin que me dijera que sí.

—Zoe, ¿qué haces aquí? —me preguntó Sofia al verme aparecer.

—Vengo a hablar con Gina.

—No me digas que vas a pedir una excedencia o algo así.

—No, solo... Necesitaba salir de casa, que me diera un poco de aire, ya sabes.

—Imagino. ¿Estás mejor?

—Estoy, Sofía, que no es poco para lo que tengo encima —suspiré.

—Si necesitas algo, no dudes en pedírmelo.

—Gracias, cielo —sonreí.

No vi a Mike, por lo que imaginé que estaría en su turno de descanso. Fui hacia el despacho de mi jefa, di un par de golpecitos y esperé a que me permitiera el paso.

—Buenos días, Gina —saludé al abrir.

—Zoe, ¿cómo estás, preciosa? —preguntó poniéndose en pie y se acercó para darme un abrazo.

—No recuerdo haber estado peor, esa es la verdad.

—Si necesitas más días, no hay problema. Me apaño bien con Sofía.

—No, tranquila, el lunes me tienes aquí de vuelta dándote la lata —sonreí.

—Zoe, hablo en serio.

—Y yo —me senté—. Quiero que te encargues de la venta del apartamento.

—Dalo por hecho.

—Y hay algo más que quería comentarte.

—Dime.

—Alice no se suicidó.

—Pero es lo que te dijeron —frunció el ceño—. Tú me dijiste...

—Sí, lo sé, pero nunca me creí que fuera lo que ocurrió. Mi prima Clare me contó algunas cosas, y tanto ella, como mi tío, están de acuerdo conmigo, no lo hizo. Hay demasiadas cosas que no encajan con un suicidio.

—Qué me estás queriendo decir, Zoe, ¿que alguien asesinó a Alice?

—Eso no lo sabemos tampoco, pero lo voy a averiguar, y ahí es donde necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? No sé cómo podría ayudarte.

—Llevándome como invitada a una de esas fiestas —contesté, y la cara de mi jefa palideció.

Se le abrieron tanto los ojos que creí que se le acabarían saliendo. La vi tragar y desviar la mirada, pero no había marcha atrás. Yo sabía su secreto y nunca se lo dije.

—No sé de qué fiestas hablas.

—Sí, sí lo sabes. Gina, nunca te dije nada porque la vida privada de cada uno es eso, privada, y no me meto. Alice conoció a alguien hace dos años, tenía una relación de lo más secreta, nunca conocí a ese hombre ni me dijo quién era, pero me habló de sus gustos en cuanto al sexo, que le mostró esa parte de su vida y a ella le gustó y disfrutaba. Iban a fiestas en las que estaban todo el fin de semana, y en una de ellas, Alice, te reconoció. En serio, no me meto en lo que hagas, pero necesito que me lleves contigo a una de esas fiestas. Alice pudo morir en ese lugar y quiero, no, necesito saber quién la asesinó, si es que fue eso lo que pasó.

—No sé si puedo ayudarte con eso, Zoe.

—Solo tienes que llevarme como acompañante, nada más. De lo que haga allí no serás responsable, te lo aseguro.

—Es que no es tan fácil, preciosa. No es como si hubiera un lugar donde se celebran siempre esas fiestas, siempre es un sitio diferente. Yo recibo un mensaje con una dirección y el día concreto, nunca sé cuándo será la próxima.

—Pues cuando lo sepas, quiero que me lleves.

—Zoe, ese no es lugar para ti —negó.

—Yo puedo decidir eso. De todos modos, no puede ser muy diferente a estar tomando una copa en un bar, conocer a alguien y acabar en la cama.

—Chiquilla, me estás pidiendo que te adentre en un mundo desconocido para ti.

—Te estoy pidiendo que me ayudes a averiguar qué le pasó a mi mejor amiga, Gina. Alice era como una hermana para mí, solo quiero saber la verdad.

—Dios mío, Zoe —suspiró mirando hacia el ventanal y se quedó callada unos segundos.

Sí, sabía que le pedía algo que podría no salir bien, y lo peor era que si Alice había muerto en esa última fiesta a la que fue, nadie me aseguraba que yo misma no acabara como mi mejor amiga.

—No sé cuándo será la próxima —dijo volviendo a mirarme, y vi pena en sus ojos—. Y no te prometo que vaya a llevarte a un lugar como ese, Zoe, te aprecio mucho como para que... —suspiró— Lo pensaré, es todo lo que puedo decirte.

—Necesito la verdad, Gina, y el único modo es estando allí.

Asintió, pero no dijo nada más. Me levanté y salí del despacho de mi jefa esperando que sí me ayudara.

Me despedí de Sofía y me marché, saqué el móvil del bolso y le puse un mensaje a mi prima Clare para ver si tenía tiempo para un café.

Clare: *Estoy trabajando, pero me acerco por un café rápido. ¿Dónde nos vemos?*

Zoe: *En la cafetería que hay frente a la comisaría.*

Clare: *Ok, en quince minutos estoy allí.*

Subí al coche y conduje hasta la calle donde estaba la comisaría, aparqué frente a la cafetería y esperé a mi prima, que no tardó en llegar.

Bajó del coche patrulla que conducía su compañero y vino a sentarse a la mesa en la que estaba.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó sonriendo, mientras se sentaba.

Cuando iba con el uniforme no había muestras de cariño, y siempre respeté eso.

—Bien.

—No me lo creo, pero vale. Al menos has salido de casa —suspiró.

Pedimos un par de cafés y cuando nos los trajeron, le dije lo que había hablado con mi jefa sobre esas fiestas a las que iba Alice.

—Espera, espera —levantó la mano para que me callara—. A ver si lo entiendo, porque creo que te he escuchado mal. ¿Le has pedido a tu jefa que te meta en una de esas fiestas? Zoe, por el amor de Dios, no sabemos si Alice murió en ese lugar, qué demonios quieres, ¿morir tú también?

—Lo que quiero, Clare, lo único que quiero, es saber la verdad.

—Zoe, que eres asistente personal, no detective. ¿Sabes lo que estás diciendo?

—Sí, lo sé. Llevo días pensando en esto.

—Madre mía, te has vuelto loca —se empezó a frotar las sienes—. No sabemos nada de esas fiestas, quiénes van, qué clase de cosas hacen allí...

—Pues va gente con dinero, eso seguro, y en cuanto a qué hacen, es fácil, tienen sexo de toda clase.

—Eres consciente de que es una malísima idea, ¿verdad?

—Sí, pero es la única forma que tengo de saber qué le pasó a mi mejor amiga. ¿O tienes algo que contarme sobre ese hombre que la llevó a su casa el domingo por la noche?

—No —suspiró—. No sabemos nada. En las imágenes no se le ve el rostro de manera nítida, la gorra y las gafas de sol se las puso a conciencia. Pero yo tengo una teoría.

—No te cortes en compartirla conmigo, por favor.

—No es el que la asesinó, si fue eso lo que ocurrió. Creo que ese hombre trabaja para alguien, Zoe, alguien con dinero, con poder, y simplemente llevó a la chica a casa para quitarle el marrón de su muerte al jefe.

—Razón de más para que vaya a una de esas fiestas, Clare. Solo te pido que, por favor, no le digas nada al tío Lewis.

—Venga ya, Zoe —resopló—. ¿Me estás pidiendo que mienta a mi padre?

—Te estoy pidiendo que me guardes un secreto.

—Joder, prima. ¿Cómo voy a hacer eso? No, no. Voy contigo.

—¿Qué?

—Lo que oyes, que sea cuando sea cuando tu jefa te lleve a ese lugar, yo voy contigo.

—No.

—No estoy negociando, Zoe. Soy la mayor de las dos, y policía, así que, voy a ir contigo.

—Clare, no me pidas eso, no podría perderte a ti también.

—¿Y yo sí puedo perder a mi prima, a mi hermana pequeña? ¿Tu madre puede perder a su única hija? ¿Mis padres a su sobrina, a la que quieren como si fuera una segunda hija? ¿Es eso, Zoe?

—No es eso, Clare, pero...

—Pero nada —me cortó—. O voy contigo a esa jodida fiesta, o no vas, así tenga que encerrarte en una habitación y atarte a la cama. Tú decides, prima.

—Ni siquiera sé si mi jefa me ayudará con esto.

—Pues ya estás diciéndole que, si te ayuda, tiene que llevar a dos invitadas.

—No sabes en lo que te estás metiendo, Clare.

—Y tú sí, ¿verdad? —Arqueó la ceja— Llama a tu jefa, y dile que, en la próxima fiesta, llevará dos invitadas a pasárselo bien.

—Si te pasa algo...

—Si te pasa algo a ti, nunca me lo perdonaría, ni tu madre, ni mis padres, me lo perdonarían jamás. Llama.

Suspiré, cogí el móvil y llamé a mi jefa para decírselo. Ahora todo dependía de ella.

Capítulo 9



Los días habían ido pasando y debía admitir que cada vez se me hacía más difícil hacerme a la idea de que Alice no estaba.

Había escuchado varias veces su último mensaje de voz, ese en el que me decía que necesitaba una noche de chicas y olvidarse del trabajo. Fue unos días antes de la última vez que la vi con vida.

Después de decirle a mi jefa que quería que ella vendiera el apartamento, fui ese mismo fin de semana a recoger las cosas de mi mejor amiga.

Me quedé con esas fotos en las que estábamos juntas, con su peluche favorito desde que tenía quince años y lo gané para ella en una feria, y con ese pañuelo que solía llevar en el cuello en los días de invierno que tanto le gustaba.

Sentía que, si yo lo usaba, sería como tenerla cerca.

Doné su ropa a la caridad, sus libros de Derecho a la biblioteca de la universidad, y me quedé con esos otros que ella solía leer, novelas policíacas y románticas, dos géneros que siempre le gustaron.

Me costó deshacerme del apartamento, pero sabía que, si Gina lo vendía por la cantidad suficiente, podía hacer realidad el sueño de mi mejor amiga en algún momento de mi vida con ese dinero.

Esa mañana de miércoles estaba siendo de lo más tranquila. Me encontraba en el despacho revisando algunas notas cuando me llamó mi jefa, que había salido a hacer unas gestiones sola.

—Dime, Gina.

—Os espero a tu prima y a ti en la cafetería frente a Central Park en media hora —dijo.

—Vale —contesté y colgué.

No necesitaba preguntar para qué quería vernos, puesto que, si también quería que fuera Clare, solo había una razón para ello.

Llamé a mi prima, que esa semana estaba en turno de noche, y dijo que iba para allá.

Recogí mis cosas, me despedí de Sofía y salí de las oficinas para ir al encuentro de mi jefa.

Todo el camino fui pensando en que ojalá nos dijera que sí, que nos metía en esa fiesta.

Llegué poco antes de la hora a la que habíamos quedado, me pedí un café y esperé a que llegaran ellas.

Clare fue la primera, otra a la que no le gustaba que tuvieran que esperarla.

—Hola, cariño —sonrió y me dio un beso en la mejilla.

—Hola.

—¿En serio tu jefa quiere vernos a las dos?

—Sí.

—Entonces...

—Puede que sí, no sé —me encogí de hombros—. Igual solo quiere decirnos que no va a llevarnos.

Clare pidió un café y charlamos sobre cómo llevaba ella la semana, indagué en el tema de Alice, pero me dijo que por el momento no sabía nada, su padre estaba en ello, pero no le había contado gran cosa.

La puerta se abrió y vi entrar a Gina, caminado tan segura de sí misma como siempre, con esa elegancia que la caracterizaba, con su falda, la blusa de tirante fino y los tacones que repiqueteaban en el suelo.

—Buenos días, chicas.

—Hola.

Se sentó a mi lado, pidió un café y suspiró mirándonos.

—Estáis en la lista —dijo sin más preámbulos.

—¿En qué lista? —preguntó Clare.

—En la de la próxima fiesta, que será este sábado.

—¿De verdad has podido meternos en ella?

—Sí, Zoe. No ha sido fácil, pero les he dicho que sois de confianza, que os conozco bien y que seréis discretas —contestó mirándonos a ambas.

—Tranquila, que si no te dije nunca que sabía que tú ibas a esos lugares, puedes apostar a que no diré quién va allí.

—Cuando salgamos de ese lugar sufriremos un terrible cuadro de amnesia, puedes estar segura —dijo Clare.

—No creo que reconozcáis a mucha gente, todos llevamos máscara. Y si Alice me reconoció, debe ser porque estuvimos en la misma sala en algún momento.

—No voy allí para después vender a la prensa la vida sexual de nadie, solo necesito saber qué le pasó a Alice.

—¿Sabes algo de quién era el hombre con el que se veía? —preguntó Gina.

—Siempre le pregunté si estaba casado, era lo único que me encajaba para que todo fuera tan sumamente secreto, pero no me daba respuesta a eso tampoco.

—Zoe, si lo mantenían tan en secreto, debe ser porque es alguien influyente, o muy poderoso —dijo.

—Solía bromear con ella, sobre que su relación parecía un secreto de Estado, y ahora...

—Ahora cobra más sentido —me cortó Clare, y asentí.

—No puedo daros nombres, jamás rompería ese código ni la regla más importante de esas fiestas, que es la confidencialidad. Pero chicas, debéis saber dónde os estáis metiendo. Allí hay banqueros, empresarios, multimillonarios, políticos, jueces, abogados... Cualquiera de ellos podría ser el hombre con el que estuviera Alice, y lo más probable es que nunca lleguemos a saber de quién se trataba.

—Con eso contaba, la verdad —suspiré.

—Si alguien descubre que estáis allí por un motivo diferente, no sé qué podría pasarnos.

—A ti, nada, te aseguro que diré que te mentí descaradamente —le dije.

—Y yo soy policía, puedo decir que me infiltré por el bien de la investigación.

—Esto no va a salir bien —Gina suspiró mientras se pasaba la mano por la frente.

—No te preocupes, no te verás afectada por lo que hagamos.

—Zoe, no me preocupo por mí, sino por ti. Eres más que mi asistente personal, te tengo cariño y si te ocurriera algo, no me lo perdonaría.

—No va a pasarme nada, Gina.

—Yo le guardo las espaldas —dijo Clare, haciéndole un guiño.

—Hay algunas cosas que tengo que decirte sobre la fiesta. Código de vestimenta, entre otras.

—O sea, vestidos elegantes y sexis —comentó Clare.

—Entre otras cosas.

—Somos todo oídos, jefa —dije, ella me miró, cerró los ojos mientras soltaba el aire, y volvió a empezar a hablar.

Nos entregó una nota a cada una, con todo lo que nos fue diciendo sobre lo que necesitábamos saber de la fiesta a la que íbamos a acudir en apenas unos días, tres para ser exacta, y cuando terminó, se fue para comer con el director del banco tal como teníamos agendado.

Clare y yo nos quedamos en la cafetería y durante unos minutos ninguna dijo una sola palabra, pensando en lo que estábamos a punto de hacer el sábado.

—¿Estás segura que quieres ir allí conmigo? —le pregunté al fin.

—¿En serio crees que ahora que sé más cosas de esos sitios, voy a dejarte ir sola? Porque estás loca si crees que es así, prima.

—Loca estás tú, por meterte en algo que no va contigo.

—Perdona, pero si la loca de mi prima se adentra en ese mundo de lujuria y desenfreno, yo no me quedo fuera. Cuando me licencié como policía hice una promesa. Servir y proteger. Yo sirvo a la ciudad de New York, y protejo a sus ciudadanos. Tú, no solo eres una ciudadana más, Zoe, eres mi prima, razón de más para protegerte con mi vida, si llegara el caso.

—Tengo mucha suerte de que seas mi prima, ¿lo sabías? —sonreí.

—Sí, sí que la tienes. Porque dudo mucho que cualquier otra prima hubiera ido contigo a un sitio de esos. Por mucho que me pueda la curiosidad por saber qué ocurre allí, o sea, si es en plan “*Eyes Wide Shut*” o, más rollo, Christian Grey —sonrió.

—A ver si ahora te vas a aficionar a eso.

—No sé, pero ya sabes lo que dicen: siempre hay una primera vez para todo —me hizo un guiño.

—Prométeme que mi madre, nunca sabrá esto, Clare.

—Cariño, puedes estar tranquila, que no le diré nada.

—Ni a tu madre, tampoco.

—Ella tampoco lo sabrá.

—El tío Lewis...

—A él, tendremos que contárselo, sobre todo si descubrimos algo —contestó, y suspiré mientras apoyaba los codos en la mesa—. Ey, tranquila, porque él tampoco le dirá nada a nuestras madres —dijo cogiéndome la mano y sonrió.

—Es una locura, ¿verdad?

—Una muy grande, pero no estás sola. Estoy contigo, cariño.

—Gracias, Clare.

—¿Por seguir tu locura? —arqueó la ceja, sonreí y asentí— Eres mi prima, y te dije que no iba a dejarte sola.

Me dio un beso en la mejilla antes de salir de la cafetería y despedirnos.

Quedamos en vernos al día siguiente para preparar bien todo para el sábado, no podíamos fallar, no en esto.

Capítulo 10



Sábado, y estaba tan nerviosa como si aquella fuera mi primera cita con alguien.

Acababa de terminar de arreglarme tal como indicaba el código de vestimenta que Gina nos había dado para esa noche, me eché un último vistazo en el espejo y cogí el bolso de mano que llevaría, para ir al salón a esperar a Clare.

Habíamos acordado ir juntas hasta la casa donde nos dijo Gina que tendría lugar la fiesta, y allí estaría esperándonos ella.

Me llegó un mensaje de mi prima diciendo que estaba a cinco minutos de mi calle, y bajé a esperarla en la puerta.

Vi un coche negro parar en doble fila y de él bajó un hombre de unos cuarenta años. Volví a mirar hacia la calle por la que debía ver llegar el coche de Clare, y entonces escuché su voz.

—Zoe.

Al mirar, la encontré sonriendo en el asiento trasero del coche que había parado, y el hombre esperaba junto a la puerta.

—¿Qué demonios?

—Vamos, prima, que te lo explico en el coche —dijo mientras me acercaba.

—Señorita —me saludó el hombre, abriendo la puerta para que subiera.

—Clare, ¿qué es esto? —pregunté cuando cerró la puerta.

—Esto es un coche con chófer —contestó—. No pensarías que iríamos allí en mi utilitario o el tuyo.

—Deberíamos, sí.

—Es mejor así.

El chofer ocupó su lugar y tras poner el coche en marcha, condujo en silencio hacia las afueras de la ciudad, a una urbanización de lo más exclusiva al estilo de Beverly Hills, donde las casas se encontraban separadas unas de otras con la distancia suficiente como para que nadie escuchara lo que ocurría en las demás, si no querían que los escuchasen.

Cuando llegamos a la dirección que nos había dado Gina, el coche paró ante una caseta de seguridad donde había dos hombres vestidos de negro, uno de ellos sentado ante lo que parecían pantallas de televisión, y el otro parado en la puerta con una carpeta en la mano y el típico auricular que llevaba esa clase de hombre.

Clare bajó su ventanilla, sonrió y le entregó al hombre las tarjetas que Gina nos había dado y que nos identificaba como invitadas a esa fiesta.

Una vez verificó que estábamos en la lista, el chofer traspasó las amplias puertas de hierro forjado en color negro y se dirigió por el sendero entre árboles, iluminado con pequeños farolillos situados en el suelo, hasta la imponente casa que se encontraba al final, lo suficientemente lejos de la puerta como para que nadie viera ni escuchara nada.

Un par de hombres, también vestidos de negro y con el inconfundible auricular, abrieron las puertas de la parte trasera para que pudiéramos salir, Clare le dijo al chófer que lo llamaría para que fuera a recogernos, y este se despidió con un asentimiento y una mirada a través del espejo retrovisor.

Bajamos del coche con la ayuda de los dos hombres, que sin lugar a dudas formaban parte del equipo de seguridad de aquella casa, y Clare se unió a mí, cuando el coche comenzó a alejarse.

—Señoritas, este es el momento en el que deben cubrir sus rostros con los antifaces —nos dijo uno de los hombres.

Ambas los sacamos de nuestros bolsos, nos cubrimos con ellos y seguimos a los dos hombres hasta la puerta.

Cuando entramos en aquel recibidor, lo primero que llamaba la atención era el gran cuadro que presidía esa entrada.

De suelo a techo, el marco de oro envejecido enmarcaba un lienzo en el que se veía a una mujer, egipcia a juzgar por su vestimenta y el modo en el que estaba peinada, sosteniendo algunas flores en su mano derecha, y una serpiente en la izquierda.

—Qadesh, o Qetesh, diosa egipcia del amor, la belleza y el sexo —dijo la voz de Gina, que provenía de nuestra izquierda—. Aunque ella no era egipcia, en realidad fue un préstamo que los cananeos hicieron a los egipcios. Son las invitadas que estaba esperando —les dijo a los dos hombres con una sonrisa.

Llevaba el rostro cubierto por el antifaz, pero reconocería la voz de mi jefa incluso con los ojos

cerrados.

—Aún no las hemos informado —comentó uno de ellos.

—¿Informarnos de qué? —preguntó Clare.

—Cada invitado tiene un hombre de seguridad asignado —respondió Gina—. Él, es el mío —dijo mirando levemente a su espalda, donde un hombre completamente vestido de negro y con el mismo auricular, la escoltaba a una distancia prudencial—. A pesar de que aquí todos tenemos libertad absoluta de movimiento, ellos se encargan de que estemos bien y de que nadie se propase con nadie.

Fruncí el ceño, por suerte nadie podía verlo, y es que eso que acababa de decir mi jefa me hacía pensar en por qué. Si había hombres de seguridad en estas fiestas pendientes de los invitados, Alice había acabado como acabó.

Vi que mi prima me observaba, y por el modo en el que me miraba, entendí que pensaba en lo mismo que yo en ese preciso momento.

—Si estáis listas, podemos entrar —dijo Gina, y tanto Clare, como yo, asentimos.

Seguimos a mi jefa por el pasillo por el que ella había llegado, escoltadas por los tres hombres de negro, y llegamos a un amplio salón donde hombres con trajes negros y corbatas, y mujeres con elegantes vestidos rojos, ocultaban su rostro bajo un antifaz mientras disfrutaban de una copa.

Y allí estábamos Clare y yo, dos mujeres ajenas a ese mundo, usando un par de vestidos rojos, elegantes y hasta los tobillos, y un antifaz negro con el que mantener nuestro rostro oculto.

Un camarero que pasó por nuestro lado se detuvo para ofrecernos una copa, yo cogí una de vino blanco y le di un primer sorbo largo, tanto fue así que mi jefa me miró arqueando la ceja.

—Cariño, olerán que eres novata desde San Francisco —sonrió.

—Lo siento, es que estoy un poquito nerviosa.

—Pues tómallo con calma, ¿de acuerdo? Vamos, iremos al fondo de la sala.

Seguimos a Gina y vi que mi prima observaba todo con disimulo, igual que yo.

No sabría decir cuánta gente había en aquel salón, pero debían ser más de cien personas, seguro.

Se concentraban en pequeños grupos de hombres serios charlando, o de mujeres que sonreían de vez en cuando de manera discreta, así como hombres y mujeres en corrillos, donde alguno que otro se tomaba la licencia de tocarle la espalda a la mujer que tenía a su lado.

Para cuando llegamos al fondo de la sala me había acabado la copa de vino y Gina me la cambió por una nueva mientras sonreía.

—Bebe más despacio, prima —me dijo Clare, que aún tenía la copa casi intacta.

—Gina, ¿en todas las fiestas hay escoltas asignados a los invitados? —pregunté.

—No, cielo, no en todas.

—En la última no hubo, entonces —supuse, y mi jefa negó.

—¿Y por qué en esta sí? —interrogó Clare.

—Espero que esto no salga de aquí —murmuró mientras echaba un vistazo a nuestros escoltas—. La confidencialidad y privacidad son primordiales.

—Tranquila, que no diremos nunca nada —le aseguré.

—Esta casa es de una de las mujeres más importantes de la ciudad. Una jueza.

—De ahí que tenga casi tantos guardias como en el senado —dijo Clare.

—Esto es como un clan, por llamarlo de algún modo. Hay diez anfitriones que organizan las fiestas, cada uno con sus códigos de etiqueta, sus normas, siempre los mismos invitados, y para todos es importante la discreción. Muchos se conocen entre ellos, y yo también conozco a varios.

—¿Crees que esta gente sabía quién era Alice? —murmuré.

—Eso no puedo saberlo, cielo. Pero en base a lo que me dijiste, tengo algunos posibles candidatos. Solo necesito saber que no vas a meter la pata.

—¿A qué te refieres?

—Zoe, me la voy a jugar. Le daré a tu prima información básica sobre esos hombres para que averigüe si tenían alguna conexión con Alice, pero nada más. No podéis interrogarlos.

—¿Y qué hay de la confidencialidad? —preguntó Clare.

—Confío en vosotras, y espero que no digáis nunca nada sobre esto.

—Gina, yo...

—Zoe, si esa chica murió en una fiesta, es porque algo fue tan mal, como para llegar a eso, y quiero saber qué pasó. Ahí llega la anfitriona —dijo mirando hacia la entrada al salón.

La mujer que acababa de entrar llevaba un vestido rojo entallado, de tirante ancho y escote en “v” de lo más pronunciado.

Tenía el cabello oscuro recogido en un moño de lo más sofisticado y al igual que todos, cubría su rostro con un antifaz. Nadie diría que tras él se encontraba una de las juezas más importantes de la ciudad.

—Bienvenidos, damas y caballeros —dijo con una sonrisa de lo más estudiada—. La noche no ha hecho más que empezar, por favor, siéntanse libres de beber, hablar y reír cuanto quiera, pero, sobre todo, seduzcan y den placer a esa persona que les atraiga desde el primer momento en el que la vieron.

Todos levantaron sus copas al igual que ella, a modo de brindis, y retomaron esas conversaciones que mantenían con los demás.

Gina observó en la sala como si buscara algo, o más bien a alguien, y pareció encontrarlo poco después.

—Venid —dijo tras dejar la copa vacía en la bandeja del camarero que pasaba por nuestro lado en ese momento.

La seguimos hasta donde se encontraban cuatro hombres charlando, Gina sonrió y fue recibida por ellos de igual modo.

No podría adivinar nunca quién había bajo esos antifaces y tampoco iba a molestarme en hacerlo. Lo único que tenía claro después de casi una hora hablando con ellos, era que ninguno de esos había conocido a Alice, y mucho menos fueron amantes de ella.

¿Que por qué lo tenía tan claro? Porque conocía a mi mejor amiga, y jamás se habría fijado en un hombre tan estirado como el hombre de cabello negro y ligeramente canoso que tenía a mi derecha. Como tampoco lo habría hecho del rubio con acento irlandés que había junto a Gina, ni del serio y de mirada tenebrosa que estaba al lado del rubio, o del dueño de aquella voz ronca que parecía sacada de un tenebroso cuento de terror.

—Si me disculpan —dije con una tímida sonrisa.

Clare me miró preocupada, pero con un leve asentimiento le hice saber que estaba bien.

Fui hacia el fondo del salón de nuevo cruzándome en el camino con una camarera sonriente que portaba una bandeja donde dejé mi copa vacía y cogí una nueva, la tercera de la noche, y cuando me acerqué al ventanal que daba a esos amplios jardines, respiré hondo y solté el aire con los ojos cerrados.

—Parece que no te estás divirtiendo mucho —dijo una voz masculina y tranquila a mi espalda.

Abrí los ojos, miré por encima del hombro, y vi un hombre alto, rubio y con unos bonitos ojos verdes que me observaban con curiosidad bajo ese antifaz negro.

—Oh, no es eso, es...

—Es tu primera vez aquí —indagó.

—¿Tanto se nota? —murmuré, y se acercó a mi lado.

—Desde que entraste por esa puerta —sonrió de medio lado, y esa sonrisa era simplemente de lo más seductora.

—Y yo pensando que me había mezclado bien —suspiré.

—Oh, eso sí lo has hecho, has hablado, que es lo primero que se hace en estos sitios.

—Mi jefa nos estaba presentado a algunos caballeros, pero no me parecen demasiado interesantes —me encogí de hombros.

—Tú, a mí, sí me lo pareces —dio un sorbo a su vaso de whisky—. ¿Puedo preguntar tu nombre?

—¿Se puede decir el nombre real?

—Se debe, de hecho —volvió a sonreír— Zack —me ofreció su mano a modo de saludo.

La miré durante unos segundos. Grande, y sin lugar a dudas, de las que a la hora de estrechar otra mano mostraba un hombre fuerte y seguro.

—Zoe —sonreí al tiempo que aceptaba ese leve apretón antes de llevarse mi mano a los labios y besar el dorso.

—Encantado de conocerte, Zoe.

Sus ojos me observaban fijamente, y durante unos segundos me sentí como en una de esas películas de ficción donde el protagonista era un vampiro de lo más seductor, capaz de hipnotizar a las mujeres a las que quería llevar a su terreno con tan solo una mirada.

Tragué con fuerza y noté un escalofrío recorriéndome el cuerpo.

—Así que has venido con tu jefa.

—Sí, me ha invitado.

—¿Sentías curiosidad por lo desconocido, tal vez? —sonrió de medio lado.

—Exacto. Tengo mucha confianza con ella, me habló de lo que ocurría en las fiestas a las que la invitaban, y quise vivir la experiencia de primera mano.

—Dime, Zoe, ¿te gusta el sexo? —curioseó.

—Imagino que como a todo el mundo.

—No a todo el mundo le gusta el sexo que muchos practicamos aquí.

—También dicen que no se puede decir que algo no te gusta si no lo has probado.

—¿Has venido a probarlo?

—Si mi respuesta es sí, ¿qué dirás?

—Que estaré encantado de ser quien te muestre el placer que se esconde tras estas paredes —murmuró mirándome fijamente—. Vamos, tomemos una copa en un lugar más tranquilo —dijo, y no pude evitar mirar hacia el hombre de negro que esa noche habían asignado como mi escolta—. No te preocupes, él sabe que soy de fiar —sonrió Zack.

—¿Y cómo puede saber eso? —Arqueeé la ceja.

—Porque soy muy amigo de la anfitriona de esta noche.

—¿Eres uno de los anfitriones habituales?

—No —rio—, pero sí conozco bien a la de hoy. Entonces, ¿me acompañas? —preguntó mientras me ofrecía su brazo a modo de punto de apoyo.

Eché un vistazo al lugar en el que mi prima y Gina seguían hablando con aquellos hombres. Clare me miraba con lo que sabía era un ceño fruncido bajo el antifaz, le sonreí para darle a entender que estaba bien, y la vi soltar el aire.

Miré a Zack, que esperaba una respuesta por mi parte y acepté acompañarlo, agarrándome a su brazo.

—Espero no arrepentirme de esto —dije con una leve sonrisa.

—No lo harás, te lo aseguro.

Comenzamos a caminar hacia una puerta que había a la izquierda del salón en el que nos encontrábamos, y lo único en lo que podía pensar era en que no estuviera yendo directamente a la boca del lobo.

Capítulo 11



Tras caminar por aquel pasillo apenas iluminado con una tenue luz, Zack me llevó por las escaleras hasta la planta superior. De nuevo nos dirigimos por un largo pasillo con varias puertas a un lado y otro.

En las de la izquierda podía verse una serpiente como la que la diosa Qetesh sostenía en su mano. Y en la de la derecha, varias flores.

—A nuestra anfitriona le pareció interesante diferenciar las puertas de ese modo —dijo Zack—. Las de la izquierda son para los hombres que, como yo, eligen a su acompañante. Las de la derecha, para las mujeres.

—Es creativa, eso desde luego —sonreí.

—Estás nerviosa —no lo preguntaba, se trataba de una afirmación.

—No me culpes por ello, como dijiste, soy novata —me encogí de hombros—. ¿Cuánto tiempo llevas asistiendo a estas fiestas?

—Veamos... —se quedó un momento pensativo, y antes de volver a hablar se detuvo delante de una de las puertas a nuestra izquierda— Doce años. Tenía treinta la primera.

Abrió la puerta, extendió la mano para que pasara yo primero, y di aquel paso que me adentraría en lo desconocido.

Las luces se encendieron de manera automática, iluminando de un modo sutil y sensual la habitación. Escuché el sonido de la puerta cerrándose a mi espalda y pronto noté las manos de Zack en mis hombros.

Eran cálidas, grandes y suaves.

Observé aquel lugar detenidamente. Las paredes eran de lo que parecía terciopelo granate, así como el suelo. Los muebles eran de color negro, y no solo había una gran cama en el centro con una mesita de noche a cada lado, sino que vi un armario con dos puertas y dos grandes cajones cuyos tiradores eran dorados.

También había un sofá frente a una mesa pequeña junto a un mueble bar, y en la pared opuesta, a mi derecha, lo que parecía una camilla para masajes.

—¿Una copa? —preguntó Zack.

—Sí, gracias.

Me llevó hasta el sofá y me senté allí mientras él iba al mueble bar a servir dos vasos de whisky.

Cuando regresó y lo miré a los ojos noté un escalofrío que me recorría el cuerpo, era como si Zack en ese momento me tocara.

Y lo hizo, tras colocar el brazo en el respaldo del sofá detrás de mí, sentí la yema de sus dedos acariciando el mío muy despacio.

—Así que, la curiosidad te ha traído aquí esta noche —dijo mientras cruzaba una pierna sobre la otra.

—Podría decirse así, sí —sonreí.

—Sabes que la curiosidad mató al gato, ¿verdad? —por su leve sonrisa me atrevería a decir que también tenía la ceja arqueada.

—Debo ser una gata inmortal, porque la curiosidad no me mató nunca —me encogí de hombros y Zack soltó una carcajada.

Di un sorbo a mi copa y después mantuve el vaso entre mis manos, nerviosa por estar allí, en aquel lugar y con un completo desconocido.

Pero a fin de cuentas eso lo había hecho cientos de veces en el último año, tomar una copa y hablar con alguien que me había gustado para acabar teniendo sexo.

Solo que lo de tener sexo no ocurría esa primera noche y esta vez, sí debía ser así.

—Sigues nerviosa —no dejaba de acariciarme el brazo.

—Seguro que el whisky me calma.

—Puedes estar tranquila, Zoe, no haré nada que no quieras.

—Es bueno saberlo.

Volví a beber y vi que Zack dejaba su vaso en la mesa, no tardó en quitarme el mío y hacer lo mismo.

—Tienes que relajarte.

—Estoy en ello —sonreí—. Pienso que esto es como estar en un bar y conocer a alguien.

—Exacto —sonrió de medio lado.

—Pero no funciona muy bien.

—Tal vez porque no hemos hablado de nosotros.

—Creí que la confidencialidad...

—Sí, es imprescindible, pero podemos contarnos algo básico. Por ejemplo: yo, soy banquero.

—Yo, asistente personal.

—Tengo cuarenta y dos años.

—Yo veintiocho —sonreí.

—Me gusta disfrutar de una buena cena con una botella de vino, y cuando estoy en casa después de un largo día de trabajo, me siento en el sofá, en silencio, a tomar una copa de mi bourbon favorito.

—Soy adicta al helado, al chocolate, me gusta mucho la comida italiana, y me relajo, no siempre debo admitir, tomando un baño y una copa de vino, escuchando música relajante.

—Ese es un buen plan, sí señora.

—Sí, pero como he dicho, no suelo hacerlo tanto como me gustaría.

—Pues debes hacerlo más.

—Eso dice mi mejor amiga —reí, y entonces recordé que Alice ya no me diría aquello nunca más, sentí un nudo en la garganta y cogí el vaso de whisky para dar un sorbo y volver a dejarlo en la mesa.

—Creo que necesitas relajarte un poco más.

Noté sus dedos en mi cuello y cerré los ojos al sentir que los movía a modo de masaje.

No fue mucho lo que estuvo haciendo aquello, pero suficiente para que mi cuerpo se relajara un poco.

Zack se movió, acercándose un poco más a mí, y cuando lo miré, llevó sus dedos a mi barbilla y se inclinó para besarme.

No puse resistencia, estaba ahí para hacer mucho más que eso, así que me dejé llevar por el momento.

Besaba bien, debía admitirlo. Sus labios eran suaves, carnosos y cálidos al mismo tiempo. Deslizó la mano por mi espalda y noté que me estremecía ante aquel contacto. Me atrajo hacia él

y el beso comenzó a intensificarse.

Cuando quise darme cuenta, Zack, me tenía recostada en el sofá y se cernía sobre mí, deslizándome la mano bajo la tela de mi vestido, acariciándome la pierna de un modo que lanzaba leves punzadas de excitación a mi centro.

—Aún debes relajarte más —murmuró mirándome con esos ojos verdes en los que vi la más pura y carnal de las lujurias—. Y sé cómo hacerlo.

Se incorporó y tras levantarse del sofá, me tendió la mano. La acepté y me ayudó a ponerme en pie, llevándome hasta lo que, ahora sí, comprobé que era una camilla de masajes.

Comenzó a sonar una melodía suave que le daba un ambiente de lo más sensual a la estancia.

Lo tenía a mi espalda y comenzó a desabrocharme la cremallera del vestido lentamente, mientras me besaba el cuello y el hombro.

Cuando acabó, noté sus dedos en los hombros, cogió la tela del vestido y comenzó a deslizarla por mis brazos, de modo que la dejó caer, poco a poco, mientras me despojaba de aquella prenda que acabó alrededor de mis pies.

Me quitó el sujetador del mismo modo, despacio y con una sensualidad que me hacía estremecer, y se deshizo del tanga para acabar quitándome también los zapatos.

—Ven —me cogió de la mano, nos acercamos a la camilla de masajes y me ayudó a recostarme en ella, bocarriba—. Voy a hacer que te relajes, pero necesito que estés muy quieta y dispuesta.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya te lo he dicho, relajarte —hizo un guiño y lo vi ir hacia el armario.

Mientras yo me quedaba allí, tendida en aquella camilla de masajes, lo vi abrir el cajón superior y coger algunas cosas, después abrió el segundo cajón y añadió algunas más. Se incorporó y abrió las puertas, donde se quedó mirando en el interior hasta que lo vi coger algo antes de cerrarlas.

Fue hacia la cama para dejar algunas de las cosas que había sacado del armario, y regresó conmigo, trayendo algo en las manos.

Distinguí un frasco, un pequeño vibrador como los que Alice me había enseñado alguna vez y lo que sin duda era un succionador de clítoris por la forma que tenía.

—Aceite para masajes —dijo levantando el frasco—, y unos juguetes que, admito, me gusta usar para relajar a mis compañeras de juegos.

—Ya veo que al parchís no juegas —sonreí presa de los nervios, porque ese hombre me tenía completamente desnuda en una camilla a punto de darme un masaje erótico.

—No, la última que juzgué al parchís fue con mis hermanas y teníamos seis, ocho y doce años.

—No me lo digas, eres el mayor.

—Soy el segundo —sonrió.

Debía concederle algo a Zack, y era que me estaba poniendo todo muy fácil para que me relajara.

Dejó lo que tenía en las manos a un lado de la camilla y tras recoger mi ropa, fue al sofá donde habíamos estado sentados minutos antes y la dejó allí bien colocada. Lo vi quitarse la chaqueta, le siguió la corbata y después la camisa, los zapatos y por último los pantalones.

Cogí aire al verlo en bóxer, y es que aquel hombre tenía un cuerpo que, sin la menor duda, estaba hecho para caer en la tentación del placer más puro y carnal como era el sexo.

Regresó conmigo, cogió el frasco de aceite y tras situarse en la parte donde yo tenía recostada la cabeza, vertió un poco de aquel líquido entre mis pechos, dejando que cayera en una línea recta y perfecta hasta mi vientre.

Vertió un poco en mi pecho izquierdo y lo dejó caer hacia mi otro pecho, antes de moverse hacia mi derecha y continuar con esa línea recta que iba por mi vientre.

Tragué con fuerza al notar el líquido cayendo entre mis piernas, deslizándose por mi clítoris, entre los labios vaginales que Zack mantenía separados.

Me miró a través del antifaz que ocultaba su rostro y me mordí el labio al sentir un calor repentino. Esa mirada, era por esa mirada que me hacía sentir deseada de un modo lujurioso y carnal como nunca antes me había sentido.

Zack regresó a la parte donde estaba mi cabeza, dejó el frasquito en algún lugar que no pude ver, y llevó ambas manos a mis pechos donde comenzó a extender despacio y cuidadosamente el aceite en un suave masaje.

Tocaba mis pezones con las yemas de los dedos de manera casi imperceptible, muy sutilmente, los pellizcaba y tiraba de ellos, provocando que unos leves jadeos salieran de mis labios.

Tragaba con fuerza mientras sentía cómo me excitaba, y por sorprendente que pareciera, el hombre que me tocaba como si fuera una de las obras de arte más delicadas de un museo, estaba consiguiendo que me relajara.

Se movió de nuevo a mi alrededor hasta situarse a mis pies, me separó las piernas ligeramente y comenzó a extender el aceite por el vientre y esa zona íntima que ya sentía con una ligera humedad.

Cuando noté uno de sus dedos entre mis pliegues, cubriendo el clítoris con el aceite, gemí y me mordisqueé el labio al tiempo que cerraba los ojos.

Deslizó el dedo poco a poco en mi interior, penetrándome y tirando hacia él, consiguiendo que mi gemido se convirtiera en un grito de placer.

Sentí el pequeño vibrador poco después en la entrada de mi vagina, y mientras lo llevaba hacia dentro haciendo que mi cuerpo se estremeciera ante aquella vibración, su pulgar se deslizaba en perfectos y suaves círculos sobre mi clítoris.

Grité aún más fuerte al notar que el nivel de vibración subía de intensidad una vez lo tuve completamente dentro, y vi que Zack sonreía.

Cogió el succionador de clítoris, lo colocó en el punto exacto en el que debía estar, y lo activó de tal modo, que sentí que me recorría una sacudida de placer por todo el cuerpo.

Acabé agarrándome con ambas manos al borde de la camilla cuando la intensidad de ambos juguetes fue aún más fuerte.

Mis jadeos pasaron a ser chillidos y fue ahí, justo en ese momento, cuando Zack aumentó el nivel del pequeño vibrador que tenía en mi vagina y estallé.

Grité con todas mis fuerzas mientras me corría intensamente, liberando el clímax que ese hombre, ese casi desconocido, me había provocado.

Cuando terminé y él retiró todo, noté mi cuerpo laxo sobre aquella camilla de masajes en la que me había asaltado el mayor de los placeres, uno como nunca antes había vivido.

—¿Más relajada, señorita? —preguntó mientras me acariciaba la mejilla, abrí los ojos para mirarlo y asentí— Bien, pues vamos a pasar a la cama.

Me cogió en brazos y me llevó hasta la cama, donde volvió a recostarme antes de situarse a mi lado y separarme las piernas.

Cogió una pluma y comenzó a deslizarla por mis pechos, acariciando con ella los pezones de tal modo, que me estremecía de nuevo.

La bajó por el vientre consiguiendo que se me contrajera ante aquella caricia juguetona, y cuando lo sentí entre mis piernas, sobre el excitado y sensible clítoris, las cerré de manera inmediata como un acto reflejo.

—No, no, no hagas eso —dijo volviendo a separarlas—. Siente el placer, no pienses en nada más. Cierra los ojos.

Tragué con fuerza y obedecí, concentrándome en la sensación de aquella suave pluma deslizándose entre mis pliegues, excitándome de nuevo.

Cuando la retiró abrí los ojos y vi que cogía un vibrador alargado y de metal, lo activó y comenzó a deslizarlo despacio sobre el clítoris, provocándome hasta que lo introdujo en mi vagina y comenzó a penetrarme con él, al mismo tiempo que su lengua lamía mis pezones, y los

mordisqueaba.

Hizo que me corriera poco después y que mis gritos resonaran en la habitación. Todo mi cuerpo se estremecía ante aquello, recorrido por una intensa descarga de placer y lujuria.

Zack me besó mientras deslizaba las yemas de los dedos por mi vientre, aún cubierto con el aceite del masaje, acarició uno de mis pezones y lo pellizcó hasta hacerme gemir de nuevo en su boca.

Se levantó tendiéndome la mano, la acepté y me ayudó a levantarme. Cogió algo de la cama y fuimos al sofá sin respaldo donde, tras quitarse el bóxer y quedarse completamente desnudo, se sentó, de tal modo, que comprobé que ese diseño era así de manera deliberada, para que una persona pudiera sentarse y su cuerpo se amoldara a él.

—Siéntate sobre mí —me pidió cogiéndome de la mano, y lo hice.

Llevó el pequeño envase de un preservativo a sus labios, lo rasgó y tras sacarlo, se lo colocó en su miembro duro y erecto. Me levantó ligeramente por las caderas, me apoyé en sus hombros y tras acercarme hasta él, fue bajando mi cuerpo despacio mientras notaba como su erección se abría paso entre los muros de mi vagina.

Jadeé, lo escuché dejar escapar un sonido ronco de placer, y cuando quedamos unidos por completo, me sostuvo por la nuca para atraerme hacia él y besarme mientras me mantenía sujeta por la cadera y me guiaba en los movimientos, lentos y sensuales, de adelante hacia atrás.

Poco a poco comencé a moverme de arriba abajo, gimiendo en su boca mientras notaba el modo en el que sus dedos apretaban sutilmente mi cadera, y la mano que sostenía mi nuca no se apartaba de ahí, asegurándose de que no me apartaba de ese beso apasionado que compartíamos.

Zack también se movía bajo mi cuerpo, sus caderas se elevaban yendo al encuentro de las mías, mientras su miembro erecto me penetraba una y otra vez sin el más mínimo pudor, y cuando ambos sentimos el orgasmo formándose en lo más profundo de nuestro ser, cuando fuimos conscientes de que el clímax estaba acercándose de manera inminente, comenzamos a movernos más y más rápido.

Rompimos el beso y mis gemidos y gritos llenaban la habitación mientras Zack, me movía agarrándome con fuerza por las caderas.

Dejé caer la cabeza hacia atrás, clavé las uñas en sus hombros y me moví como nunca antes me había movido sobre un hombre.

Al cabo de unos minutos ambos gritamos mientras el clímax era liberado, y cuando sentí que mi cuerpo se quedaba laxo de nuevo, me dejé caer hacia adelante, apoyando la frente en el hombro de Zack.

—¿La gata curiosa que hay en ti ha saciado su curiosidad esta noche? —preguntó mientras me acariciaba la espalda.

—Sí.

—He sido suave, y no te he mostrado mucho, no quería asustarte la primera vez.

—¿Qué quieres decir con la primera vez? —Arqueeé la ceja mirándolo.

—Que, si tú quieres, Zoe, serás mi acompañante invitada en próximas fiestas. Solo tendrás que darme un número de teléfono al que poder enviarte las instrucciones. Siempre y cuando me digas que esto te ha gustado, y que estás dispuesta a probar mucho más de lo que puedo ofrecerte.

Lo miré a los ojos fijamente, y a pesar de que no conocía a ese hombre de nada, debía admitir que me transmitía cierta seguridad y confianza.

Y yo me había metido en eso para averiguar qué le pasó a mi mejor amiga, y quién era el hombre con el que llevaba dos años viéndose.

—Estoy dispuesta —contesté, Zack sonrió, y yo deseé no estar metiéndome en el fango.

Capítulo 12



Después de aquel encuentro, Zack me ayudó a vestirme de nuevo y cuando él también terminó de hacerlo, abandonamos la habitación para volver por aquellos largos y tenues pasillos hasta el salón donde aún permanecían varios de los invitados.

—¿Una última copa? —propuso, y acepté.

Me llevó hacia el fondo del salón, esa parte más tranquila en la que él se acercó a mí, y cogió un par de copas de champán de la bandeja del camarero que había por allí.

—Por las nuevas experiencias —dijo acercando su copa a la mía para brindar antes de darle un sorbo cada uno.

Sonreí, y miré por la ventana hacia el extenso jardín que iluminaba la Luna mientras pensaba en Alice y me preguntaba cuántas veces habría estado en esta misma casa.

—Te has quedado muy callada —noté su mano en la espalda y lo miré por encima del hombro.

—Solo pensaba en si de verdad voy a volver a hacer esto —sonreí.

—¿Acaso te arrepientes? —preguntó.

—No, no, ha sido una experiencia muy gratificante. Solo me refiero a que esto no es lo habitual en mí.

—Sabes que para todo lo que hacemos en la vida, hay una primera vez. Y que, si te gusta, sueles repetir varias veces más —se le dibujó una sonrisa de medio lado que me pareció de lo más pillina.

—Por esa sonrisa tuya, me atrevería a decir que te ha gustado lo que has probado y quieres repetir.

—Varias veces, sí.

—Bueno, bueno, habrá una segunda vez, pero nunca podemos estar seguros de que se dé el caso de que haya una tercera.

—Eso, solo el tiempo lo dirá.

Zack me miró con aquellos ojos verdes por encima de la copa mientras bebía, del mismo modo que un lobo miraría a su próxima comida.

Y cuando me miraba así, me hacía sentir esa presa ajena a lo que estaba a punto de ocurrirle.

A la camarera que se acercó a nosotros le preguntó si tenía un papel y ella sacó una pequeña libreta del bolsillo, él arrancó una de las hojas y me la ofreció con un bolígrafo de una firma muy conocida.

—Anota ahí tu número, para que pueda enviarte la dirección del lugar donde volveremos a vernos —me pidió.

Apunté el número mientras pensaba en Alice y me repetía a mí misma que esto lo hacía por ella, sonreí entregándole el papel y cuando vi a mi prima y a Gina en el extremo opuesto del salón mirándome con curiosidad, me despedí de Zack.

—¿Dónde te habías metido, Zoe? —preguntó Clare, un poquito preocupada.

—Estaba con uno de los invitados.

—¿Has subido a una habitación?

—Sí, Clare, he subido.

—Te lo dije —murmuró Gina sonriendo—. ¿Y?

—Una experiencia que recordar —respondí—, y que me ha servido para que quiera invitarme como su acompañante a otras fiestas.

—Madre mía, Zoe —mi prima se pasó la mano por la frente—. Tengo que estar loca para haberte permitido hacer esto.

—Ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones, no lo olvides.

—Si tu madre se enterase de esto...

—Pero no se va a enterar.

—¿Puedo preguntar quién es él? —intervino Gina— Me suena, pero no estoy segura de que sea quien creo que es.

—Si no me ha mentado, es Zack, tiene cuarenta y dos años, es banquero, y al parecer conoce bien a la anfitriona de esta noche.

—No, no te ha mentado. Y sí, conoce bien a la anfitriona porque son amigos desde hace más de veinte años. Creo que sus padres eran amigos íntimos.

—O sea, que se ha acercado a mi prima alguien que podría tener información de primera mano.

—No diría tanto, pero sí que puede que sepa algo.

—¿Vosotras habéis averiguado algo? —pregunté.

—Nosotras no nos hemos movido del salón —contestó Clare—, pero estuvimos hablando con algunos de los invitados.

—Chicas, yo me voy a marchar ya —dijo Gina—. En estas fiestas cuando no ves a nadie que te interese, o nadie se interesa por ti, es mejor irse después de haber tomado unas copas. Y más ahora, que no queremos parecer sospechosas —sonrió.

—Sí, mejor nos vamos, antes de que aquí la lujuriosa se vaya de nuevo a la cama con el rubio —volteé los ojos al escuchar a Clare decir aquello.

—Tienes que llamar para que venga a recogernos, ¿no? —pregunté.

—Ya le mandé un mensaje hace un rato para que viniera y esperara a que le dijera que ya salíamos —contestó mientras sacaba el móvil del bolso para enviar otro mensaje.

Caminamos hacia la puerta del salón y vimos a los tres hombres que nos habían asignado como guardaespaldas siguiéndonos. Al menos se mantenían siempre a una distancia prudencial y podíamos hablar sin que nos escucharan.

Una vez llegamos a la entrada de la casa, los hombres que nos seguían nos dieron las buenas noches tras abrir la puerta y salimos a la calle donde nos quitamos los antifaces antes de que los dos coches se acercaran.

—Espero que averigüéis algo que de verdad os sirva para saber qué le pasó a Alice, y Zoe, por favor ten mucho cuidado, no quisiera que te pasara algo a ti también, eso sería un gran peso en mi conciencia.

—Tranquila, Gina —sonreí.

Nos despedimos de ella con un abrazo, quedamos en vernos el lunes en el trabajo y Clare y yo, fuimos hasta el coche donde ya nos esperaba el chofer en la puerta para abrirla.

—Señoritas —saludó con un leve asentimiento.

En el momento en el que me senté, dejé caer la cabeza hacia atrás y la apoyé en el respaldo del asiento con los ojos cerrados.

No tardé en escuchar la puerta del conductor cerrándose y notar cómo el coche comenzaba a

avanzar para salir de aquella propiedad.

—¿Cómo ha estado? —preguntó Clare, y la miré.

—Es distinto a lo que estoy acostumbrada, eso desde luego —sonreí—. Pero no pensé que fuera a acercarse nadie a mí, si te soy sincera.

—Algo debió ver.

—¿Crees que alguna de esas personas pudo hacerle eso a Alice?

—No lo sé, cariño. He hablado con muchos de ellos, y si a cada una de esas fiestas acuden los mismos invitados, alguien tiene que saber algo.

—¿Y si todo esto no es más que una locura? ¿Y si no saco nada en claro?

—No pienses así, Zoe, no te des por vencida tan pronto. Creo que tengo algo.

—¿Qué? —Fruñí el ceño— Pero si has dicho que no has averiguado nada.

—No he averiguado nada que me lleve directamente a Alice, pero puede que nos acerquemos. Y no, no voy a decirte nada. Por el momento vamos a centrarnos en los nombres que nos dé Gina, a ver si averiguamos algo.

—¿Y si no obtenemos nada útil?

—Pues espero que le hayas gustado mucho al rubio, por si tenemos que acudir a otros métodos para obtener respuestas.

—Clare, que ese hombre es banquero y seguro que no puedes llevarlo al calabozo dos días sin que se presente una horda de abogados en su búsqueda.

—Mujer, que no pensaba llevarlo al calabozo. Yo me refería a que le ataras a la silla y le hicieras preguntas mientras... ya sabes.

—¿Ahora de asistente personal he pasado a ser como Mata Hari? —Arqué la ceja— Porque te recuerdo que fuiste tú quien me dijo que no era detective.

—Solo doy ideas. Y, por cierto, si tu jefa jugara en mi liga, me la habría llevado a una de esas habitaciones, que lo sepas.

—Por Dios, Clare, no me digas que te gusta Gina.

—Es atractiva, sí, pero no me gusta como para una relación, tranquila. Con ella solo sería sexo. Y por lo que me ha contado de lo que hacen en esas fiestas, creo que me lo pasaría bien con ella —hizo un guiño y sonreí.

Clare siempre había ido de chica dura, pero en el fondo era tan romántica y enamoradiza como

yo.

El resto de camino hasta mi casa lo hicimos en silencio, y cuando llegamos, quedé en que la vería para darle la lista que me entregara mi jefa.

Cuando subí a casa eran cerca de las tres de la madrugada, me quité los zapatos y caminé descalza por el apartamento, me serví un vaso de té helado y fui a la habitación.

Tras ponerme el pijama me metí en la cama pensando en Alice, y en la promesa que le había hecho la tarde que la enterramos.

Capítulo 13



Había sido un lunes más, pero el trabajo se me hizo interminable.

Por suerte la tarde en casa estuvo más tranquila y dado que apenas había trabajo que hacer más que organizar la agenda de Gina para el resto de la semana, lo hice rápido después de comer y me recosté en el sofá para descansar un par de horas.

A las siete y media me puse unos vaqueros, una camiseta y las deportivas, y salí de casa para ir a la comisaría a ver a mi prima y mi tío. Ambas íbamos a hablar con él sobre eso que aún no le habíamos contado de la vida de Alice.

Cuando llegué aparqué el coche cerca de la entrada, y mientras caminaba escuché que me llegaba un mensaje al móvil.

Lo saqué y eché un vistazo, era Sofía para decirme que al día siguiente que no iría al trabajo porque tenía cita con el médico a primera hora.

Estaba contestándole cuando choqué con alguien, me disculpé a toda prisa sin mirar bien quién era, y subí las escaleras para entrar en comisaría.

Allí vi a Dean, uno de los agentes que siempre estaba en el mostrador de entrada, sonrió cuando me acerqué y me dio la plaquita de visitante sin ni siquiera preguntar a quién iba a ver.

Caminé por el pasillo como si aquel también fuera mi lugar de trabajo, llegué hasta el despacho de mi tío y di un par de golpecitos esperando que me diera paso.

—¿Es este el despacho del comisario más guapo de la ciudad? —pregunté.

—Eres la sobrina más pelota de todo Estados Unidos —rio.

—Uy, lo que me ha dicho —me llevé la mano al pecho, en plan ofendida.

—Hola, cariño —me abrazó tras ponerse en pie—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y Clare? Habíamos quedado en vernos aquí.

—Sí, esta mañana me dijo que teníais algo que comentarme, no creo que tarde en llegar. ¿De qué se trata, Zoe? Tu prima ha estado de lo más misteriosa.

—Mejor esperamos a que llegue.

—Lo cual quiere decir que, sea lo que sea lo que vais a contarme, estoy seguro de que no me va a gustar demasiado. ¿Me equivoco? —Arqueó la ceja.

—Yo no diré nada hasta que ella llegue.

—No, no me va a gustar —suspiró.

No podía decirle lo contrario, ya que mi tío Lewis nos conocía bien a las dos y cuando nos andábamos con algunos rodeos, por pocos que fueran, se olía que tramábamos algo.

Por suerte mi prima apareció en ese momento, sonriendo y con su uniforme, pues acababa de terminar su turno, y se sentó a mi lado frente al escritorio de su padre.

—¿Y bien? ¿Qué es eso de lo que queríais hablarme? —preguntó mi tío.

—Hay algo que Zoe no contó sobre Alice —respondió Clare—. Y cuando a mí me habló de ello, le dije que viniera a verte, pero...

—No lo hizo —la cortó él.

—No. Me dijo lo que había pensado, y sé que me vas a decir que debimos acudir a ti antes de hacer nada.

—Definitivamente, lo que vais a contarme no me va a gustar nada, de nada. ¿Qué habéis hecho, jovencitas?

—Por Dios, papá, que no tenemos quince años para que nos hables así. Y aún llevo el uniforme.

—Responded.

—Alice y el hombre con el que se veía, iban a unas fiestas —dije, y mi tío asintió poco después para que yo continuara hablando—. Ella vio a mi jefa hace tiempo en una y me lo dijo, yo no había sacado el tema con ella porque la vida privada de mi jefa no me incumbe, pero después de lo que ha pasado, hablé con ella.

—No sé si preguntar qué clase de fiestas —dijo con un suspiro.

—Seguro que te haces una idea, papá, si te digo que son de las que no muchos tienen conocimiento ni pueden acceder a ellas.

—Por favor, sigue —me pidió.

—Le pedí que me llevara a una de esas fiestas.

—Y yo le dije a ella que no iba a dejarla ir sola —intervino mi prima.

—El sábado estuvimos en una.

—¿De verdad quiero seguir escuchando esto, chicas? —preguntó mi tío.

—No es que averiguáramos mucho allí, pero Gina me dijo que me daría una lista de nombres para que pudierais investigar por si alguno tenía relación con Alice.

—¿Tienes esa lista?

—Sí, tío, me la ha dado esta mañana.

—Vale, Clare se pondrá con ella. ¿Alguna cosa más?

—Uno de los asistentes a la fiesta con el que hablé, me dijo que me llevaría como invitada a la próxima.

—Eres consciente de que, si tu madre se entera de que tu prima y yo te hemos dejado ir a saber, a qué lugares, para hacer, no quiero preguntar qué, y te pasara algo, nos echaría como carnaza para los lobos, ¿verdad?

—Soy consciente, sí, pero no va a pasarme nada.

—¿Tú vas a ir con ella? —le preguntó a Clare.

—No, papá.

Mi tío suspiró mientras se pasaba la mano por el pelo, me miró y supe por el modo en el que lo hacía, que iba a poner algunas condiciones para permitirme seguir adentrándome en un mundo al que yo no pertenecía y del que, si algo salía mal, podría no salir con vida.

—Tendrás un agente contigo, Zoe.

—¿Qué?

—Ya me has oído, y no me mires así. Si quieres ir a esos lugares, un agente será prácticamente como tu sombra.

—Nadie entra en esos sitios si no es invitado por alguien.

—Lo imagino, pero no será necesario que entre. Llevarás un dispositivo siempre encima y si algo va mal, lo activas. Él encontrará la mejor manera de entrar allí y sacarte. Me da igual si tiene que hacer de taxista, nunca vas a ir sola. No puedo meter a nadie allí, así que tendrás que aceptar que un agente te escolte.

—¿Y si alguien se da cuenta de que es policía? —pregunté.

—Correremos el riesgo, pero no tienen por qué averiguarlo. Nadie sospechó de Clare en la fiesta a la que fuisteis, ¿no? Pues esperemos que tampoco sospechen del agente que te asigne. Solo prométeme que tendrás cuidado, Zoe.

—Lo tengo, tío —sonreí.

—El hombre con que se va a ver al menos no parece un loco asesino en serie —dijo Clare.

—Tú mejor que nadie, hija, sabes que los asesinos en serie muchas veces no lo parecen.

—Cierto.

—Bueno, ya que estáis aquí aprovecho para daros algunas novedades del caso de Alice —dijo mi tío—. El FBI ha estado aquí, les he puesto al corriente de lo que teníamos hasta el momento, van a ver las imágenes del hombre que la llevó a casa y tratarán de hacer un reconocimiento facial a ver si está fichado, tiene antecedentes o simplemente pueden averiguar quién es. Pero ahora que sé lo de las fiestas, y que imagino que quienes son invitados a ellas no trabajan como simples camareros en un restaurante —ambas nos miramos y negamos al volver a mirarlo a él—, supongo que puede que se trate de algún miembro del equipo de seguridad de alguien con suficiente poder como para cubrir un asesinato y hacerlo pasar por un suicidio.

—Esperemos a ver qué dicen los del FBI —comentó Clare.

—Sí, y recemos para que a tu prima no le pase nada, o tu tía Elisa, nos lo hará pagar caro —suspiró mi tío.

Le di a Clare la lista de nombres que me había entregado Gina y quedó en contarme lo que fuera que averiguara al respecto sobre aquellos hombres. Yo tenía la esperanza de que alguno de ellos fuera el que se veía con Alice, pero tocaba esperar a que mi prima me diera noticias.

Me despedí de ellos y regresé a casa, pasando antes por el supermercado para hacer la compra de la semana.

Capítulo 14



Era miércoles y aún no tenía noticias sobre la lista de nombres que le di a Clare dos días antes, pero mi tío me llamó esa mañana para que fuera a comisaría, al parecer quería hablar con Clare y conmigo.

Así que allí estaba, a las siete de esa tarde de miércoles, entrando en comisaría y siendo recibida por la sonrisa de Dean y la tarjeta de visitante que me dio.

Al final acabaría por dejar el trabajo con Gina y pedir un puesto de secretaria en este lugar.

Nah, con mi empleo como asistente personal estaba bien y sabía que en ningún otro sitio tendría un buen sueldo como el que Gina me pagaba.

Llamé al despacho de mi tío Lewis y cuando escuché que me daba paso, con tono bastante serio, debía decir, abrí la puerta y al asomarme vi que no estaba solo.

Además de Clare, que aún llevaba el uniforme pues acababa de terminar su turno, había otra mujer y dos hombres.

—Pasa, Zoe —me dijo mi tío, asentí y cerré la puerta.

Las tres personas que no conocía se giraron para mirarme con curiosidad.

Ella era una mujer bastante guapa, y el traje de pantalón y chaqueta que llevaba, le sentaba muy bien. Tenía el cabello negro y unos bonitos ojos azules que, a pesar de la seriedad de su rostro, dejaban ver que eran los de una persona cariñosa.

Ambos hombres eran altos, y al igual que ella, vestían de traje, lo que significaba que no eran simples agentes de policía, como mi prima.

Uno de ellos tenía el cabello negro y ligeramente alborotado, los ojos marrones y una sonrisa de lo más simpática.

El otro tenía el cabello castaño y los ojos azules como el océano, pero no sonreía.

No me pasó desapercibido el modo en el que me miraba este último, de arriba abajo como si me estudiara, como si tratara de adivinar algo sobre mí.

Había tenido una comida por trabajo con Gina y unos clientes, por lo que acabamos con una larga sobremesa, fui a la oficina a recoger algunas cosas que me había dejado allí de trabajo, y ni siquiera fui a casa para cambiarme, así que había ido directa desde allí y aún llevaba la falda lápiz gris marengo, la camisa rosa pastel sin mangas y los zapatos negros de tacón.

—Zoe, ellos son Xander Wells, Ethan O'Brian y Brenda Smith, los agentes del FBI que llevan el caso de Alice —dijo mi tío—. Zoe es mi sobrina, y como les dije, la mejor amiga de Alice, y quien mejor la conocía.

Mientras mi tío me los presentó, cada uno asintió a modo de saludo al escuchar su nombre, y el agente de ojos azules como el océano que seguía sin quitarme la vista de encima, se llamaba Xander.

—Hola —saludé sin mucho más que decir.

—Su tío nos ha dicho que el lunes le contaron algo sobre la víctima —dijo el agente O'Brian.

—Alice —le corregí—. Se llamaba Alice, por favor, no se dirijan a ella simplemente como la víctima.

—Lo siento.

—Y sí, el lunes estuvimos mi prima y yo aquí para hablar con mi tío de algunas cosas sobre ella.

—Era usted —escuché la voz del otro agente, del que seguía mirándome, y era una de esas voces claramente varoniles y con un tono seductor en ella.

—¿Disculpe? —Fruncí el ceño.

—El lunes chocó conmigo.

—Oh, ¿era usted? Lo lamento, apenas le vi, iba viendo el móvil por temas de trabajo —respondí, y él tan solo asintió.

—Les he dicho a los agentes que vosotras les pondríais al corriente de lo que hablasteis conmigo —dijo mi tío, miré a Clare y asintió.

Me senté en la silla que quedaba libre y durante la siguiente hora y media, hablamos con los tres agentes del FBI al frente del caso de Alice.

Descartado el suicidio por el forense y la policía, ellos, que eran del departamento de homicidios, debían averiguar todo lo que pudieran para esclarecer quién y por qué habría hecho algo así.

También me pidieron que les hablara sobre la vida de Alice, y cuando llegamos a la parte del

hombre con el que se veía, el agente Wells dijo que no entendía cómo siendo la mejor amiga de Alice, no conocía a ese hombre.

—Se lo repito, agente —dije de malos modos—. Nunca me enseñó una foto suya, ni me dijo su nombre, su edad, su profesión o los gustos musicales que tenía. Era todo muy secreto con ese hombre y siempre pensé que era casado y que no pretendía divorciarse para estar con Alice.

—En cambio sí sabía todo lo relacionado con esas fiestas.

—Todo lo que ella quería compartir, sí. Y gracias a ello pude entrar en la última fiesta que celebraron, junto con mi prima, para tratar de averiguar algo más.

—Algo que no consiguieron hacer —respondió.

—Pero he conseguido que uno de los asistentes me tenga en cuenta para invitarme en próximas ocasiones.

—También tenemos una lista de nombres gracias a que mi prima insistió en ir allí —dijo Clare.

—¿Y han averiguado algo sobre esos hombres?

—Estamos en ello.

—O sea, que seguimos sin tener nada que sea de relevancia para el caso.

—Ustedes mejor que nadie, saben que un caso en el que hay una posible víctima de asesinato, como me han dicho desde que nos conocemos, no es fácil —contestó mi tío.

—Lo único que sé, comisario, es que ellas no deberían haber ido a ese lugar. Por mucho que su hija sea agente de policía, su sobrina no es más que una civil. Fueron allí solas, sin decírselo a nadie y sin refuerzos. ¿Y si les hubiese pasado algo? Ahora podríamos estar ante un caso de triple homicidio.

—Ya las reprendí por ello, agente Wells —le dijo mi tío.

—Me va a disculpar, agente —dije con cierto desdén mientras me ponía en pie para enfrentarme a él—, pero ya somos mujeres adultas como para decir dónde vamos y qué hacemos. Si no le hablé a mi tío de mis intenciones, fue porque no quería que me impidiera ir allí, quería poder tener algo que darle para el caso de mi mejor amiga, porque le aseguro que a nadie le interesa tanto como a mí saber la verdad.

En ese momento me llegó un mensaje, saqué el móvil del bolso y vi que era de un número que no tenía guardado, pero leí el nombre en el texto y no dudé en hacerles saber a los presentes el contenido.

—No tendremos mucho todavía —dije mientras volvía a guardar el móvil—, pero la persona que puede que me dé algo, acaba de mandarme una dirección para vernos el viernes. Y sí —le corté

antes de que dijera nada, pues el agente Xander Wells había abierto la boca para hablar—, voy a ir sola.

—Zoe, acordamos unas condiciones —me recordó mi tío.

—Y las cumpliré —dije yendo hacia la puerta.

—Pero dime dónde vas a ir el viernes.

—Te llamaré mañana, tío.

Salí del despacho enfadada, el agente Wells me había sacado de quicio. Sabía que, como agente de la ley, lo hacía para ver cómo reaccionaba ante algunas situaciones, pero había formas y formas de decir las cosas.

Dejé la tarjeta de visitante en el mostrador de recepción, me despedí de Dean con una sonrisa, y salí a la calle cogiendo esa bocanada de aire que necesitaba.

Alice no solo era mi mejor amiga, ella siempre fue como una hermana para mí, una melliza podríamos decir, y perderla había sido lo peor que podía pasarme.

Y era como si nadie quisiera darse cuenta de ello.

Capítulo 15



Iba buscando las llaves del coche en el bolso cuando, sin darme cuenta, acabé pisando una maldita alcantarilla y se me atascó el tacón.

Es que aquello era lo que me faltaba.

Al menos tuve la suerte de que no se me rompió, porque, aunque ya me fuera para casa, no me apetecía ir cojeando.

—Maldita sea —murmuré mientras intentaba sacar el tacón de allí, procurando que no se me saliera el zapato.

—Si me dejas, te ayudo —miré por encima del hombro y vi al agente Xander Wells allí parado, con las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Puedo sola, gracias —contesté de malos modos, lo sabía, pero ese hombre había sacado lo peor de mí en apenas unos minutos.

—No lo dudo, se ve que eres una mujer valiente, decidida y con recursos, pero estás a un paso de acabar con los dos zapatos atascados —señaló hacia el otro tacón y cuando miré comprobé que tenía razón.

—Uf, menudo día —resoplé—. ¿Me ayudas o sigues mirando? —protesté.

—Te ayudo —sonrió, el muy jodido sonrió de medio lado mientras acortaba la distancia entre nosotros.

Se inclinó y, tras decirme que me apoyara en su hombro, sostuvo mi tobillo con cuidado mientras sacaba el tacón de aquel pequeño agujero en el que se había quedado incrustado.

—Gracias —dije apartándome de la alcantarilla del infierno.

—Quería invitarte a un café. Tengo la sensación de que no hemos empezado con buen pie ahí dentro.

—No, ¿en serio? Y yo que pensé que eras siempre igual de antipático con todo el mundo — volteé los ojos.

—Soy agente del FBI, no nos caracterizamos por ser muy simpáticos, la verdad.

—No hace falta que lo jures, en serio.

—Entonces, ¿aceptas un café?

—Ya por la hora que es, mejor una copa de vino blanco.

—Me parece bien —sonrió—. ¿Vamos? —extendió la mano hacia la zona por donde se iba a la cafetería que había allí cerca, y comencé a caminar.

No tardó en ponerse a mi lado, con las manos en los bolsillos, y así llegamos hasta el final de la calle, donde nos detuvimos en el semáforo.

Cuando pudimos cruzar, noté su mano en la parte baja de mi espalda y sentí un escalofrío, como una descarga, algo que nunca antes me había pasado con un hombre.

Llegamos a la cafetería y tras sentarnos en una de las mesas altas que quedaban libres en la terraza, pedimos un vino blanco para mí y una cerveza para él.

Mi móvil empezó a sonar con el tono de llamada, lo saqué y vi que era mi prima Clare.

—Dime —respondí.

—Oye, mi padre quiere que me ponga más en serio con los nombres de la lista que nos dio Gina, así que me ha quitado del coche patrulla y voy a echar una mano a los del FBI. Solo quería que lo supieras.

En ese momento regresó la camarera con nuestras bebidas y vi que él tenía la mirada puesta en mis piernas, esas que quedaban mucho más descubiertas al estar sentada.

—Vale, mantenme al tanto de lo que averigües, ¿sí? —le pedí a mi prima.

—Claro, cariño, descuida. Nos vemos. Te quiero.

—Y yo, adiós.

Colgué y volví a guardar el móvil en el bolso antes de coger mi copa y dar un sorbo.

—Vuelvo a disculparme por las formas de antes —dijo tras beber de su botellín de cerveza.

—Disculpas aceptadas. Pero que le quede claro, agente Wells, que puedo cuidarme sola.

—No lo dudo, se ve que eres digna hija de tu padre —sonrió.

—¿Qué sabes tú sobre mi padre? —Fruncí el ceño.

—Jim Coleman, mejor agente de su promoción, el segundo fue tu tío Lewis Benet, ambos amigos desde la infancia. Patrullaban juntos cuando salieron de la academia, tuvieron a su cargo a algunos novatos, se convirtieron en inspectores, los mejores de la comisaría, pero una noche algo salió mal en una de las salidas que tuvieron que hacer y tu padre falleció. Antes de que el FBI me fichara, fui uno de esos agentes que tu padre tuvo a su cargo, al menos durante un par de años.

—No lo sabía.

—Bueno, no eres policía, no podrías saberlo.

—¿Mi tío lo sabe?

—Se lo dijimos el lunes, Ethan también estuvo en la comisaría conmigo y con tu padre. A Brenda la conocimos en la agencia cuando entramos.

—Yo era una niña cuando él murió.

—Lo sé, te recuerdo del funeral. Estabas junto a tu madre, nunca vi unos ojos tan tristes como los tuyos.

—Supongo que perder al hombre que consideras tu héroe, hace que los ojos no se vean muy felices.

—Cierto.

—¿Y cómo acabaste siendo agente del FBI? Si no es indiscreción —dije antes de dar un sorbo a mi copa.

—Llegué a ser detective en la comisaría, Ethan y yo junto a otros compañeros cerramos un caso muy mediático hace diez años, colaborábamos con la agencia, nos ofrecieron un puesto allí y no lo dudamos.

—Conociendo a mi padre, y con el aprecio que tenía a los hombres que estaban a su cargo en la comisaría, estoy segura de que se sentiría orgulloso de vosotros dos.

—Eso dijo tu tío al vernos y reconocernos —sonrió.

—¿Para qué querías que viniera contigo? Y dime la verdad, porque eso de que quisieras disculparte, aunque ahora me digas que al saber que soy la hija del hombre al que considerabas una especie de mentor, te veías en la obligación de disculparte, no cuela.

—Quería que me hablaras sobre Alice —contestó sin rodeos.

—Ya os he dicho allí dentro todo lo que tenía que deciros.

—Sé que hay más, Zoe, puedo verlo en tus ojos.

—¿Qué quieres que te diga? No hay nada más que lo que os he contado.

—No me creo que no sepas quién era el hombre con el que se veía.

—Pues esa es la verdad. Ella nunca me dijo nada sobre él, lo llevaban todo en absoluto secreto. Le insistí muchas veces para que me contara algo más, quería saber si era un hombre casado porque yo había pasado por eso, sin saberlo, y no quería que ella acabara tan mal como yo. Es doloroso saber que la persona a la que quieres tiene otra vida antes de ti, que ha jugado contigo. Pero si ella sabía eso y lo consentía porque él simplemente le hubiera dicho que iba a divorciarse, quería que recordara que eso muy pocas veces, o ninguna, sucedía. Ni siquiera sé si ese hombre es el que la llevó a casa y grabaron las cámaras, o solo es un empleado del hombre que la asesinó.

—Mira, Zoe, podemos tener muchas teorías sobre lo que le ocurrió a tu amiga, podemos redactar miles de hipótesis y puede que de entre todas ellas una sea la correcta, o no lo sea ninguna. Pero tal vez ella alguna vez te dijo algo, de manera sutil sin contar realmente la verdad, y eso es lo que deberías recordar.

—Alice estuvo con ese hombre durante dos años, me contaba que la llevaba a cenar a lugares donde había reservados y nadie podía molestarlos. Le regalaba perfumes, flores, bombones, fines de semana de ensueño en algún lugar del mundo donde la llevaba por sorpresa, y noches de sexo y placer sin límites en esas fiestas. Jamás me dijo su nombre, y viendo que a esas fiestas va gente de un alto poder adquisitivo, dudo mucho que alguna vez me hubiera contado quién era él, salvo que lo suyo acabara en boda.

—No deberías ir a esas fiestas, Zoe —dijo mientras negaba.

—¿Por qué? Solo quiero descubrir la verdad, saber qué le pasó a Alice, quién y por qué querría que ese fuera su final y fingir que se suicidó. Y si para ello tengo que adentrarme en ese mundo de sexo y lujuria, lo haré.

—Solo te pido que tengas cuidado.

—No debería importarte, no me conoces, pero, dado que mi padre fue alguien importante en tu vida, o así lo asumo, puedes estar tranquilo, sé cuidarme sola y haré cuanto esté en mi mano para que no me pase nada.

—Ten —me ofreció una tarjeta con su nombre y el número de móvil—. Si alguna vez lo necesitas, llámame.

—Lo haré. Y ahora, gracias por el vino, pero quiero irme a casa, ha sido un día largo.

Me levanté y abandoné la terraza de la cafetería para ir de vuelta a mi coche, donde subí y, tras ponerlo en marcha, conduje sin pensar en nada que no fuera Alice y el hecho de que era por ella por lo que me había metido en todo ese asunto de las fiestas.

Quería y necesitaba saber la verdad, solo eso.

Capítulo 16



Viernes, iba a volver a ver a Zack en esa dirección que me había enviado, y tal como dijo mi tío, llevaría un policía que me tuviera vigilada en todo momento.

O al menos, todo lo vigilada que se podía estar con una pulsera de plata que me entregó mi tío Lewis el día anterior, con un pequeño cristal de Swarovski rojo incrustado y que, si pulsaba, activaba una especie de alarma que le llegaría al policía.

Solo tenía que tener cuidado de no tocarlo.

Terminé de arreglarme con un vestido negro largo y entallado, tal como indicó Zack, y tras coger el bolso de mano en el que guardé el móvil salí de casa para esperar mi transporte, y no uno cualquiera.

Para cuando mi cita, si es que la podía llamar así, me viera llegar, sería en un coche negro con chofer que supuestamente había alquilado para la ocasión, como me gustaba hacer otras veces, el lugar de coger un taxi.

Lo que tenía que hacer una a veces con tal de tener contenta a la familia, y más aún cuando en esta, había policías.

Nada más salir del edificio vi un coche negro aparcado en doble fila y un hombre de unos treinta y cinco años, con traje y corbata negros y camisa blanca, apoyado en él.

Me acerqué, sabiendo que era el agente que había enviado mi tío, y lo saludé.

—Soy Zoe —dije sonriendo.

—Kevin, tu guardaespaldas personal —sonrió haciéndome un guiño.

Cuando abrió la puerta me senté mientras nos mirábamos, pero en el momento en el que Kevin se puso serio, eché un vistazo al asiento.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté al ver a Xander sentado en el extremo opuesto.

—Soy el apoyo de Kevin esta noche.

—No, ni hablar. Acepté una especie de niñera porque lo pedía mi tío, pero, tú, no.

Saqué el móvil del bolso para llamar a mi tío y preguntar qué pasaba, pero no pude, puesto que Xander me lo quitó de las manos.

—El FBI está al frente del caso de tu amiga —dijo—. El FBI es una institución superior a la policía de New York, y yo estoy al mando de mi gente. He sido yo quien me ha puesto aquí, no tu tío.

—Pues ya te puedes ir, no necesito que estés al mando de esto que voy a hacer.

—Si tu padre viviera, querría esto.

Y ante esas palabras no pude rebatirle nada, porque sabía que tenía razón.
Xander me devolvió el móvil y lo guardé en el bolso de nuevo con un suspiro.

Kevin, que debió intuir que yo no iba a estar muy contenta al encontrar allí al agente del FBI, nos dio tiempo a solas y entró en ese momento, puso el coche en marcha y nos llevó a la dirección que yo le había dado a mi tío.

—¿Llevas la pulsera? —me preguntó Xander poco después.

—Sí —dije por toda respuesta.

—Zoe, esto es por tu bien, de verdad.

—Me parece perfecto, en serio. Pero tú no deberías estar aquí.

—Pues estoy, es lo que hay.

—Genial.

El resto del camino lo hicimos en silencio, y cuando el coche paró miré por la ventana. Tenía la suerte de que los cristales de la parte trasera estaban tintados y nadie vería a Xander.

—Kevin, ¿seguro que esta es la dirección que le di a mi tío? —le pregunté, dado que no había ninguna casa, sino un edificio en una calle céntrica de algún lugar de la ciudad.

—Sí, esta es.

—Pero...

—Es un local de sexo —dijo Xander, y lo miré con los ojos muy abiertos. Kevin salió del coche en ese momento, dejándonos solos—. ¿No sabías dónde te había citado ese hombre?

—Creí que las fiestas eran en casas, Gina dijo que había varios anfitriones.

—Pues ese hombre te ha traído a un local de sexo, no a una casa. Zoe —me recorrió un escalofrío cuando noté que Xander me cogía la mano—, si lo ves muy mal, por favor toca la pulsera.

—¿Cómo de mal puede ir ahí dentro? Solo voy a tener sexo con un hombre. No necesitaré que entréis ahí como si fuerais los SWAT.

Abrí la puerta y vi a Kevin allí dispuesto a abrirla para ayudarme a salir. Le sonreí y fui hacia la puerta de aquel lugar.

El edificio bien podría pasar por un hotel, incluso por una casa discreta dado que apenas se veían luces. Toda la fachada era de cristales negros oscuros y en la puerta había un teclado con tan solo dos botones.

Pulsé primero el que tenía la letra Omega del alfabeto griego, y después el botón verde como si estuviera haciendo una llamada de teléfono.

No tardó en abrirse la puerta y, tras ella, vi a una preciosa mujer con la piel de un bonito color canela, cabello negro largo y espeso, los ojos marrones, y con un vestido blanco de un solo tirante ancho que realzaba aún más su tono de piel.

—Buenas noches —saludó con una sonrisa de lo más amable.

—Buenas noches.

—¿Quién es su anfitrión? —preguntó.

—Zack, me espera Zack.

—Pase, por favor —se hizo a un lado sin perder la sonrisa.

Eché un vistazo al coche por encima del hombro y vi a Kevin allí de pie junto a él, esperando a que yo entrara. Sin verle, sabía que los ojos de Xander estaban puestos sobre mí. Él, al igual que mi tío, creía que esto no era buena idea, pero no había otra manera de averiguar qué le había pasado a Alice.

Di un paso al frente, traspasé la puerta y esta se cerró a mi espalda.

Ante mí tenía un largo pasillo con una tenue luz que me recordaba a la casa de la fiesta a la que había acudido apenas una semana antes.

—¿Tiene antifaz? —me preguntó la chica.

—Sí, sí tengo.

—Póngaselo ahora, por favor. Nadie ahí dentro puede verle el rostro.

—Claro —sonreí mientras lo sacaba de mi pequeño bolso de mano y me lo ponía.

—Por aquí —me indicó con la mano extendida, y la seguí.

El repiqueteo de nuestros zapatos era lo único que se escuchaba en aquel pasillo, hasta que llegamos a la puerta que abrió y la música, una melodía suave y de lo más relajante, nos dio la bienvenida.

Allí encontramos un salón con algunas mesas donde había gente hablando, una barra de bar tras la que dos camareros servían bebidas a quienes estaban allí, y varios grupos de hombres o mujeres esparcidos por todo el salón.

La chica me llevó a la barra, me senté en uno de los taburetes y me dijo que enseguida llegaría mi anfitrión.

Pedí una copa de vino blanco y me quedé allí sentada y nerviosa esperando a Zack, mirando con disimulo cada rincón de ese lugar mientras me preguntaba si alguna vez Alice había estado allí.

¿Y si Zack era ese hombre misterioso con el que llevaba viéndose dos años? ¿Y si yo era la próxima a la que engañaba con palabras bonitas, juegos sensuales y sexo placentero mientras su mujer lo esperaba en casa con uno, dos, o quién sabía cuántos hijos?

Dios mío, estaba desvariando. Zack no podía ser el hombre con el que estaba Alice, no podía tener esa sangre fría de haber perdido a su amante, y en apenas unos días, ir a por otra.

¿O sí?

Me sobresalté al notar una mano en la parte baja de mi espalda y di un leve grito, hasta que al mirar a mi derecha me encontré con la sonrisa y los ojos verdes de Zack.

—Tranquila, soy yo —dijo mientras se inclinaba para darme un beso rápido en los labios—. No quería asustarte.

—Perdona, es que estaba distraída pensando y... No te oí llegar —sonreí.

—¿Puedo preguntar en qué pensaba la mujer más hermosa del salón?

—Me preguntaba qué hacía aquí, ya que pensé que todas las fiestas se celebraban en casa de uno de los anfitriones, al menos eso tenía entendido por mi jefa.

—Y así es, solo que a mí me gusta venir aquí de vez en cuando.

—Me has traído a un local de sexo —murmuré, y pasé la lengua por mis labios de manera seductora, al final sí que iba a ser la próxima Mata Hari.

—Exacto —sonrió acercándose a mi oído para susurrar—. Y estoy deseando llevarte de nuevo a sentir el placer.

Me estremecí al escucharlo y notar sus labios en el cuello cuando me besó. Nos miramos, pidió un whisky y nos quedamos allí unos minutos mientras lo tomábamos, cosa que agradecí porque el, no saber, lo que iba a encontrar o lo que sucedería a continuación, me tenía un poco nerviosa.

Cuando terminamos nuestras bebidas, Zack me ayudó a bajar del taburete y tras colocar la mano en la parte baja de mi espalda, me llevó hacia una puerta que había al fondo del salón.

Un pasillo con luz tenue nos recibió, al igual que cuando entré, y fuimos hasta la puerta del fondo, dejando atrás otras tres puertas.

Entramos en un recibidor como de hotel, con cuatro puertas, y traspasamos una de ellas para ir por otro pasillo con varias puertas a ambos lados hasta el final.

Zack la abrió, y como había ocurrido en la casa la noche de la fiesta, las luces se encendieron solas, y la música también.

Paredes y suelos negros, muebles en madera oscura y ropa de cama negra. Un armario, un sofá como en el que tuvimos aquel encuentro erótico y sensual, y un pequeño mueble bar con una nevera.

—¿Una copa?

—No, estoy bien —sonreí.

Zack asintió, se inclinó para besarme y, tras colocar ambas manos en mis caderas, me guio hasta la cama donde comenzó a desnudarme poco a poco, entre besos y sutiles caricias con la yema de los dedos.

Entrelazó nuestras manos y me llevó hacia un lado de la cama, miró al techo, levantó la mano y cuando miré vi que tenía unas cuerdas.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Voy a atarte —dijo.

—¿Qué? —abrí los ojos ante aquella respuesta que no esperaba.

—No tengas miedo. Verás, con estos brazaletes te inmovilizaré las manos, y como ves, están unidas a la cuerda que cuelga del techo.

—Vamos, que voy a parecer una ristra de ajos puestos a secar —resoplé, y Zack rio con una sonora carcajada.

—Mal asunto si fueras una ristra de ajos, me matarías.

—Bueno, venga, hazlo antes de que me arrepienta —dije levantando las manos, y él sonrió.

Inmovilizó mis muñecas con los brazaletes, tal como había dicho, y me hizo separar ligeramente las piernas.

—¿Estás bien?

—De momento, sí.

—Cuando quieras que te libere me lo dices, ¿de acuerdo?

—Vale.

Zack me besó y comenzó a desnudarse ante mí, quedándose únicamente en bóxer. Fue al armario y al igual que había hecho en la casa, cogió varias cosas que dejó sobre la cama.

Vino de nuevo hasta mí, con lo que parecía una fusta de montar a caballo, la subió despacio por mi pierna, rozó levemente mi sexo, subió por el vientre y jugó unos instantes con ella haciendo círculos sobre ambos pezones.

La deslizó hacia abajo esta vez y, sin que lo esperara, dio un leve golpecito con la lengua de la fusta en mi sexo. Jadeé a modo de protesta y él volvió a dar un nuevo golpecito.

Cuando había dado cinco, mis jadeos eran más de placer que de dolor.

Cogió un frasquito de aceite de la cama tras dejar la fusta y lo vertió sobre mis pechos despacio, de modo que las gotas se iban deslizando, haciendo un intrincado camino por todo mi cuerpo.

Masajeó ambos pechos, me pellizcó los pezones y comenzó a besarme mientras deslizaba una mano por el vientre, extendiendo el aceite, y la llevaba finalmente a mi sexo excitado.

Llevó el dedo entre mis pliegues cubriendo el clítoris con el aceite y, poco a poco, me fue penetrando con un dedo mientras su pulgar friccionaba despacio el clítoris.

Movía las caderas en busca de más y Zack me lo daba.

Protesté cuando retiró la mano, sonrió de esa manera casi perversa que tenía mi demonio rubio de ojos verdes, y lo vi caminar hasta situarse a mi espalda.

Sentí de nuevo la mano en mi sexo y cómo me penetraba mientras con la otra masajeaba y pellizcaba mis pezones, mordisqueándome el lóbulo de la oreja manteniéndome pegada a su cuerpo de modo que podía sentir su palpitante erección en la parte baja de mi espalda.

Gemía y me movía buscando ese placer que Zack me daba, hasta que sentí que me acercaba al momento de liberar el clímax.

Él, aumentó el ritmo, me mantuvo pegada a su cuerpo y me hizo gritar mientras me corría con su

dedo entrando y saliendo sin parar.

En el momento en el que liberé todo, dejé caer la cabeza en su pecho y él me besó antes de soltar mis muñecas, sosteniéndome con el brazo para que no me cayera.

Me alzó en brazos y me llevó a la cama, donde separó mis piernas y comenzó a lamerme despacio con su húmeda y caliente lengua, haciendo que volviera a excitarme de tal modo, que tuve que agarrarme a las sábanas mientras él saciaba su apetito de mí y yo movía las caderas, presa de deseo y el placer.

Volví a correrme y antes de que terminara, noté que me penetraba con un pequeño vibrador que intensificó aún más ese momento.

Me sentía saciada y laxa, jadeando en busca de aire, con los ojos cerrados mientras notaba cómo mi pecho subía y bajaba rápido.

Zack me hizo girar hasta quedar recostada bocabajo, elevó mis caderas colocando una almohada bajo mi vientre, y noté unas gotas de aceite cayendo en mi espalda y mis nalgas.

Comenzó a masajearme la espalda extendiendo el aceite por ella, bajando hacia las nalgas y llegando a mi sexo, haciéndome gemir cada vez que sus dedos se deslizaban entre mis pliegues y rozaban el sensible y excitado clítoris.

Y volvió a llevarme al orgasmo poco después, con un succionador de clítoris al máximo de nivel de vibración mientras me penetraba con dos dedos.

Apenas unos instantes después me penetró con una certera embestida, llenándome hasta lo más hondo mientras sostenía mi cabello con una mano, tirando levemente de él.

Mis gemidos y mis gritos se entremezclaban con sus jadeos y la música que había estado sonando de fondo todo el tiempo.

Sentí el orgasmo volver a formarse en mi vientre, esa sacudida de placer que me arrollaba, y con un chillido acabé corriéndome de nuevo esa noche, mientras Zack me penetraba fuerte y profundamente uniéndose a mí en ese éxtasis sexual.

Cuando soltó mi cabello me dejé caer sobre la almohada, laxa y jadeante, buscando el aire que le faltaba a mis pulmones.

Zack se retiró, noté cómo se movía, escuché sus pasos alejándose y poco después regresando a la cama.

Sentí una suave toalla húmeda en mi espalda retirando el aceite del masaje, la pasó por mi aún excitado y húmedo sexo y me ayudó a recostarme bocarriba para limpiarme el aceite del resto del cuerpo.

Abrí los ojos y lo encontré allí sonriendo, se inclinó y me dio un beso en los labios.

—Eres muy receptiva, ¿lo sabías?

—Pues no, yo nunca había tenido sexo así.

—En ese caso, me alegra ser el primero —hizo un guiño y se levantó, ayudándose.

Nos vestimos y cuando estábamos listos para abandonar la habitación, me cogió de la mano haciendo que girara y me atrajo hacia él.

—Quiero invitarte a cenar, Zoe —dijo mientras me acariciaba la mejilla—. Quiero verte sin el antifaz.

—Yo... No sé si eso es buena idea.

—Yo creo que es perfecta.

Pensé en ello unos instantes, y si Zack resultaba ser el hombre con el que se había estado viendo Alice, tal vez cenar con él me serviría para indagar un poco más en el asunto.

Aunque sabía que ni a mi tío Lewis ni a mi prima Clare iban a gustarles la idea, por no hablar de cierto agente del FBI que parecía haberse convertido en mi niñera como si se lo debiera a mi padre.

—Está bien, acepto cenar contigo —sonreí.

—No te vas a arrepentir, te lo aseguro —se inclinó para besarme y salimos de la habitación, caminando de nuevo por aquellos pasillos hasta llegar al salón donde me preguntó si quería tomar una copa, pero rehusé la invitación.

Nos despedimos allí quedando en que me llamaría para concretar lo de la cena, y abandoné el salón regresando por el pasillo que me llevaría a la salida, hasta el coche donde me esperaban mis niñeras.

Capítulo 17



Cuando salí a la calle vi el coche aparcado en la acera de enfrente, Kevin estaba fuera con el móvil en la mano y al verme, sonrió.

—¿Todo bien? —preguntó cuando me acerqué.

—Sí, no he necesitado usar la pulsera —sonreí.

—Eso está bien —hizo un guiño, se puso serio y me abrió la puerta para que entrara.

Al sentarme vi a Xander allí, con la cabeza recostada en el asiento, los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. Parecía dormido, pero no iba a fiarme.

—Veo que no has necesitado la pulsera —dijo, sin abrir los ojos.

—Te lo dije.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

—¿Quieres los detalles? Porque te vas a quedar con las ganas. Y si lo que te gustaría es hacerlo tú conmigo, igual te vas a quedar con las ganas.

—No necesito usar vibradores, fustas, succionadores y otros juguetes sexuales para dar placer a una mujer, o sentirlo yo.

—Pues, bien por ti.

—¿Has averiguado algo?

—No voy a preguntarle directamente por mi amiga muerta.

—No veo por qué no.

—Si quiero información tengo que ganarme su confianza.

—Te lo estás follando, o te está follando él a ti, yo ahí veo mucha confianza ya.

—¿Siempre eres tan gilipollas con todo el mundo, o solo conmigo?

Pero no respondió, puesto que Kevin subió al coche y lo puso en marcha para llevarme a casa.

Me quedé allí sentada en silencio mientras observaba por la ventana la ciudad completamente iluminada, y la gente que a esa hora de la noche salía de cenar o iba a tomar algo a un local de copas.

Y entonces vi que íbamos por una calle diferente a la que había cogido Kevin para ir al local.

Se detuvo poco después frente a un parque, Xander abrió su puerta y salió.

Me quedé mirando con el ceño fruncido, miré a Kevin y se encogió de hombros.

—Yo solo sigo órdenes, preciosa —contestó a mi silenciosa pregunta.

Mi puerta se abrió y vi a Xander.

—Sal —dijo en tono serio.

—No voy a salir.

—Zoe, sal —repitió.

—No. N. O. —insistí y él suspiró.

—Por las malas, entonces.

Me cogió en brazos y me sacó del coche, grité y protesté, golpeándole el pecho incluso, pero fue en vano.

Acabamos dentro del parque sentados en un banco debajo de un árbol.

—¿Además de gilipollas eres un cavernícola? —grité cuando me dejó sentada.

—No soy ninguna de esas dos cosas.

—Oh, permite que discrepe. Lo eres, y mucho, de ambas.

—Zoe, eres una civil, no un agente de policía, no tienes experiencia en operativos en los que tengas que estar infiltrada, y solo quiero que te quede claro que estoy aquí para ayudar.

—Pues ayuda sin tener que ser mi niñera, porque con Kevin te aseguro que tengo suficiente. Y también me sobra su presencia, pero contra mi tío, sí que no puedo luchar, es una batalla perdida.

—Mira, todos queremos saber qué le pasó a tu amiga, quién o quiénes estuvieron involucrados y

por qué lo hicieron. ¿Te ha dicho tu tío por qué nos asignaron a nosotros el caso? —preguntó.

—No.

—Hace seis meses apareció otra chica muerta en su casa, a priori se trató de un suicidio con pastillas. No tenía familia y solo una compañera de trabajo con la que se llevaba bien y que también dijo que ella no podía haber hecho algo así. Zoe, al igual que Alice, esa chica le hablaba a su compañera de un hombre con el que llevaba viéndose un año, era todo muy secreto y no le contaba nada sobre él, salvo que la trataba como a una reina, que la colmaba de regalos y la llevaba a fiestas. A diferencia de Alice, esa chica no le dijo qué clase de fiestas eran. Lo único que no tienen en común tu amiga y aquella chica, es su estatus. Alice era secretaria en un bufete de abogados de prestigio, la otra chica era camarera en un restaurante de lo más elegante y exclusivo. Barajamos la posibilidad de que el hombre con el que estuvo fuera un cliente, pero no conseguimos relacionar a ninguno de ellos con la chica.

—¿También la llevaron a su casa? —pregunté, casi sin voz.

—Sí, tenemos aún las imágenes de las cámaras, las hemos cotejado con las del edificio de Alice, pero no es la misma persona.

—¿Crees que tal vez...? —me quedé callada, porque lo que iba a preguntar no podía ser posible.

¿Cómo iba a estar el mismo hombre al que veía Alice, con otra mujer al mismo tiempo si coincidían en las fiestas?

—¿Qué ibas a preguntar?

—Nada, olvídalo, es una tontería —negué.

—Zoe —me sostuvo la barbilla con dos dedos y sentí de nuevo esa descarga recorriendo mi cuerpo—. Dilo, sea lo que sea estoy seguro de que no será una tontería.

—Por un momento pensaba si podría ser el mismo hombre, pero si las dos coincidían en las fiestas, no podría estar con ambas, ¿verdad?

—No, coincidiendo en las mismas fiestas no. Pero tal vez haya una conexión entre ellas que ahora, por lo que sea, no vemos.

—¿Crees que Alice y esa chica podrían conocerse?

—Tal vez sí, o tal vez no. Por eso quiero que nos cuentes todo lo que puedas de Alice, por si en algún momento ella y la otra chica se vieron. Zoe, estoy aquí para ayudarte, pequeña —me acarició la mejilla y me quedé mirando sus ojos azules.

En ese momento eran como el océano en calma, de un tono oscuro, pero suave.

Sentí un nudo en la garganta y al recordar a mi amiga noté una lágrima cayendo por mi mejilla

que él se apresuró a retirar.

—No llores —susurró.

—La echo de menos, y nunca creí que hubiera podido hacer aquello. Ella no lo haría. Tenía una vida por delante, quería casarse, formar una familia. Si hubiera estado tan mal como para llegar a ese punto de no retorno, habría hablado conmigo, lo sé.

Estaba llorando tanto como el día que encontré a mi mejor amiga sin vida en su cama, y los siguientes, desconsolada. Xander me abrazó mientras yo no dejaba de repetir que, si hubiera notado algo en Alice, habría sido la primera en dar la voz de alarma a mi familia, habría intentado ayudarla por todos los medios y ahora estaría viva.

—Nadie la conocía mejor que tú, Zoe, de eso estoy seguro, por eso quiero que hables con Brenda, o que redactes una lista de lugares que solía frecuentar para que podamos cotejarlos con los lugares a los que iba la otra chica. Todo cuanto puedas decirnos, ayudará a la investigación de ambos casos. Tal vez a nadie le importen dos mujeres muertas más en la ciudad, pero a ti y a la compañera de trabajo de aquella chica, sí os importan.

—No es justo —sollocé mientras él seguía manteniéndome entre sus brazos, frotándome la espalda—. Era la persona más altruista que conocía, siempre estaba sonriendo, siempre tenía una palabra de ánimo para quien la necesitara.

—La muerte no es justa para nadie, pequeña —sentí sus labios en la frente, suaves y cálidos, y me aferré aún con más fuerza a su cuerpo.

En momentos como ese extrañaba a mi padre, estaba convencida de que, al igual que mi tío Lewis, él sabría qué hacer y decir, cómo consolarme.

Cuando conseguí calmarme un poco Xander me ayudó a levantarme, y tras rodearme por la cintura con el brazo, me llevó hasta el coche donde Kevin esperaba sentado.

Me acomodó en el asiento, me puso el cinturón de seguridad y cerró la puerta para ir a sentarse en el extremo opuesto al mío.

Me abracé a mí misma al notar la ausencia de su cuerpo cálido y pasé el resto del camino mirando por la ventana mientras lloraba en silencio.

Porque no podía dejar de llorar la muerte de mi mejor amiga, y sabía que hasta mi último aliento iba a recordar el día que la encontré, iba a lamentar su pérdida y me acordaría de ella en esos momentos especiales, en esos días importantes para mí en los que no estaría a mi lado.

Cogí aire tratando de calmarme y lo conseguí poco antes de llegar a mi calle. Kevin paró el coche y fue Xander quien bajó y me abrió la puerta.

—Buenas noches, Kevin —me despedí de él al salir.

—Buenas noches —sonrió.

Xander cerró y me acompañó hasta la puerta de mi edificio.

—Zoe, si necesitas hablar, puedes llamarme a cualquier hora.

—¿Incluso a las tres de la mañana? —Arqueeé la ceja.

—Incluso a esa hora. Soy de dormir poco —sonrió.

—Pues deberías dormir más, el cuerpo necesita descanso y un sueño reparador.

—Sabias palabras que siempre nos decía tu padre.

—Me alegra saber que no era la única que las escuchaba. Gracias, Xander —me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla—. Sé que aún no he llorado todo lo que tenía que llorar por Alice, pero necesitaba hacerlo y, sobre todo, necesitaba ese abrazo.

—Tengo más, solo tienes que pedirlos. No te los voy a cobrar —hizo un guiño y sonreí.

—Buenas noches, Xander.

—Buenas noches, pequeña. Descansa.

—Y tú.

Abrí la puerta y cuando entré, él se fue hacia el coche, que no se marchó hasta que no subí al ascensor.

Cuando crucé la puerta de casa fui directamente a la habitación, me quité la ropa y me di una ducha rápida, a pesar de que eran casi las dos de la madrugada.

Cogí una de las camisetas de mi padre, me metí en la cama y esperé a que el sueño me venciera, aunque no dejaba de pensar en las miles de posibilidades que podrían haber ocurrido para que Alice acabara como lo hizo.

¿Y si a su amante se le fue la mano esa noche durante el sexo? ¿Y si las marcas del cuello fueron el resultado de que la estranguló, ya fuera queriendo o por error?

Suspiré y me di la vuelta, cerrando los ojos para tratar de dejar la mente en blanco.

Era una tortura, de verdad que sí, el no saber qué había pasado era una absoluta tortura.

Capítulo 18



Después de pasarme el fin de semana repasando la vida de mi mejor amiga en estos dos últimos años, y también los dos anteriores por si lo necesitaban, anotarlos en una libreta y marcar aquellos lugares que solía frecuentar más a menudo, sentía a Alice un poquito más cerca.

Había reído y llorado a partes iguales mientras recordaba algunos de los momentos que compartí con ella en ese tiempo, como el día que acabamos en urgencias porque pensaba que tenía apendicitis y resultó ser solo una leve indigestión. Pero claro, ¿a quién, sino a ella, se le ocurriría darse un atracón con los restos de comida mexicana a las dos de la madrugada?

La echaba de menos, y lo seguiría haciendo siempre porque ella, había sido esa parte importante e imprescindible de mi vida.

Durante toda la mañana en el trabajo había estado organizando la agenda de Gina para el día siguiente, había repasado el contrato de venta de una de las propiedades que tenía en Manhattan y se lo entregué antes de irme, pues esa tarde había quedado con los nuevos propietarios en la notaría para llevar a cabo la venta.

Y después de comer, tomar un leve, pero necesario y reparador descanso, me puse ropa cómoda y fui a comisaría, donde estaba entrando en ese preciso momento, para ver a mi prima Clare.

—Buenas tardes, Dean —saludé al agente de recepción, que hoy estaba más tranquilo y sin gente.

—Buenas tardes, Zoe. ¿Cita con el padre o con la hija?

—Con la hija —reí.

—Está en el archivo, ve yendo a la sala que ahora la aviso.

—Gracias —me puse de puntillas apoyada en el mostrador y le di un beso en la mejilla.

Dean era un hombre de unos cincuenta años al que conocía de siempre. Cuando mi padre vivía, fueron muchas las veces que mi madre y yo vinimos a buscarlo para ir a comer con él en verano,

y el agente Dean Jacobs, siempre me ofrecía uno de sus caramelos.

Caminé hacia la sala donde esperaba a mi prima, y me distraje con el móvil leyendo algunas noticias del mundo de la prensa rosa que me iban saltando en el buscador.

Actrices, cantantes, actores, modelos... Casi todos tenían un buen cotilleo que hacía las delicias de la prensa y de quienes leían ese tipo de artículos.

Yo apenas veía esas cosas, pero si conocía al principal protagonista de la historia, me detenía a ver qué contaban sobre su vida.

—Zoe —miré hacia la puerta y vi a Clare sonriendo.

No llevaba el uniforme, y es que desde que su padre la había puesto en el caso de Alice para ayudar al FBI, iba a comisaría en vaqueros, camisa y tacones.

Me levanté y cuando me uní a ella, nos saludamos con un abrazo antes de ir hacia un despacho amplio, con cuatro mesas llenas de carpetas y una pizarra que ocupaba una de las paredes llena de fotos y anotaciones.

—Menudo galimatías tenéis aquí —dije al ver aquello.

—Un callejón sin salida, eso tenemos —suspiró—. Te he pedido que vinieras para hablar de los hombres de la lista que nos dios Gina.

—¿Has averiguado algo? —me giré para mirarla, y negó.

—Nada, no hay nada que los conecte con Alice. Un par de ellos están divorciados, y son padres ejemplares.

—O sea, que estamos como al principio —suspiré—. Yo he anotado todo lo que he podido recordar de los lugares donde iba Alice, me lo pidió Xander.

—Algo me ha comentado esta mañana. ¿De verdad mi padre, lo mandó con Kevin el viernes para ser tu escolta?

—Según él, vino porque es un superior al mando y quería mantenerme vigilada —volteé los ojos.

—¿Sabes que Ethan y él fueron agentes en esta comisaría?

—Me lo dijo, estuvo a las órdenes de mi padre.

—Desde luego, qué pequeño puede llegar a ser el mundo.

—Y que lo digas.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo fue el viernes con el banquero?

—La dirección que me dio era de un local de sexo, algo que yo no sabía, pero Xander sí.

—¿No se suponía que ibais a una de esas fiestas en una casa? —Frunció el ceño.

—Eso pensaba yo, pero resultó que no. Zack quería llevarme a un lugar donde le gusta ir cuando no hay fiestas programadas.

—¿Y qué pasó?

—¿En serio quieres detalles? —reí.

—Mujer, no me voy a excitar. Tú eres mi prima y él es un hombre. Si me dijeras que te lo montaste con una diosa de cabello negro y ojos azules, pues igual sí.

—¿Acabas de describir a la agente Brenda Smith? —Arquee la ceja.

—¿Eh? —Me miró con esos ojitos que había visto alguna vez, cuando sentía un genuino interés por una mujer— No, no —resopló—. Ha sido así una descripción rápida.

—Clare, que nos conocemos. A ti te gusta la agente del FBI —sonreí.

—A ver, es atractiva, sí, pero eso es todo, no hay más, prima.

—Ya.

—Estábamos hablando de ti, así que, habla.

Y hablé, le conté sin muchos detalles lo que pasó entre Zack y yo en aquella habitación donde el deseo nos llevaba a la lujuria y al placer, y le acabé diciendo que había aceptado cenar con él una de esas noches.

—Solo estoy esperando que me confirme cuándo y dónde nos veremos —dije.

—Espera —levantó ambas manos y mientras la puerta del despacho se abría, hizo las preguntas —, ¿una cena a cara descubierta? ¿Sin antifaces y en un lugar público?

Miramos hacia la puerta y vimos entrar a Xander con una carpeta en la mano.

—Sí, Clare, justo así —respondí volviendo a mirarla, y ambas sabíamos que él había escuchado a mi prima.

—Zoe, ¿te has planteado que él pueda ser...?

—Sí —la corté, pues sabía lo que iba a decir a continuación y no quería que Xander lo escuchara —. Me lo he planteado, pero no podemos estar seguras, y si salgo con él, puede que lo averigüemos.

—Sabes que llevarás vigilancia esa noche, ¿verdad?

—Contaba con ello, Kevin la niñera me llevará hasta allí y después de vuelta a casa —suspiré.

El móvil de mi prima empezó a sonar, lo cogió y al ver el nombre de quien fuera en la pantalla, se puso de pie mientras se disculpaba diciendo que era una llamada importante, y salió del despacho dejándome allí con Xander.

Él estaba de pie junto a la que imaginé era su mesa de trabajo, revisando algo en la carpeta que tenía en la mano, y en el momento en el que mi prima salió cerrando la puerta, dejó la carpeta y vino hacia mí.

—¿Vas a cenar con ese hombre? —preguntó, y cuando lo miré vi que tenía el ceño fruncido.

—Sí, me lo pidió el viernes y acepté.

—¿El viernes? ¿Y no me lo dijiste?

—No lo vi algo de vital importancia, vamos —volteé los ojos.

—Todo, Zoe —dijo sosteniendo mi barbilla para que lo mirara a los ojos—. Todo lo que tenga que ver contigo, esas fiestas, la muerte de tu amiga y quien sea que pueda estar involucrado, es de vital importancia.

—Bueno, pues ya sabes que voy a ir a cenar con él, y que llevaré a Kevin como mi niñera esa noche.

—¿Cuándo?

—Cuándo, ¿qué?

—Cuándo vas a cenar con él.

—No lo sé, quedó en enviarme un mensaje.

—No me parece buena idea.

—Pues qué lástima que no me importe.

—No sabes nada de ese hombre, puede ser peligroso.

—Te recuerdo que sé cuidarme sola.

—Sabes que voy a estar en ese coche esperando, ¿verdad?

—¿Qué? No, de ninguna manera.

—Oh, sí. Te recuerdo que soy un superior al mando.

Fui a contestarle, protestar por sus modos y el tono, pero la puerta se abrió y mi prima entró de

nuevo.

Xander regresó a su mesa, cogió la carpeta y se fue ante la mirada confusa de mi prima.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Nada, que nos ha escuchado hablar de Zack, y dice que irá como vigilante también esa noche.

—Bueno, si resulta que el banquero es un tipo peligroso, es mejor que tengas cerca, a dos agentes experimentados.

—¿Eres tú la que habla, o tu padre? Qué gran comisaria tendrá este lugar algún día —volteé los ojos.

—Anda, vamos, que te invito a cenar.

—Me vas a invitar, ¿tú, a mí? Qué emoción, no tengo palabras —fingí llorar y me pasé el dedo por debajo de los ojos, como si secara esas lágrimas.

—Madre mía, no eres más tonta... —rió, y yo con ella.

Salimos del despacho y vimos a Xander en el pasillo hablando por teléfono, pero no presté atención a lo que pudiera estar diciendo.

Entendía a mi prima y a mi tío, que se preocuparan por mí y lo que pudiera pasarme, pero debía admitir una cosa, y era que Zack no me parecía un tipo peligroso. Aunque, quién sabe si estaba equivocándome y era el hombre con el que salía Alice, y ahora solo buscaba una nueva tonta que embaucar.

Capítulo 19



Terminé el trabajo, recogí mis cosas y salí del despacho para ir a comer.

—Hasta mañana, chicos —dije despidiéndome de Mike y Sofía.

—Hasta mañana. Que vaya bien la tarde —contestó ella.

—Lo mismo para vosotros, parejita —sonreí haciéndoles un guiño.

Sofía se sonrojó y Mike, sonrió al tiempo que negaba.

Ya no podían esconderlo más, eran pareja desde hacía poco, pero a los dos se les veía bien.

Y no lo sabía porque alguno de ellos me lo dijera, sino porque una mañana los pillé en la sala donde nos preparábamos el café, muy juntitos, y resultó que Mike la estaba besando.

Al día siguiente, ella me confirmó que él quería que se vieran y lo intentaran, y ahí estaban los dos, yendo por el sendero de la vida amorosa juntos y cogidos de la mano.

Cogí el coche para ir hasta casa de mi madre, me esperaba para comer y sabía que lo hacía para no dejarme sola, demasiado tiempo. Ella, al igual que el resto de nuestra pequeña familia, se preocupaba por mí, y sabía que no tener a Alice era un trago amargo en mi vida.

Cada vez que me sonaba el móvil con un mensaje nuevo, me daba un vuelco el corazón, simplemente porque sabía que ya nunca recibiría los mensajes de mi mejor amiga.

Y en ese momento, tras aparcar frente a la casa de mi madre, sonó un mensaje nuevo para mí.

Saqué el móvil del bolso cuando paré el coche, y vi que era Zack quien me había escrito.

Zack: Buenas tardes, Zoe. Si te viene bien, reservo mesa para nuestra cita el sábado, a las ocho y media.

Zoe: Buenas tardes, Zack. Me va genial, no tenía planes para el sábado aún. Solo dime la

dirección, y allí estaré.

Zack: *Perfecto, cuando haga la reserva esta tarde, te envío la dirección. Estoy deseando verte.*

Sonreí al leer aquello, y sí, yo también tenía ganas de verlo, pero no respondí para decírselo porque no quería que pensara algo que no era.

Me gustaba Zack, me atraía, sentía que había química entre nosotros y sí, en el sexo nos entendíamos, pero hasta ahí.

Zack no era el hombre de mis sueños ni con el que me veía en unos años.

Ese aún no había llegado, aunque como diría mi madre: tal vez sí era él y todavía no me había dado cuenta.

Bajé del coche, caminé hasta la puerta y llamé esperando que me abriera.

—Hola, mamá —sonreí cuando la vi.

—Mi niña, pero qué guapa estás —dijo dándome un abrazo.

—Pues como siempre, con la ropa del trabajo.

—Guapísima, elegante y con un estilazo que ya quisieran muchas.

—Mamá, eres una experta en subir el ánimo, ¿eh? —reí— ¿Es lasaña eso que huelo?

—Ajá.

—Me muero de hambre —dije mientras dejaba el bolso en una de las sillas del salón, donde ya estaba puesta la mesa y esperando la lasaña en el centro.

—Pues venga, siéntate y a comer, antes de que se enfríe.

Como siempre, mi madre me sirvió un plato lleno de lasaña. Ella era así, siempre diciéndome que no comía lo suficiente.

Pero su lasaña era mi plato favorito, así que no discutía y mucho menos cuando ni siquiera había desayunado, ni tomado más que un par de cafés precisamente para eso, para comer en su casa sin llenarme.

Hablamos sobre sus vacaciones, al ser maestra en la escuela tenía todo el verano libre, y ese año había decidido hacer un viaje a Italia, un lugar que siempre le había gustado.

—Le echado el ojo a La Toscana —dijo mientras recogíamos—. Hay un hotelito en unos viñedos, precioso.

—Pues no esperes más y reserva, antes de que te quedes con las ganas.

—Cariño, es que irme ahora, contigo así...

—Así, ¿cómo? —pregunté, y ella suspiró.

—Así, mi niña, tristona por lo de Alice.

—Mamá —dije mientras le cogía las manos cuando dejamos los platos en la encimera de la cocina—. Estoy bien —sonreí—. Y no me quedo sola, a ver si te crees que la prima Clare no se ha vuelto mi sombra. Por no hablar del tío Lewis. Están muy metidos en el caso, colaboran con el FBI y quieren resolverlo pronto. Hay muchos hilos de los que tirar, ya sabes cómo son estas cosas —le acaricié el brazo y ella asintió.

—Lo sé, si tu padre viviera, sería el primero en estar en el meollo del caso. ¿De verdad que vas a estar bien si me voy?

—Sí —sonreí—. Ahora mientras nos tomamos el café y el bizcocho de limón que tienes ahí, miramos vuelos y haces las reservas —le di un beso en la mejilla y ella me abrazó.

—¿Y si le pides a tu jefa ya las vacaciones y nos vamos juntas?

—Eso estaría bien, pero si te soy sincera, no quiero desvincularme del caso de Alice.

—Cariño, no eres policía.

—Lo sé, pero el FBI me ha pedido ayuda. Tengo que ver a una de las agentes encargada del caso para hablar de Alice, de los lugares que frecuentaba. Ya sabes qué mejor que yo, no la conocía nadie.

—Eso es verdad, erais inseparables —sonrió—. Parecíais mellizas, siempre juntas, siempre haciendo alguna locura. Yo también la echo de menos —me abrazó—, era una más de la familia.

Preparamos el café, servimos el bizcocho y regresamos al salón a tomarlo mientras me enseñaba el hotel de los viñedos en La Toscana y buscábamos vuelos.

Al principio le costó decidirse, no quería dejarme sola, pero le insistí en que estaría bien, y finalmente reservó para finales de la semana siguiente.

Me despedí de mi madre, tras pasar unas horas juntas que a las dos nos vinieron de maravilla, y me marché a casa para revisar unos contratos y descansar.

Cuando llegué a mi calle me pareció ver a Xander, pero seguro que no había sido más que una especie de ilusión óptica, o que ya tenía al agente del FBI hasta en la sopa esos días y lo iba a empezar a ver por todas partes.

Solo al llegar a mi puerta después de aparcar, comprobé que no eran imaginaciones mías, y que Xander sí que estaba allí.

Lo vi apoyado en un coche negro, llevaba traje y tenía las manos en los bolsillos del pantalón. Llevaba gafas de sol y eso le daba un aire interesante.

—Zoe —dijo cuando me acerqué a él.

—¿Qué haces aquí? No necesito una niñera cuando no salgo con cierto hombre.

—Venía a invitarte a un café.

—Tengo trabajo que hacer aún.

—Vamos, es solo un café, pequeña —sonrió mientras me acariciaba la mejilla.

—No sé por qué tengo la sensación de que el café viene con algo detrás —suspiré—. Vamos, hay una cafetería a la vuelta de la esquina.

—Lo sé, la vi al llegar.

Comenzamos a caminar hacia la cafetería y encontramos una mesa libre en la terraza, nos sentamos allí y pedimos un par de cafés cuando se acercó la camarera.

—Brenda está esperando que le digas cuándo podéis veros para hablar de Alice, y lo que te pedí de ella —dijo cuando nos dejaron los cafés.

—Iré mañana a ver a Clare por la tarde, le daré a Brenda lo que tengo. Apunté varias cosas en una libreta, parece un diario.

—Le diré que lo estudie bien.

—Clare, me dijo ayer que no había nada que relacionara a los hombres de la lista que nos dio mi jefa, con Alice.

—No, pero tal vez con lo que has apuntado, encontremos algo.

—¿De verdad piensas que el caso de Alice, puede estar relacionado con el de esa chica que me dijiste?

—Todo apunta a que sí, pero hasta que no vea una conexión real, no podemos estar seguros —dio un sorbo a su café, y entonces cambió el rumbo de la conversación—. ¿Sabes ya cuándo cenarás con ese hombre?

—Ese hombre tiene un nombre. Se llama Zack. Y sí, me ha dicho que me enviará la dirección para vernos el sábado a las ocho y media.

—Perfecto.

—Tú, no deberías ir —le señalé—. Kevin es el agente asignado como mi guardaespaldas.

—Todo agente debe tener un compañero que le cubra en caso de necesidad.

—¿Y por qué no hacéis como en las películas o en las series? Cogéis una furgoneta con el nombre de alguna empresa de fumigación de plagas, la llenáis de pantallas de televisión y os quedáis allí vigilando.

—Porque para hacer eso tú, deberías llevar al menos una cámara.

—Ni hablar.

—Estoy de acuerdo, no quiero ver cómo... —Se quedó callado, dio un sorbo a su café y dejó la taza de nuevo en la mesa.

No insistí, porque en el fondo sabía qué era lo que él no quería ver, y estaba claro que, si hubiera imágenes de eso, a mi tío tampoco le haría especial ilusión verlas, la verdad.

Pagó los cafés y se levantó para irse, así que hice lo mismo.

Me acompañó a mi edificio y antes de que entrara, noté su mano alrededor de la muñeca.

Miré hacia ella y después a él, esperando que dijera algo.

—Sé que tu padre no querría esto, Zoe. Por eso me preocupo por ti y quiero garantizarle a tu tío tu seguridad.

—Y te lo agradezco, de verdad que sí, pero, en serio, no miento cuando te digo que puedo cuidarme sola —me puse de puntillas, él abrió mucho los ojos y noté que se ponía un poco rígido mientras me acercaba, hasta que susurré en su oído—. Siempre llevo un pequeño bote de spray de pimienta en el bolso.

Xander soltó una carcajada y yo sonreí al volver a mirarlo.

—Adiós, agente Wells —le di un golpecito en el pecho y ese simple gesto, hizo que notara de nuevo una corriente recorriendo mi cuerpo.

Entré en el edificio y fui hacia el ascensor. Antes de que se cerraran las puertas me despedí de Xander, con un gesto rápido con la mano. Él seguía allí parado, con las manos en los bolsillos y mientras las puertas se cerraban, nuestros ojos parecían haberse quedado enganchados.

Ese hombre me sacaba de mis casillas, pero tenía algo que me hacía ver a mi padre en él, en su modo de preocuparse por mí.

Entré en casa, me quité la ropa y me di una ducha para ponerme cómoda y acabar el trabajo que tenía pendiente antes de la cena.

Recibí un mensaje de Zack con la dirección del restaurante donde me esperaría el sábado a las ocho y media y se la mandé a mi tío para que se lo comunicara a Kevin.

Que unos minutos después me llegara un mensaje de Xander, me pilló por sorpresa.

Xander: *Tu tío me ha dado la dirección. ¿De verdad quieres seguir con esto?*

Zoe: *Sí, sé que es la única forma de ayudar y saber qué le pasó a Alice.*

Xander: *Bien, solo espero que no salgas dañada de todo este asunto. Descansa, pequeña.*

Que me llamara de ese modo me sacaba una sonrisa de lo más tonta, y por mucho que me sacara de quicio, debía admitir que me gustaba cuando me llamaba, “pequeña”.

Capítulo 20



Estaba cogiendo el bolso para salir de casa e ir a comisaría, cuando empezó a sonar mi móvil.

—Hola, Gina —saludé a mi jefa.

—Hola, cielo. A ver, dos cositas. La primera, salgo ahora mismo de viaje para Seattle, hay una propiedad que puedo comprar allí, un edificio perfecto para oficinas, y voy a echarle un ojo. Me quedará el resto de la semana, así que tienes estos dos días que quedan libres.

—Vaya, pues gracias —sonreí.

—Un placer. Y una buena noticia. El apartamento de Alice, lo tengo prácticamente vendido. Es cuestión de unos días más.

—Genial —dije con un poco de tristeza.

—Bueno, te dejo que estoy llegando al aeropuerto. Nos vemos el lunes.

—Adiós, y que vaya bien.

—Ese edificio es mío, te lo aseguro —rio.

Me quedé sonriendo mientras guardaba el móvil, porque conociendo a mi jefa, desde luego que ese edificio sería para ella.

Tal como le dije a Xander el día anterior, iba a ir a llevarle a Brenda todo lo que tenía anotado de Alice, y después había quedado para ir a cenar.

Cuando llegué a comisaría, Dean me entregó la identificación de visitante y fui al despacho de mi tío para saludarlo.

—Adelante —dijo cuando di dos golpecitos en la puerta.

—Hola, tío.

—Zoe, cariño —sonrió poniéndose en pie y me recibió con un abrazo—. ¿Qué haces aquí?

—Traigo esto para la agente Smith —le enseñé la libreta—. Y después me voy a tomar una copa con Clare.

—¿Qué es? —curioseó, y le conté lo que me había pedido Xander sobre Alice.

Acabamos hablando de mi salida del sábado y me pidió que tuviera mucho cuidado.

—Tranquilo, no creo que ese hombre sea un psicópata —sonreí.

—Ya sabes que incluso los lobos a veces se visten con piel de cordero, hija.

—Lo sé —lo abracé antes de salir—. Voy a buscar a Clare.

—Está con el FBI en el despacho que les asigné.

—Genial, pues así hago un dos por uno —le hice un guiño y salí del despacho tras darle un beso.

Caminé por el pasillo hacia el despacho al que me había llevado Clare dos días atrás, llamé a la puerta y me asomé sonriendo sin esperar que me dieran paso.

—Hola —saludé.

—¿Ya es la hora? —preguntó mi prima mirando el reloj con el ceño fruncido.

—No, aún faltan unos minutos. Pero le traigo esto a Brenda —le mostré la libreta.

—¿Es lo que has apuntado sobre Alice? —me preguntó la agente Brenda Smith.

—Sí, de los dos últimos años, y de los dos anteriores, por si os servía. Es lo que he podido recordar, espero que os sea de utilidad.

—Seguro que sí, cielo —sonrió dándome un leve apretón en el hombro.

Se sentó en su escritorio y me pidió que me uniera a ella, los siguientes minutos le conté un poco sobre lo que había en la libreta mientras ella le echaba un vistazo.

Cuando acabé me dijo que estaba todo muy bien detallado y que se pondría a trabajar en ello al día siguiente.

—Yo, ya he terminado —dijo Clare—. Cuando quieras nos vamos —me sonrió.

—¿A dónde vais? —curioseó Brenda— Por si puedo unirme a vosotras —sonrió.

—Ah, claro, sin problema. Vamos a cenar la mejor ración de pollo frito de la ciudad, y unas alitas en salsa barbacoa que están buenísimas. Todo ello acompañado de unas cervezas —sonrió Clare.

—Eso es como música para mis oídos ahora mismo. Hoy no he comido, y las alitas me acaban de hacer la boca agua.

—Vamos, entonces —dije sonriendo igual que mi prima.

—¿Hay sitio en ese plan para nosotros? —preguntó el agente Ethan O'Brian.

Mi prima me miró, a sabiendas de que, para mí, ya era bastante tortura el tener que llevar a Xander como escolta cuando salía con Zack, pero me encogí de hombros a modo de que no me importaba que se unieran a nosotras esa tarde.

—Sí, hay sitio —respondió Clare.

—Genial, porque yo también me muero de hambre —contestó Ethan.

Salimos los cinco del despacho y una vez en la calle, mi prima fue a su coche y yo al mío, mientras que los tres agentes del FBI subían al que compartían.

Nos siguieron hasta la zona en la que vivía mi prima, aparcamos y entramos en *David's Bar*, nuestro lugar favorito desde que Clare se mudó a vivir sola.

Nos sentamos en una de las mesas al fondo del salón y fue Lena, la camarera que siempre nos atendía, quien vino a tomarnos nota.

Dos raciones de pollo frito, dos de alitas barbacoa y dos de patatas fritas, junto con cinco cervezas para empezar la noche. Después ya veríamos cómo se iba dando.

Aprovechamos para saber más cosas sobre ellos. Ethan estaba divorciado y tenía un hijo de cinco años con el que pasaba dos fines de semana alternos al mes, así como un mes completo en verano, algunos días en Navidad, y las tardes de entresemana que la madre de su hijo, tenía trabajo en la clínica en la que trabajaba como pediatra.

—Al principio nos costó, pero ahora compaginamos bien nuestros turnos —dijo antes de dar un sorbo a su cerveza—. Tengo un par de fotos, ¿queréis verlo? —sonrió, y se veía que estaba orgulloso de su pequeño.

Nos enseñó las fotos y vimos una adorable versión en miniatura del agente O'Brian, era igualito a él.

—¿Qué hay de ti? —le preguntó Clare, a Xander— ¿Hay alguna ex señora Wells?

—No estoy divorciado, tampoco casado, ni prometido, ni siquiera tengo pareja —respondió.

—Lleva una vida de lo más monacal —dijo Brenda, con una leve sonrisa.

—Smith —le advirtió Xander.

—Vamos jefe, sabes que es cierto —añadió Ethan—. ¿Cuánto hace que no echas un polvo?

—No llevo la cuenta.

—Y si la llevaras, seguro que nos quedaríamos con la boca abierta. Porque yo la última chica que recuerdo, fue Candy —comentó Brenda.

—No jodas, Smith. Esa chica fue hace como, cuánto, ¿dos años? —preguntó Ethan, con el ceño fruncido.

—Hubo otras después y, en serio, Smith, deja ese tema.

—A ver, que estamos con gente de confianza, jefe. No se van a asustar porque sepan el motivo de tu celibato.

—Smith, hablo muy en serio.

—Ah, no, ahora no nos puede dejar con la curiosidad —dijo mi prima—. ¿Qué pasó?

—Le hirieron, en el muslo, cerca de... ya sabes —contestó Brenda, mientras dirigía una miradita rápida a la entrepierna de Xander.

—Smith, basta.

—¿Te dispararon en la entrepierna? —preguntó Clare.

—No me dieron ahí.

—No, pero por muy poco. Milímetros, dijeron los médicos —contestó Ethan.

—El caso es que, entre la convalecencia, la medicación, la rehabilitación, y que le quedó una buena cicatriz, pues el jefe no ha estado con una mujer en varios meses.

—Debiste pasarlo mal —dije, me miró con el ceño fruncido, y me apresuré a aclarar que no me refería al tema sexo—. Lo digo porque si tocó músculo...

—Me costó volver a caminar sin ayuda de la muleta.

—Y ahora ha vuelto a ser el mismo de antes, corre detrás de los malos que no hay quien lo pare —rio Ethan.

—Horas y horas se ha pasado en el gimnasio hasta recuperarse —sonrió Brenda—. Yo lo admiro, en serio.

—Claro, y por eso aireas mis intimidades, Smith.

—Ellas no van a decir nada, mira, ni se ríen.

—A mí me dispararon en el hombro, no fue grave, pero después de unas semanas con el brazo escayolado, me costó volver a moverlo con normalidad —dijo Clare.

—El que más o el que menos, tiene alguna herida de bala —contestó Ethan.

—Yo no —reí.

—Corrijo. Muchos policías tienen alguna herida de bala —rio.

—Ahora sí.

Seguimos allí charlando y Brenda nos confesó que le gustaban las mujeres. Ella tenía treinta y seis años y al igual que mi prima, lo supo cuando era una adolescente. Pero, a diferencia de mis tíos, sus padres no se lo tomaron demasiado bien.

—Soy de una familia de lo más conservadora, para ellos, que no me vaya a casar con un hombre ni a tener hijos, es poco más que un sacrilegio.

—Pero puedes hacer ambas cosas, o sea, encontrar a la mujer de tu vida y formar una familia.

—Exacto, eso les dije miles de veces, pero ni caso. Dejé de insistir, y con el tiempo incluso dejé de verlos o llamarles por teléfono. Hace unos cinco años que no sé nada de ellos. Tampoco hicieron por querer retomar la relación, la verdad.

—Pues yo quiero ser madre —dijo Clare—, y a ser posible en un par de años. Iré a una clínica para someterme a un tratamiento de fertilidad, y tendré a mi precioso bebé.

—¿Madre soltera? —preguntó Brenda.

—Pues sí, estoy desencantada ya con las mujeres.

—Espera, ¿tú...? —Brenda, frunció el ceño.

—No soy hetero —sonrió.

Y desde ese momento, la agente Smith, a mi parecer, se permitió mirar a mi prima con otros ojos, tal como mi prima lo hacía con su mejor amiga, antes de confesarme que le gustaban las chicas.

Tomamos un par de cervezas más y Ethan dijo que se iba a casa, quería adelantar algo de trabajo, ya que ese fin de semana le tocaba quedarse con el niño.

Xander le dio las llaves del coche, pero las rechazó, diciendo que cogería un taxi.

—Os veo mañana, chicos —se despidió con un par de golpecitos en la mesa y se fue.

—Yo también debería irme —dije—. Ha sido un día largo.

—Pues yo me quedo, que me apetece otra cerveza —contestó mi prima.

—Claro, como tú estás cerca de casa... —Volteé los ojos.

—Yo te hago compañía, Clare, no te preocupes —se ofreció Brenda.

—Y tú, ¿qué, agente Wells? ¿otra cerveza?

—No, yo, me retiro ya —sonrió—. ¿Quieres el coche, Brenda? Me iré en taxi.

—Y aquí está el modo “papá”, de decirme que no beba demasiado. Me da las llaves del coche y me obliga a ir mañana a recogerlo a él y a Ethan —suspiró—. Que descanses, jefe.

—Nos vemos mañana.

Me despedí de mi prima y de Brenda, Xander me acompañó hasta el coche y cuando fui a abrir me quitó las llaves.

—Yo conduzco.

—Oye, que estoy perfectamente bien para llevar el coche hasta mi casa.

—No lo dudo, pero prefiero llevarte yo.

—Así que lo de irte y dejarle el coche a Brenda, no era más que una excusa. No necesito una niñera, Xander —volteé los ojos mientras iba, obligada, a la puerta del copiloto de mi coche para subirme.

—No soy tu niñera, pequeña —dijo cuando puso el coche en marcha, y comenzó a conducir.

Lo hizo en silencio, callejeando por la ciudad mientras yo miraba por la ventana, hasta que vi que se pasaba la entrada a mi zona residencial.

—¿Dónde vamos?

—A comer la mejor hamburguesa de la ciudad —respondió, y fruncí el ceño, pues eso quería decir que me había escuchado cuando le dije a mi prima que me apetecía comerme una buena hamburguesa.

Capítulo 21



Paramos en un aparcamiento al aire libre donde había cuatro *food trucks* de comida rápida y varias mesas en el centro.

Encontramos una mesa libre y fui a sentarme mientras Xander iba a pedir, a pesar de que le había dicho que no debería comer nada más.

Me quedé allí esperando y vi que el ambiente era muy agradable, incluso sonaba música que venía de alguno de esos puestos. La gente comía, reía y hablaba, y sin duda estaban disfrutando de cada bocado.

—Aquí tiene, señorita —dijo Xander, dejando un plato con una hamburguesa con patatas en la mesa—. La mejor hamburguesa de la ciudad.

—Y grande, madre mía —reí—. ¿Tú conoces a mi madre? Porque me da que quieres cebarme igual que ella.

—La conocí, sí. La vi alguna vez en la comisaría antes del funeral de tu padre. Y, por cierto, que también vi por allí a una chiquilla en vaqueros y de sonrisa preciosa que la acompañaba.

—Ay, Dios mío, ¿me viste en comisaría cuando era pequeña?

—Ajá. Tendrías, unos diez, tal vez once años. Y tu padre, te miraba con un amor infinito.

—Siempre dijo que era lo mejor que había hecho en su vida —sonreí.

—Vamos, dale un bocado —señaló la hamburguesa, y cogió la suya.

Lo vi dar el primer bocado y, claro, para él fue algo fácil porque sus manos eran grandes y podía coger la hamburguesa sin problema, pero las mías eran bastante más pequeñas.

—No me va a caber en la boca, en serio —dije, y lo escuché toser mientras tenía todavía la hamburguesa en la boca, creí que se ahogaba—. Ay, ay, Xander, no te me mueras que no puedo contigo —le pedí mientras le daba unos golpecitos en la espalda.

—Pequeña, controla lo que dices que puede llevar doble sentido.

—¿Y qué he dicho? —Fruncí el ceño.

—Que no te va a caber en la boca —sonrió de medio lado.

—¡Ay, por favor! Me refería a la hamburguesa. ¿Cómo puedes ser tan mal pensado?

—Meses de celibato, ¿recuerdas?

—No será para tanto, seguro que, en los últimos meses o semanas, ha habido alguna mujer —dije mientras cogía la hamburguesa para dar el primer bocado—. Oh, señor, está buenísima.

—Te dije que te iba a gustar.

—Pero es enorme, no voy a poder con todo. Y sigo refiriéndome a la hamburguesa —reí.

—Vaya, me estaba empezando a hacer ilusiones —chascó la lengua.

—Agente Wells, no lo creía tan atrevido.

—No me conoces, pequeña —sonrió, y le dio otro bocado a la hamburguesa.

Mientras comíamos volvimos a hablar del caso de Alice. Me dijo que había vuelto a revisar el de la chica que apareció muerta en su casa meses atrás, y anotó algunas cosas que su compañera de trabajo le había dicho, por si resultaba que ocurría lo mismo con Alice.

Me preguntó si había algún caso en el bufete del que Alice pudiera haber visto u oído algo y que eso la pusiera en peligro, pero le dije que no.

—Ella solo era secretaria, ya sabes, organizaba la agenda, las reuniones, cosas así —me encogí de hombros—. No creo que tuviera información tan confidencial como para que alguien la quisiera quitar de en medio.

—Hablaré con los del bufete, por si tuvieran alguna información.

—Yo sigo pensando que el hombre con el que estaba liada es la clave —me quedé mirando el vaso de refresco que tenía en la mano—. Si estaba casado y la mujer se enteró, pudo contratar a alguien para que lo hiciera.

—Una hipótesis igual de válida que cualquiera de las que podamos tener. Pero, ¿de verdad que esto fue un crimen pasional?

—A ver, ponte en la piel de una mujer casada, digamos de unos... cuarenta años.

—Salvo por lo de ser mujer... la edad la tengo.

—Bobo —le tiré una patata y él la cogió al vuelo—. Eres mujer, estás casada, y descubres que tu

marido tiene una amante doce años más joven que tú. Sientes que se va a divorciar, que esa jovencita no es solo un capricho, que ella le da cosas que tú ya no le das...

—Y contrato a alguien para que la estrangule, y la deje en su casa habiéndole metido medio bote de pastillas a la fuerza para fingir un suicidio.

—Eso es.

—¿Sabes? Es tan descabellado, que podría ser incluso cierto.

—Tenía que haber sido policía —reí.

—Desde luego, lo habrías hecho bien. ¿Has terminado? —preguntó mirando mi plato, en el que apenas quedaban unas pocas patatas.

—Sí, ya estoy lista para irme a casa.

—No, todavía no vamos a tu casa —contestó poniéndose en pie.

—Ah, ¿no? ¿Y dónde me llevas?

—Aquí al lado, vamos —dijo mientras me cogía de la mano, y de nuevo sentí esa corriente que surgía entre nosotros.

Caminamos por el aparcamiento y salimos a una calle donde había un bar del que salía música.

Cuando entramos, fuimos recibidos por el inconfundible sonido de las canciones de salsa y bachata más famosas de todos los tiempos.

Xander me llevó hasta la barra y pidió dos mojitos.

—Esto sí que no me lo esperaba. ¿No está de servicio, agente Wells? —sonreí.

—Deja de llamarme así, pequeña, o tendrá consecuencias.

—¿Qué clase de consecuencias?

—Que te siente en mis rodillas y te dé unos azotes, por ejemplo.

—Ni que fuera una niña pequeña —volteé los ojos.

Cogimos los mojitos y dimos ese primer sorbo que me supo a pecado. Aunque el mayor pecado para la vista era él, Xander Wells.

Con el pantalón del traje, sin corbata, la camisa con algunos de los botones abiertos y las mangas arremangadas hasta los codos, no era de extrañar que muchas de las mujeres que había alrededor lo miraran.

Porque siendo sincera conmigo misma, el agente del FBI era un hombre atractivo, mucho, de hecho.

Y mientras estábamos allí, bebiendo y riendo, lo noté mucho más cercano a mí que antes. Incluso me rozaba con su mano la mía de manera sutil, como si no fuera más que un roce casual.

Hasta que lo noté tan cerca de mi espalda, bailando, rodeándome con el brazo por la cintura, que sentí de nuevo esa corriente eléctrica que podría provocar una tormenta.

Cerré los ojos cuando noté su cálido aliento en mi cuello mientras bailábamos, y los volví a abrir de nuevo cuando entrelazó nuestras manos y me hizo girar, y girar, hasta que me atrajo hacia él y choqué con su duro torso. Duro, pero caliente, pues desprendía un calor casi abrasador.

Nos miramos a los ojos durante unos segundos y fui la primera en apartar la mirada. Sus ojos azules se oscurecieron y noté mis mejillas sonrojadas.

El resto de la noche fue así, con lo que sin duda era un tonto claro por su parte mientras yo ponía distancia y subía esa barrera que no quería traspasar.

—Es tarde, ya debería irme a casa —dije, cuando vi que era algo más de medianoche.

—Vamos, te llevo.

—Puedo ir sola.

—Pero no lo voy a permitir. ¿Qué pensaría tu padre?

—Conociéndolo, algo como... Yo no te enseñé así, muchacho —dije, tratando de poner la voz grave que tendría mi padre, si estuviera vivo y Xander, se echó a reír.

—Vamos, pequeña, te llevo a casa y desde allí me voy en taxi —se inclinó y me dio un beso en la frente.

Fue tan dulce y cálido en ese momento, tan paternal que, si mi padre hubiera sido mayor de lo que era, seguro que habría podido tener un hijo como Xander.

Regresamos al coche, me abrió la puerta como todo un caballero y ocupó el asiento del conductor para llevarme a casa.

El silencio se adueñó del momento, llenando el interior de mi coche hasta que llegamos a mi calle, donde le indiqué que aparcara cuando vi un hueco libre cerca de la puerta de mi edificio.

Bajamos del coche y me acompañó hasta la puerta.

—Admito dos cosas —dije sonriendo, mientras levantaba los dedos—. Que la hamburguesa está buenísima —Xander sonrió—, y que lo he pasado muy bien contigo, agente Wells.

—¿Qué te he dicho de llamarme así? —Arqueó la ceja.

—Que me darías unos azotes —reí—. Pero eso me gustaría verlo, no conseguirías sentarme en tus rodillas, te lo aseguro.

—¿Quieres apostar, pequeña? —preguntó con la voz en un susurro ronco mientras se apoyaba con la mano en la pared, inclinándose hasta quedar a solo unos centímetros de mis labios.

—No lo conseguirías —repetí, susurrando y nerviosa por su cercanía.

—No suelo darme por vencido si quiero algo —dijo, y entonces...

Sus labios se posaron sobre los míos. Eran cálidos, suaves, incluso tan carnosos como parecían a simple vista.

Sentí la punta de su lengua deslizándose sobre mis labios hasta que le permití el acceso y fue en busca de la mía.

Noté la mano de Xander en mi nuca, enredando los dedos en mi cabello mientras me atraía hacia él, y fue en ese momento cuando lo aparté con mis manos en su pecho.

—No —dije apartando mi rostro, mirando hacia la calle—. Esto no es una buena idea.

Abrí la puerta del edificio y entré, poniendo distancia entre Xander y yo, por mi bien y mi salud mental.

Eso no debería haber pasado, no tenía que haberme besado, pero había estado todo el tiempo tonteando conmigo.

Pero lo más importante, yo no podía distraerme de lo que tenía que hacer, y eso era seguir viendo a Zack con el fin de averiguar cualquier cosa, lo que fuera, que arrojara luz a la muerte de mi mejor amiga Alice.

Capítulo 22



Jueves, y sin tener que ir a trabajar a la oficina, había aprovechado la mañana para limpiar el apartamento y hacer la compra.

Clare me envió un mensaje diciéndome que me esperaba en la cafetería de la comisaría para tomar un café después de comer, y tras darme una ducha y ponerme ropa cómoda, salí de casa para encontrarme con mi prima.

Mentiría si dijera que en todo el día no había pensado en Xander y ese beso que nos dimos, o bueno, que me dio sin que lo esperara, pero debía reconocer que me había gustado.

Y es que ese hombre me gustaba, por mucho que me sacara de quicio a pesar de que solo hacía su trabajo y quería cuidar de una civil como yo, en medio de una investigación en lo que a todas luces era un asesinato.

Ese beso me había dejado tocada, esa era la verdad.

Aparqué cerca de la cafetería, bajé del coche y escuché que me llegaba un mensaje. Era Clare diciéndome que iba a retrasarse cinco minutos, pero que no me dejaba colgada.

Tomé asiento en una de las mesas libres de la terraza, disfrutando del buen tiempo de esa tarde de verano, y me pedí un café. Eché un vistazo a las noticias y vi que había una en la que hablaban del futuro enlace matrimonial entre uno de los congresistas más jóvenes de la ciudad con la hija de un importante juez.

Por las fotos sin duda se veían que eran una pareja de lo más feliz y enamorada. Pero claro, a veces las parejas fingían esa felicidad ante las cámaras y después, de puertas hacia dentro de la casa, todo era distinto.

Me llegó un mensaje de Gina en ese momento, entré en la conversación con mi jefa y hablé con ella mientras esperaba a mi prima.

Tenía buenas noticias, y es que al parecer el edificio de Seattle era prácticamente suyo.

Envió algunas fotos para que lo viera y le dije que tenía muchas posibilidades. Dijo que contaba con diez plantas y ya tenía pensado que cada una la podría vender de manera independiente para diez empresas distintas, aunque no descartaba la posibilidad de vender varias plantas a una misma empresa, según las necesidades que tuviera cada cliente.

—Ya estoy aquí —dijo Clare, con ambas manos en mis hombros y dándome un beso en la mejilla—. Siento el retraso, pero tenía una llamada importante.

—Tranquila, he pasado el tiempo hablando con Gina.

—Hoy no has ido a trabajar, ¿no?

—No, y mañana tampoco. Me dio los dos días libres porque ayer se fue a Seattle. Ah, me dijo que el apartamento de Alice está casi vendido, es cuestión de días.

—Eso es una buena noticia —sonrió—. ¿Sabes qué harás con el dinero?

—Lo sé más que de sobra, prima.

—Si es lo que imagino, porque es lo que ella siempre quiso, puedes contar conmigo.

—Lo sé —sonreí.

—Bueno, pues... Tengo noticias.

—¿Sobre el caso?

—No, de eso aún no puedo decirte nada, porque no tengo nada. Es sobre la agente Brenda Smith.

—Vaya, vaya. ¿Fue bien la noche?

—Sí —sonrió mientras se le teñían las mejillas de un bonito rubor rosa—. Estuvimos hablando, nos contamos cosas de cómo descubrimos que nos gustaba las chicas, me habló de sus relaciones, una de ellas casi acabó en boda, pero al final no, su novia dijo que no podría soportar estar en casa y preguntarse si esa noche llegaría su mujer o la llamarían diciendo que estaba en el hospital.

—Mamá y la tía siempre fueron así —sonreí.

—Sí, es lo que tiene estar con un agente de la ley.

—¿Le hablaste de Amanda? —pregunté, cogiendo el café para dar un sorbo.

—Le hablé de ella, sí. También le dije que me ha estado llamando estos días.

—¿Qué? —Fruncí el ceño— No me habías dicho nada.

—Cariño, bastante tienes tú con lo de Alice y ese hombre de la fiesta, como para que yo te vaya

con mis mierdas.

—Clare, tus mierdas siempre serán mis mierdas, y lo sabes.

—Ya, cariño, pero no quería...

—Me da igual lo que no quisieras, tenías que haberme dicho que había vuelto a llamarte. Dime al menos que no la has visto.

—No, eso no. Le repetí por activa y por pasiva que no iba a acceder a verla, que no quería saber nada más de ella. Y si te digo la verdad, acabé bloqueando su número.

—¡Alabado sea Dios! —dije levantando las manos hacia el cielo— Eso sí que es un gran paso, y no el que dio Armstrong en la Luna.

—Qué exagerada eres, prima —rio.

—No, exagerada no, realista. Hace meses que tendrías que haberlo hecho. Pero bueno, dejemos a Amanda en el cajón del olvido y sigue hablándome de la agente Smith.

Clare sonrió y la vi ilusionada, esa era la palabra, ilusionada como hacía tiempo que no la veía al hablar de alguien.

Se le iluminaba la mirada y le salía esa sonrisilla tonta mientras me contaba la bonita noche que había compartido con Brenda.

Rieron, hablaron, se conocieron un poco más, y dijo que había sentido una conexión con ella.

Me alegraba por mi prima, de verdad que sí, porque todo el asunto de Amanda, la había dejado muy tocada.

—Lo único que me da un poco de temor es que es mayor que yo —dijo con un suspiro—. Ya viste mi experiencia con Amanda.

—Pero no son iguales, no hay más que ver a Brenda. Esa mujer tiene los pies en la tierra, Amanda vivía en sus propios mundos.

—¿Sabes? Amanda nunca me apoyó en lo de ser madre, en cambio Brenda, me anima a que lo haga.

—Pues ya sabes, somos cuatro mujeres las que te decimos que te lances a la piscina —sonreí—. Yo quiero ser tía, la tía Zoe que malcriará a tu pequeña futura policía.

—Y tú, ¿qué?, ¿llegaste bien a casa?

—Llegué, tarde, pero llegué.

—¿Tarde? Pero si te fuiste pronto.

—Ajá, sí, pero cierto agente del FBI...

Comencé a contarle lo que pasó cuando Xander y yo salimos juntos, lo de la hamburguesa en ese aparcamiento de *food trucks*, los mojitos, los bailes, el modo en el que me daba la sensación de que tonteaba conmigo, y el beso, ese beso del que no me olvidaba.

—¿Xander te besó? —preguntó con un leve grito.

—No grites, por el amor de Dios. Sí, me besó, y te juro que no entiendo por qué lo hizo.

—Hombre, yo me atrevería a decir que lo hizo porque le gustas, o como mínimo porque le atraes.

—Pues no sé en qué momento ha podido pasar eso, porque prácticamente vivimos de sacarnos de quicio mutuamente.

—¿Sabes eso que dicen, de que para ser amigos hay que pelear primero?

—Mira, mientras no me digas que los polos opuestos se atraen, no vamos mal.

—Ya te lo has dicho tú solita —sonrió—. ¿Te gusta?

—El qué.

—Los huevos revueltos con bacon, no te digo la otra... —Volteó los ojos—. ¿De quién estamos hablando, prima?

—¿Xander?

—Bingo.

—A ver, es atractivo...

—¿Solo atractivo? Cariño, si fuera hetero, le habría lanzado la caña.

—Vale, me gusta, pero ya sabes que ahora mismo estoy como estoy.

—Si te refieres al banquero, mi querida prima, no hay nada más allá de sexo pervertido y lujurioso con él.

En ese momento me llegó un mensaje y cuando Clare vio que era de Xander, sonrió.

—Mira, hablando del rey de Roma... —sonrió.

Xander: *Hola, pequeña. Me preguntaba si te apetecería cenar conmigo. Te invito a mi apartamento. Hago una pasta al pesto, que está mucho más buena que la hamburguesa de anoche.*

—Dile que sí —dijo Clare—. Es solo una cena.

—Una cena en su apartamento.

—¿Y? Es agente del FBI, no un asesino en serie.

—Eso no lo sabes. Cualquiera puede ser un lobo vestido con piel de cordero.

—Zoe, ese hombre estuvo a las órdenes de tu padre, y por lo que me ha dicho el mío, lo tenía como si de su propio hijo se tratara. Éramos pequeñas cuando murió, pero aún recuerdo algunas de sus manías y Xander, las tiene también.

—No debería, Clare, y lo sabes.

—Te ha invitado a cenar, no te ha pedido que le hagas sexo oral.

—¡Clare, por Dios! —protesté, y acabé riendo.

—Aunque igual si le echas una mano en ese asunto, él, feliz —sonrió.

—No tienes remedio —suspiré.

—Yo también te quiero, prima. Dile que sí —me señaló.

Miré la pantalla y vi que Xander estaba en línea, ¿tal vez esperando una respuesta?

Antes de que me diera cuenta, estaba enviando un mensaje diciéndole que aceptaba esa cena.

Capítulo 23



Llegué a la dirección en la Cuarta Avenida que me había enviado por mensaje, y tal como me dijo fui hacia la puerta del garaje donde un chico de unos veinte años encargado de la seguridad me abrió la barrera indicándome dónde podía aparcar.

Cuando lo hice, bajé del coche y caminé hasta el ascensor para subir a la octava planta del edificio, que tenía un total de quince.

Cogí aire antes de salir, fui hacia la puerta de su apartamento y llamé al timbre.

Unos segundos después Xander abrió la puerta llevando unos vaqueros, una camiseta negra y las deportivas.

—Hola —sonreí.

—Hola, pequeña. Estás preciosa —dijo inclinándose cuando pasé, para darme un beso en la mejilla.

Iba con vaqueros, una camiseta roja con el hombro caído, y los zapatos de tacón negros, nada del otro mundo a mi parecer.

—Qué bien huele.

—Espero que de sabor también te guste.

—Oh, sí, seguro que sí. Me encanta la pasta.

—Ven, te enseño el apartamento.

Asentí y lo seguí hasta el salón. Era amplio, muy espacioso, con ventanales que durante el día dejarían entrar la luz haciendo que pareciera mucho más grande de lo que ya era, tenía las paredes blancas y los muebles en madera de nogal. Había dos sofás en color negro con una mesa de cristal en el centro, una vitrina con botellas de toda clase de bebidas, así como vasos, y otra con fotos.

—Ese era mi padre —dijo señalando a un hombre con uniforme de policía que, en la foto, debía tener unos treinta y cinco años—. Murió dos meses después, en el atraco a un banco.

—Vaya, lo siento mucho —le acaricié el brazo.

—Gracias. Yo tenía quince años, me tuvieron siendo jóvenes. Mi madre era camarera en una cafetería, se conocieron cuando él entró en la academia, y no se separaron hasta que murió.

—¿Y tu madre?

—Cáncer, cinco años después que mi padre.

—Xander...

—Tranquila, ya está superado. Entré en la academia un mes antes de que ella se fuera, creo que estuvo luchando hasta ese momento para verme vestido de policía, solía decir que me parecía mucho a mi padre.

—Tenía razón, te pareces a él.

—El tuyo, se portó con todos nosotros como un padre, pero para mí lo fue sin ninguna duda.

—Clare me ha dicho esta mañana que mi tío le habló de mi padre y de ti. Mi padre decía que te veía como a un hijo.

—Era un buen hombre. Tengo varias fotos con él por aquí en uno de esos álbumes —dijo mientras buscaba, y lo encontró.

Lo abrió y vi las fotos de un joven Xander con uniforme de policía junto a mi padre, y no pude evitar llevar la yema de mis dedos a una de ellas.

—Lo echo de menos —murmuré.

—Lo sé, pequeña, a mí a veces me pasa lo mismo. Echo de menos a mi padre y me gustaría que estuviera aquí para verme, para ver lo que he conseguido. Y para pedirle consejo en algunas cosas.

—Sé a qué te refieres —sonreí mientras lo veía dejar el álbum de nuevo en su sitio, y seguimos con el recorrido por su apartamento.

Me llevó por el pasillo donde estaba el cuarto de baño para las visitas, un despacho, una habitación pequeña convertida en gimnasio, y la habitación principal con su propio cuarto de baño.

Todo el apartamento era en blanco y con muebles de nogal.

Al entrar en la cocina vi que era también muy amplia, y olía que alimentaba.

—¿Te ayudo a preparar la mesa? —pregunté.

—No, tú eres la invitada y te vas a quedar aquí, tomando una copa de vino —dijo, mientras me llevaba hacia uno de los taburetes en la isla de la cocina.

Me senté, sirvió una copa de vino que puso ante mí, y cogió todo lo necesario para preparar la mesa en el salón.

Di un sorbito tras otro mientras lo iba viendo ir y venir, hasta que llevó la fuente con la pasta y volvió a por mí.

—Señorita, si es tan amable de acompañarme —dijo, al tiempo que me ofrecía su brazo.

—¿Es usted siempre tan caballeroso, agente Wells? —sonreí.

—¿Voy a tener que pensar que quieres acabar en mi regazo? —Arqueó la ceja.

Me agarré a él y dejé que me llevara al salón, donde encontré la mesa preparada con unas velas en el centro y de fondo sonaba una música jazz que daba un ambiente perfecto.

—Esto no es una cita romántica, agente —le advertí.

—No, no lo es.

—Vale.

Retiró mi silla para que me sentara, sirvió el vino para los dos y se sentó a mi derecha. Cogió la fuente con la pasta al pesto que olía de maravilla y llenó mi plato.

Cuando tenía el suyo servido, cogí un poco para probarlo y gemí en cuanto lo saboreé.

—Es la mejor pasta al pesto que he probado —dije.

—Me alegro de que te guste —sonrió.

—¿De verdad la has preparado tú?

—De verdad de la buena.

—No te creo.

—¿Por qué iba a mentir?

—¿Para quedar bien y llevarme a la cama? —arqueé la ceja.

—Heredé la pasión por la cocina de mi madre —dijo, ignorando mi comentario—. Le encantaba cocinar y tenía un cuaderno con recetas. No me deshice de él y siempre que puedo, me relajo en la cocina preparando alguno de esos platos.

—Pues he de decir que eres un buen cocinero.

—Gracias.

Disfrutamos de aquella deliciosa pasta y del vino mientras me hablaba de sus padres. Estuvo muy unido a ellos y por eso su pérdida fue tan dolorosa y difícil de superar.

Lo entendía, yo adoraba a mi padre y cuando lo perdimos, fue un como si nos arrebataran a mi madre y a mí, una parte del cuerpo.

También me habló sobre Ethan, sus años de adolescencia juntos, cómo decidieron ser policías, las veces que uno le había salvado de una bala al otro, y el momento en el que entraron en el FBI y conocieron a Brenda.

Juntos formaban un buen equipo, y se cubrían las espaldas unos a otros.

Después de acabar con casi toda la fuente de pasta y la botella de vino, Xander se levantó para recoger la mesa y yo fui a hacer lo mismo, pero me detuvo.

—¿No habíamos quedado en que eres mi invitada? Quédate ahí quieta, que yo traigo el postre.

—Espero que no tengas intención de invitarme a cenar más a menudo, porque si me consientes de este modo, igual te pido que te cases conmigo —reí.

—O te lo pido yo —contestó, dejándome con la boca abierta.

Lo vi sonreír mientras iba a la cocina con los platos de la cena, y me quedé allí pensando en si ese hombre estaba coqueteando conmigo o eran imaginaciones mías.

Debía ser lo segundo, seguro que era solo cosa mía.

Xander regresó con un par de tartaletas de hojaldre rellenas de nata con delicioso chocolate caliente por encima y una bola de helado de vainilla. En cuanto tomé el primer bocado, cerré los ojos para disfrutar de esa delicia.

—Esto sí que lo has comprado —dije mirándolo y sonrió.

—Lo he hecho yo.

—¡Venga ya! Me encanta cocinar, pero no soy ni la mitad de buena que tú.

—Cuidado con los piropos, pequeña, o me lo voy a creer.

—Es cierto, voy a tener que contratar tus servicios.

—Como cocinero —añadió.

—Como cocinero, obvio —reí, al igual que él.

Después de aquel delicioso y dulce postre, trajo café y lo tomamos mientras me hablaba de algunos platos que le gustaba cocinar, y de cómo eso le hacía olvidarse del día a día, sobre todo en momentos en los que un caso les tenía en un callejón sin salida a otro.

Al acabar el café, y a pesar de sus innumerables protestas, lo ayudé a recoger la mesa y cuando terminamos, me ofreció una copa, así que me decanté por un gin tonic.

Preparó mi bebida, se sirvió un vaso de whisky, y nos sentamos en el sofá a tomarlo tranquilamente.

—Debo admitir que ha sido una buena cena —dije tras dar un sorbo a mi copa y dejarla en la mesa—. Y sobre todo lo he pasado bien. Gracias —sonreí.

—Gracias, ¿por qué? —preguntó mientras dejaba su whisky también en la mesa.

—Por haberme hecho evadirme durante unas horas, por hacer que olvidara el dolor de haber perdido a mi mejor amiga, aunque cuando me vaya a la cama ese dolor esté de vuelta.

—Te dije que podías contar conmigo, pequeña —contestó mientras me acariciaba la mejilla—. Cuando lo necesites, sea la hora que sea.

Nos quedamos mirando fijamente y sentí de nuevo esa corriente que él provocaba recorriendo mi cuerpo. Sin darme apenas cuenta estaba mordisqueándome el labio y vi a Xander inclinarse, acortando la distancia entre ambos, y sin dejar de acariciarme la mejilla con el pulgar, posó sus labios sobre los míos en un beso suave.

Cerré los ojos saboreé el whisky de su boca, sentí su mano deslizándose hacia mi nuca y cómo posaba la otra en mi cintura.

Llevé mi mano a su cabello, enredando los dedos en él, notando lo sedoso que era, atrayéndolo más hacia mí, para compartir aquel beso dulce y suave.

Y fue entonces que noté un deseo irrefrenable por el hombre de ojos azules como el océano que tenía delante, un deseo que me incitaba a ver escenas en mi cabeza donde ambos nos entregábamos sin reservas a la pasión.

Xander no dejó de besarme, me cogió por la cintura hasta sentarme a horcajadas en su regazo y pude notar bajo mi sexo la dureza de su miembro.

Sin duda alguna los dos nos deseábamos, y el beso cada vez se sentía más intenso, más profundo, más carnal.

Él mordisqueó mis labios, yo los suyos. Yo tiré de su cabello y él entrelazó los dedos en el mío mientras me mantenía cerca de su boca.

Pero entonces algo hizo que los dos recobráramos la cordura y nos separamos.

Xander apoyó la frente en la mía, y al igual que yo, respiraba con dificultad mientras su pecho se movía, subiendo y bajando rápidamente.

No dijimos nada, simplemente volví a sentarme en el sofá y coger mi bebida, al igual que él, y dar un sorbo.

Xander me pasó el brazo por los hombros, acercándose a él para que me recostara en su pecho, y mientras tomábamos aquella copa en silencio, me acariciaba el brazo, hablábamos de nada en concreto y los besos, suaves y tiernos, robados y compartidos, se sucedieron uno tras otro de un modo tan natural que ninguno parecía querer evitar besar al otro.

Eran las doce y media cuando decidí marcharme. Xander me acompañó a la puerta y antes de dejarme salir, volvió a besarme de tal modo, que durante un segundo me pregunté qué pasaría si me quedaba esa noche allí, con él.

—Xander —murmuré cuando se apartó.

—No digas nada, pequeña —me pidió acariciándome la mejilla—. Ve con cuidado, ¿de acuerdo?

—Sí —asentí.

—Buenas noches.

—Buenas noches —y fui yo quien en ese momento le dio un beso, porque así me nació, y porque no quería marcharme, pero lo hice.

Salí del apartamento y no miré atrás, tampoco cuando entré en el ascensor antes de que se cerraran las puertas.

¿Qué había pasado? ¿Qué había ocurrido esa noche entre nosotros? ¿Era posible que hubiera sentido con él una conexión como la había tenido con Zack?

Pero eran tan distintos, tan diferentes.

Mientras uno me llevaba a cometer el pecado de la lujuria, el otro simplemente se mostraba tierno, conformándose con unos besos.

Y yo, que nunca había pensado en tener a dos hombres en mi vida al mismo tiempo, ahora me debatía entre volver a subir y dejarme llevar por el deseo, o no hacerlo y preguntarme qué habría pasado si lo hubiese hecho.

Con un suspiro salí del ascensor y caminé por el garaje hasta el coche, me senté, lo puse en marcha y me fui hacia casa, aun pensando en Xander y esos besos, en lo cómoda que me había sentido allí sentada con él.

Si hubiera aparecido en mi vida tan solo unos días antes de que toda esta locura me llevara a un mundo que no conocía...

Capítulo 24



Ese viernes había quedado para comer con mi madre y mi tía, así que allí estaba, en el restaurante donde teníamos mesa reservada, esperando a que ese par de gemelas aparecieran.

La camarera trajo la botella de vino que pedí, me serví una copa y di un sorbo mientras echaba un vistazo a la carta.

Las mesas de alrededor estaban ya disfrutando de sus platos y vi algunos que tenían muy buena pinta, y al fijarme en uno de pasta, sonreí mientras recordaba la noche anterior con Xander.

No le mentí al decirle que era un buen cocinero, tampoco le estaba haciendo la pelota ni mucho menos, lo dije porque era cierto.

Pocos hombres había que yo conociera a los que les gustara cocinar, y entre ellos, estaban mi difunto padre y mi tío.

Mi móvil empezó a sonar y vi el nombre de mi prima en la pantalla.

—Hola —saludé.

—Hola, cariño. ¿Qué haces? —preguntó, y escuché ruido de papeles.

—Esperando a nuestras madres para comer.

—¿Habéis quedado y no me invitáis? Qué mal, prima, qué mal.

—Estás a tiempo, ya llevan cinco minutos de retraso —reí—. Seguro que, porque esperen un poco a que tú llegues, no pasa nada.

—No puedo, estoy literalmente rodeada de papeles.

—¿Muchos expedientes en la mesa?

—He dicho rodeada. Zoe, estoy sentada en el suelo de una sala vacía en comisaría, con papeles a

mi alrededor. Tengo mucho que revisar.

—¿Algo nuevo sobre Alice?

—Puede que sí, o al menos eso espero —suspiró—. Solo quería despejarme cinco minutos del trabajo, mientras me como un sándwich y me cuentas qué tal la cena de anoche con el agente Wells.

—O sea, que me has llamado para chismear —reí.

—Ahí le has dado. Venga, dime, ¿cómo fue?

Sonreí, y durante los siguientes minutos le conté todo. Ella no dejaba de decir que en el agente del FBI veía un interés hacia mí, que se le veía que yo le gustaba.

Cuando vi a mi madre y mi tía entrar en el restaurante me despedí de Clare y quedamos en hablar más tarde. Mi madre sonrió al llegar a la mesa, me puse en pie y abracé a ambas.

—Cada día estás más guapa, Zoe —dijo mi tía.

—Eso es que tú cada día me miras mejor —reí.

—Va a ser eso. ¿Cómo te encuentras, mi niña?

—Bien, sigo pensando en Alice, pero... Poco a poco tendré que hacerme a la idea.

—Tu tío y tu prima están muy metidos en el caso, apenas descansan, quieren averiguar cuanto antes lo que le pudo ocurrir. Me han dicho que el FBI está trabajando en ese caso también.

—Sí, hay tres agentes instalados en la comisaría. A mí me pidieron cuanto pudiera contarles sobre Alice, los lugares que frecuentaba y cosas así.

—Ojalá averigüen algo pronto —dijo mi madre.

—No entiendo qué pudo haber hecho ella para que alguien quisiera hacerle daño, con lo buena niña que era —mi tía suspiró y asentí.

—Gina me dijo el otro día que tiene casi vendido el apartamento —comenté mientras les llenaba las copas de vino, y en ese momento vino la camarera para tomarnos nota.

Nos decantamos por una ensalada para compartir y el pescado al horno, especialidad del día.

Seguimos hablando del apartamento y del proyecto que, a ratos, iba dando forma en mi cabeza y anotando en una libreta recordando todo aquello de lo que Alice me habló durante años.

—Ojalá pueda hacerlo —dije—, quiero que ese sea su legado.

—Seguro que lo harás, cariño. El dinero que obtengas de la venta del apartamento no podría

tener mejor destino que ese —contestó mi madre, con una sonrisa y un leve apretón en mi mano.

—Bueno, y, ¿qué era eso que querías contarme, hermana? —preguntó mi tía, cambiando de tema.

—Me voy de viaje a finales de la semana que viene.

—¿De vacaciones?

—Sí. Ya tengo la reserva en un hotel precioso, ¿verdad que sí, Zoe?

—Cuando lo veas, vas a querer ir con ella, tía, te lo aseguro —sonreí.

—¿Dónde vas?

—Me voy de retiro a La Toscana —sonrió.

—¡No! ¿En serio?

—Sí.

Mi madre cogió el móvil y le enseñó a mi tía las fotos del hotel y los viñedos, y tal como me pasó a mí, quedó encantada con lo que veía.

Y nos propuso ir de tiendas después de comer para que mi madre, renovara un poco su armario y tuviera algún que otro vestido bonito y elegante que lucir en sus vacaciones por La Toscana.

Nos tomamos el café y continuamos con nuestro día de chicas yendo a algunas tiendas donde acabamos picando las tres.

Yo me compré un par de vestidos, uno con el que pensaba ir a cenar la noche siguiente con Zack, y otro para el que ya encontraría alguna ocasión especial.

Además de un par de zapatos de tacón nuevos, algunos productos de maquillaje, cremas y un perfume que se me estaba acabando.

Cuando acabamos con las compras, las tres cargadas de bolsas, fuimos a una cafetería a tomar té helado en la terraza.

—No me va a dar tiempo a usar en el viaje todo lo que he comprado —dijo mi madre, viendo las bolsas que había dejado en la silla.

—Verás que sí, hermana. Tú te vistes de una manera por la mañana, de otra por la tarde, y sales a cenar a los jardines de los viñedos con otra diferente.

—Vamos, que vas a tener más cambios que una miss en un certamen —reí.

—Y digo yo, ¿cómo me voy a hacer fotos de recuerdo? —preguntó, toda preocupada.

—Con todo lo que hemos comprado, y no hemos ido por un palo selfi —volteé los ojos.

—Mañana te lo llevo, hermana, que hay una tienda cerca de casa que tienen unos muy chulos, y seguro que el chico me recomienda el mejor.

—Que sea fácil de usar, a ver si me vas a coger uno que no entienda.

—Mamá, que no es muy complicado —reí—. Tú colocas el móvil, lo conectas al bluetooth y cuando quieras hacer una foto, activas la cámara y pulsas el botón que viene en el palo.

—Suená fácil, pero igual luego me lío.

—Que no, hermana, que no te lías —rio mi tía.

—Yo no sé si hago bien en irme, hija. Le he dado mil vueltas y...

—Mamá, te lo dije el otro día. Voy a estar bien, y no me quedo sola. Además, ya no tengo quince años y no hay vuelta atrás, tienes la reserva del hotel y los vuelos, y la aerolínea no te devuelve el dinero —mentí, porque en caso de que tuviera que cancelar el viaje, le devolverían una parte.

—Hermana, tú vete tranquila, que de la niña nos ocupamos Lewis y yo.

—¿Qué niña? —Arquee la ceja.

—¿Qué niña va a ser, sobrina? Su niña —rio mi tía, mientras señalaba a mi madre.

Y acabamos las tres riendo, porque sí, a pesar de que ya estuviera llegando a los treinta, para mi madre, siempre sería su niña, al igual que mi prima Clare lo era para mi tía Elena.

Cuando terminamos de tomarnos el té helado nos despedimos, quedé en ver a mi madre, la semana siguiente antes de que se fuera de viaje y en que yo la llevaría al aeropuerto y me fui hacia el coche cargada con mis compras.

En cuanto llegué a casa coloqué todo, me di una ducha y prepare un sándwich y un cuenco de palomitas para sentarme a ver una película que acababa de estrenar y quería ver, tal como siempre me había dicho Alice, por la trama.

Sonreí al pensar en eso y en el actor que hacía el papel principal, el favorito de mi mejor amiga.

Suspiré, me acomodé y disfruté de la película en la tranquilidad de mi salón.

Capítulo 25



Y llegó la noche del sábado.

Acababa de terminar de arreglarme cuando vi que era la hora en la que me recogería Kevin, para llevarme al restaurante donde me esperaba Zack.

Cogí el bolso, guardé el móvil y salí de casa para bajar al encuentro del agente de policía asignado por mi tío, para hacer de niñera.

Lo vi apoyado en el coche mirando en su móvil y sonreí, ese pobre hombre hacía de chofer para mí, con toda la resignación del mundo.

—Buenas noches, Kevin —saludé al llegar al coche.

—Buenas noches, señorita. Está preciosa esta noche.

—Gracias —sonreí.

El vestido, uno de los que había comprado el día anterior, era en color azul marino, entallado hasta las rodillas y con un único tirante ancho en el brazo derecho.

Kevin abrió la puerta y allí sentado, en el extremo opuesto, estaba Xander.

No lo había visto desde la noche que me invitó a cenar a su casa, tampoco habíamos hablado, así que verlo allí, momento antes de encontrarme con otro hombre después de lo que pasó entre nosotros... Se sentía raro.

—Hola —saludé cuando me senté.

—Hola. ¿Llevas la pulsera?

—Sí —contesté con el ceño fruncido, pues no esperaba esa pregunta.

Xander asintió, Kevin cerró la puerta y el silencio que hubo entre nosotros en ese momento, hasta que la puerta del conductor se abrió y él ocupó su asiento, fue de esos en los que una

simple mosca se habría escuchado perfectamente.

Kevin puso el coche en marcha y se incorporó al tráfico de la ciudad mientras en el asiento trasero ni Xander, ni yo, decíamos una sola palabra.

Y así llegamos a la dirección en la que me esperaba Zack, sin decirnos nada, sin que él empezara con sus intentos de evitar que entrara allí sola, sin querer convencerme para que abandonara la idea de ayudarles y averiguar algo.

Nada, ni una sola palabra al respecto.

—Xander —dije para llamar su atención cuando Kevin salió del coche.

—Ten cuidado, Zoe. Solo te pido eso —fue cuando dijo, y sin dedicarme una sola mirada.

Mi puerta se abrió y vi a Kevin sonriendo mientras esperaba a que bajase. Acepté su mano, me ayudó, y cuando me tenía a su altura me habló al oído.

—Toca la pulsera si lo necesitas, ¿de acuerdo?

Lo miré con el ceño fruncido y asentí. Caminé hacia la puerta del restaurante y cuando entré, una mujer pelirroja y sonriente me dio la bienvenida preguntando si tenía reserva.

—Sí, hay una mesa a nombre de Zoe y Zack —respondí, pues fue lo que él me puso en el mensaje que tenía que decir cuando llegara.

—Ajá, aquí la tengo —sonrió tras comprobar el libro de reservas—. Sígueme, por favor.

Lo que me llamó la atención cuando estaba frente a la fachada, era que estaba formada por espejos, y al entrar allí vi que eran como los que tenían en las salas de interrogatorio de las comisarías.

En el salón había algunas mesas ocupadas por parejas o grupos de personas, y al fondo había una puerta que daba a un pasillo por el que me llevó la pelirroja, con puertas a un lado y otro.

Abrió una de ellas con el número diez, y me encontré con un acogedor reservado, con una mesa redonda en el centro y un sofá con forma de semicírculo.

Una suave música sonaba de fondo y olía a jazmín. Sonreí al ver unas velas en el centro de la mesa, que estaba perfectamente preparada, una rosa roja sobre uno de los platos, y una botella de vino en una cubitera.

—Que disfrute de la velada, señorita Zoe —dijo con una sonrisa.

—Gracias —respondí antes de que cerrara la puerta.

Me senté frente al plato que tenía la rosa, sonreí al cogerla y aspirar su aroma, y la coloqué a un

lado de la mesa para servirme una copa de vino.

Saboreé el primer sorbo y noté que era dulce y afrutado. Escuché que me llegaba un mensaje, saqué el móvil del bolso y vi que era mi prima Clare.

Clare: *¿Ya estás con el banquero? Imagino que sí. Llámame cuando llegues a casa, no importa la hora.*

Zoe: *Estoy esperando que llegue. Ok, yo te llamo.*

En ese momento se abrió la puerta, miré, y allí estaba Zack, el dueño de esos ojos verdes chispeantes y pícaros que había visto tantas veces bajo el antifaz.

Tal como suponía era un hombre atractivo, y esa sonrisa que lucía le hacía ver aún más apuesto.

—Al fin puedo verte sin un antifaz —dijo cerrando la puerta y me levanté cuando comenzó a caminar hacia la mesa—. Esa belleza no debería ocultarse.

—Me vas a sacar los colores —sonreí—. Tú también eres muy atractivo, seguro que tienes una fila inmensa de mujeres esperando en el banco a que les hagas caso.

—No hay tantas —rio.

Noté su mano alrededor de la cintura, se inclinó y me dio un beso suave en los labios.

—Tenía ganas de que llegara esta noche —susurró sin apartar la mirada de mis ojos.

—Yo también.

—¿Te gusta el sitio?

—El reservado está muy bien, se ve que es discreto.

—Me tomé la libertad de escoger la cena, nos la traerán en breve en un carrito para que nosotros vayamos sirviéndonos.

—Perfecto.

Nos sentamos y noté que Zack me miraba cada poco por el rabillo del ojo. Se sirvió una copa de vino y la acercó a la mía para brindar.

—Por una gran noche —dijo sin apartar la mirada de la mía.

Bebimos y solo unos segundos después llamaron a la puerta. Cuando se abrió, vi un camarero empujando un carrito con varias bandejas de comida cubiertas, pero aun así podía apreciar el delicioso olor que salía de cada una de ellas.

Dejó el carrito junto a la mesa, al lado de Zack, y se retiró deseándonos que disfrutáramos de la

cena.

Zack destapó la primera bandeja y vi unas brochetas de pollo, mozzarella y tomates cherry con aceite y orégano, que me hizo la boca agua.

—¿Cómo decidiste que querías ser banquero? —pregunté tras dar el primer bocado a una de las brochetas.

—Es cosa de familia —sonrió—. Somos una larga saga de banqueros y contables.

—O sea que lo llevas en la sangre.

—Así es.

—Pues yo soy la única asistente personal de la familia. Mi madre, es profesora, al igual que lo fueron su madre y su abuelo. Mi tía es enfermera, su padre era médico. Mi padre era policía, y mi tío, lo sigue siendo —me fijé bien en su rostro cuando dije esto último.

Quería comprobar si se ponía nervioso, si hacía algo que pudiera delatarlo en caso de que ocultara algo. Pero su rostro seguía tranquilo.

Seguimos hablando y cuando acabamos con las brochetas, pasamos a la siguiente bandeja que destapó Zack, en la que había ostras.

Durante el resto de la cena Zack no perdió la oportunidad de acariciarme las piernas, el cuello, besarme cuando me daba de comer de manera sensual, e incluso mirarme con esos ojos cargados de deseo que había visto otras veces.

Acabábamos de terminar de degustar los diferentes y succulentos platos de la cena, estaba dando un sorbo a mi copa de vino, y Zack me la quitó para dejarla sobre la mesa.

—Es hora del postre —dijo con un tono ronco y sensual que daba a entender que el postre, esa noche, iba a ser yo.

—¿Y qué has pedido? —pregunté coqueta.

—A ti —murmuró antes de lanzarse a mis labios y besarme con esa necesidad de otras veces.

Noté que llevaba las manos a mi espalda y desabrochó la cremallera del vestido, retiró el tirante y comenzó a bajarlo hasta liberar mis pechos desnudos.

Gemí cuando su lengua comenzó a lamer uno de los pezones, ese que no tardó en mordisquear y hacerme gritar ante la leve punzada de dolor que sentí.

Bajó una mano hacia mi muslo, la llevó al interior, entre ambas piernas, y deslizó el dedo por la tela del tanga que llevaba hasta tocar mi zona más íntima.

Jadeé mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo del sofá, y gemí cuando Zack me penetró con el dedo.

Me estremecí de pies a cabeza ante lo que sentía, y cuando noté que él tiraba con el dedo en mi interior hacia él, como si fuera un gancho, grité presa del placer.

Fue llevándome así hasta dejarme a las puertas del orgasmo, excitada y jadeante mientras lo miraba temblorosa.

Zack sonrió, me dio un beso rápido y vi que se inclinaba hacia el carrito donde habían traído la comida.

Puso una caja sobre la mesa y sacó un vibrador con el que no dudó en jugar tras quitarme el tanga y el vestido, dejándome desnuda en aquel sofá, únicamente con los zapatos.

Lo activó al nivel más alto de vibración que tenía y me penetró con él una y otra vez, llevándome de nuevo al límite de mi resistencia mientras lamía, mordía y pellizcaba mis pezones.

Tampoco me permitió correrme en ese momento, y cuando lo retiró, me hizo recostarme en el sofá con una pierna en el respaldo, de modo que mi sexo desnudo y húmedo, quedó completamente expuesto para él.

Zack se desnudó ante mí, se arrodilló entre mis piernas y tras coger un pequeño huevo vibrador que introdujo en mi vagina, asaltó con su lengua mi clitoris y lamió sin detenerse un solo instante, haciendo que me moviera cada vez más rápido mientras me agarraba con fuerza al sofá, sintiendo un escalofrío recorrer todo mi cuerpo, y alcanzando finalmente el orgasmo que hasta ese momento él me había negado.

Zack cogió un pañuelo de seda de la caja, me hizo girar en el sofá y anudó mis manos a la espalda, me colocó de rodillas con la mejilla en el asiento y tras elevar mis caderas, noté que me penetraba de nuevo con el vibrador, añadiendo un succionador a ese momento de juegos.

Con los ojos cerrados y sintiendo oleada tras oleada de intenso placer, moviéndome mientras él jadeaba al verme disfrutar, llegué de nuevo al orgasmo y antes de que el último coletazo de placer se disipara, noté su miembro duro y erecto penetrándome con fuerza.

Zack me agarraba por las caderas moviéndome a su antojo, penetrándome una y otra vez sin parar, llegando a lo más hondo de mí ser, haciendo que mis gritos resonaran en aquel reservado de tal modo, que la música que sonaba de fondo ni siquiera se escuchara.

Hizo que me corriera de nuevo y se retiró para ayudarme a colocarme como él quería tenerme en ese momento.

Me recostó en el sofá de tal modo que mis nalgas quedaban al borde, seguía teniendo las manos atadas a la espalda, pero me situó de tal forma que me sintiera cómoda. Cogió mis piernas, las separó y tras colocar un tobillo en cada uno de sus hombros, volvió a penetrarme con rudeza, una, y otra, y otra vez, rápido y sin parar, llenándome de él por completo.

Sentía las yemas de sus dedos en mis nalgas, agarrándome con fuerza mientras me movía para penetrarme mejor. Nos miramos y segundos después, ambos nos dejamos llevar por el momento cuando nos alcanzó el orgasmo.

Liberamos el clímax entre jadeos, gemidos y gritos, y cuando esa última oleada de placer y lujuria se evaporó en aquel reservado, Zack se retiró bajando mis piernas laxas, hasta que toqué de nuevo el suelo con los tacones.

Me quedé allí respirando en busca del aire que necesitaba, con los ojos cerrados y escuchando el frenético latido de mi corazón, hasta que noté que Zack me cogía por la cintura para ayudarme a incorporarme.

Deshizo el nudo de la atadura del pañuelo en mis muñecas y me dio un beso en el hombro mientras retiraba mi pelo a un lado para besarme el cuello.

—Ha sido el mejor postre de mi vida —susurró en mi oído, antes de mordisquearme el lóbulo de la oreja.

Se levantó y me devolvió la ropa para que pudiera vestirme, él también lo hizo y nos quedamos allí tomando una última copa de vino.

—Habrá una fiesta dentro de un par de semanas —dijo tras dar un sorbo a su copa—. Me gustaría que me acompañaras.

—Creí que esas fiestas nunca se sabían cuándo se celebraban, hasta que el invitado recibía un mensaje.

—Y así es, pero a veces juego con ventaja —sonrió—. El anfitrión es un empresario con el que hace negocios un cliente de mi banco, me lo dijo ayer.

—Vaya, así que tú siempre sabes cuándo será la próxima fiesta.

—No siempre, solo algunas veces.

—Tendría que consultar mi agenda, aunque solo sea una sencilla asistente personal, tengo familia que en ocasiones hacen planes.

—Tienes mi número, basta con que lo confirmes unos días antes y te mandaré los datos.

—Vale.

Di un último sorbo a mi copa, la dejé vacía sobre la mesa y me puse en pie para marcharme.

—No te olvides la rosa —dijo antes de siquiera dar un paso.

—Tengo una curiosidad —cogí la rosa y la acerqué a mi nariz para olerla—. ¿Siempre eres así con las mujeres con las que tienes sexo en una fiesta clandestina?

—No. De hecho, es la primera vez que me pasa en años.

—¿Y qué tengo de especial para recibir este trato privilegiado fuera de una fiesta?

—Sencillamente que me gustas, Zoe, me gusta tu compañía y es evidente que, en cuestión de sexo, somos muy compatibles —dijo volviendo a mirarme, con esos ojos cargados de deseo.

—Mejor voy ya, antes de que me vuelvas a desnudar y usar esos juguetitos conmigo —sonreí cuando lo vi ponerse en pie.

—Me pasaría la noche usándolos, haciéndote gemir y gritar, mientras me sientes en lo más hondo de tu ser —susurró y volvió a apoderarse de mis labios en un beso de lo más carnal.

—Adiós, Zack —murmuré con la mano en su pecho—. Buenas noches.

—Buenas noches, Zoe.

Salí del reservado y caminé por el pasillo hasta la puerta por la que me había llevado horas antes la pelirroja.

Cuando salí al salón y me vio, sonrió con ese tono pícaro de quien sabe lo que ocurre en uno de los reservados del pasillo, me despedí y fui hacia la calle donde encontré el coche de Kevin aparcado a solo unos metros de la puerta.

Al verme, salió para abrirme la puerta con una sonrisa como de alivio.

—Todo bien, por lo que veo —dijo.

—Sí, no he necesitado tocar la pulsera.

—Me alegro.

Al sentarme vi que Xander no estaba allí, miré a Kevin y se encogió de hombros antes de hablar.

—Pidió un taxi y se fue hace una hora, más o menos.

—Oh.

—Te llevo a casa, es tarde —hizo un guiño, cerró la puerta y me quedé allí mirando el asiento vacío en el que horas antes había estado Xander.

¿Y por qué sentía esa especie de vacío en el pecho? ¿Por qué quería que estuviera allí esperándome para acompañarme a casa, para ver que me encontraba bien?

Cuando Kevin puso el coche en marcha saqué el móvil del bolso y durante un segundo dudé en si llamarlo o no, finalmente no lo hice y llamé a mi prima, que quería saber si estaba bien y si lo que ambas necesitábamos saber sobre Zack cuando yo le dijera que mi tío era policía, había dado sus frutos.

Al decirle que su actitud no cambió y que siguió siendo tranquila y serena como hasta ese momento, suspiró frustrada. Las dos nos temíamos que ese hombre no iba a llevarnos hacia nada que pudiera ayudarnos a ir en la dirección correcta con el caso de Alice, pero teníamos que seguir tratando de conseguir toda la información que nos fuera posible, de quien fuera y como fuera.

Kevin paró en mi calle poco después, nos despedimos y subí a mi casa donde me di una ducha rápida antes de meterme en la cama. Si había algo con lo que no podía era con esas calurosas noches de verano donde incluso la prenda más fina molestaba.

Capítulo 26



Desperté con los rayos de sol entrando por la ventana de mi habitación iluminándolo todo. Me incorporé en la cama, y mientras me estiraba como un gatito, cogí aire antes de levantarme para comenzar el día.

Era domingo, y dado que había limpiado el apartamento días atrás, que hice la compra y que pasé la mañana del sábado cocinando para la siguiente semana, no había mucho que hacer, salvo descansar todo lo que pudiera.

Me recogí el pelo en un moño deshecho, preparé café, zumo y tostadas, y me senté en la terraza a desayunar disfrutando de esa soleada mañana de cielo azul despejado.

Y pensé en Alice con una sonrisa por los cientos de veces que se había quedado a dormir en mi casa y acabamos desayunando en mi terraza con las lejanas y bonitas vistas de Central Park.

Mientras me tomaba el café eché un vistazo a las noticias, sobre todo a las del corazón, puesto que seguía pensando que tal vez allí, en alguna de esas noticias, podría encontrar algo sobre un sonoro divorcio de alguien importante que pudiera estar relacionado con Alice.

Pero no encontré nada.

Cuando terminé de recoger todo y me disponía a coger el portátil y echar un vistazo a la agenda de Gina y mi correo, me entró una llamada al móvil.

Al ver el nombre de Xander el corazón pareció saltarse un latido.

—¿Hola? —pregunté.

—Buenos días, pequeña.

—¿Ocurre algo? ¿Hay novedades del caso?

—No, aún no. Eso sigue estancado —suspiró.

—¿Entonces?

—Quería invitarte a pasar el día fuera, si te apetece y no tienes planes.

—No, no tengo planes. Y es raro, porque pensé que mi prima Clare me llamaría para ir a comer juntas o algo así.

—Entonces, te propongo un plan al que no vas a poder decirme que no.

—¿Y qué plan es ese, agente Wells? —pregunté y él soltó una carcajada.

—Un picnic, en Central Park. Cocino yo.

—Acepto, sin pensarlo, vamos —Xander volvió a reír al otro lado de la línea.

—Te recojo en un par de horas, ¿te va bien?

—Me va estupendamente.

—Nos vemos, pequeña.

—Adiós.

Colgué y fui a la habitación para ver qué podía ponerme para un picnic en pleno Central Park.

Acabé decantándome por unos shorts vaqueros, una camiseta de hombro caído y unas deportivas blancas.

Me peiné a conciencia pasándome las planchas, me vestí y apliqué un poco de maquillaje sutil y natural en mi rostro, y preparé la mochila que solía usar cuando iba vestida más de sport e informal, como era el caso.

Justo dos horas después de que llamarme, Xander me avisaba diciendo que estaba frente a mi edificio.

Cuando bajé y salí lo encontré allí, apoyado en el coche, con vaqueros, una camiseta blanca, las deportivas y las gafas de sol.

Sonrió al verme y cuando me acerqué, se inclinó para darme un beso en la mejilla.

—Hola —sonreí.

—Hola, pequeña. Estás muy guapa.

—Nah, es un conjunto de lo más informal.

—Pues a mí, me encanta —susurró y me estremecí al notar sus labios dejando un suave beso en mi cuello.

Abrió la puerta del copiloto para que me sentara y lo hice, y mientras me abrochaba el cinturón lo vi caminar con ese porte de agente del FBI que no se le quitaba ni cuando vestía de manera informal.

Ocupó su asiento, puso el coche en marcha y se incorporó al tráfico.

—¿Por qué no te quedaste a esperarme anoche? —pregunté unos minutos después, me podía la curiosidad.

—Me surgió algo —respondió, pero por el modo en el que tenía apretada la mandíbula, estaba mintiendo.

—Xander, puedes decirme la verdad.

Pero se quedó callado, y opté por no insistir.

El resto del camino lo hicimos en silencio. Cuando aparcó cerca de la entrada, bajamos del coche y Xander sacó una cesta de mimbre de picnic de la parte trasera.

—Por favor, qué bien huele. ¿Qué has metido ahí? —dije cuando comenzamos a caminar.

—Cuando nos sentemos, lo verás.

—Vaya, así que te gusta mantener el misterio hasta el final, ¿eh?

—Más que misterio, prefiero decir que me gusta que sea una sorpresa.

—Pues la sorpresa huele que alimenta —reí—. Y seguro que está buenísimo también.

—Eso espero.

—¿Acaso planeas conquistarme por el estómago? —Fruncí el ceño.

—Me has pillado —chascó la lengua y me eché a reír.

Sí, Xander tenía ese humor que me gustaba, ese capaz de hacerme reír a pesar de que en ese momento lo único que me apetecía fuera llorar y llorar por la ausencia de mi mejor amiga.

Cruzamos Central Park como si fuéramos una pareja, y es que cuando menos lo esperaba, Xander me pasó el brazo por los hombros y yo no lo aparté.

Al final preguntó cómo había ido la cena con el banquero y si averigüé algo, y al decirle que ni siquiera se puso nervioso cuando me escuchó decir que mi tío era policía, suspiró.

Llegamos a la zona donde muchos iban a hacer sus picnics y tras sacar un mantel grande de la cesta y extenderlo, nos sentamos y comenzó a poner envases de plástico con sus tapaderas ante nosotros.

Había ensalada, tostas de queso y salmón, pinchitos de pollo y un pastel de carne que tenía una pinta buenísima, todo ello acompañado de una botella de vino blanco.

—Madre mía, menudo despliegue culinario —sonreí—. ¿Todo esto lo has hecho en menos de dos horas?

—El pastel lo había preparado para comer yo, pero iba a ser mucho y entonces, pensé en la fan de mi cocina —me acarició la mejilla—. Me apetecía estar contigo y tuve la impresión de que no querrías venir a mi casa.

—¿Por qué no iba a querer? —Fruncí el ceño.

—Olvidalo, son cosas mías —sonrió y se inclinó para darme un beso en los labios.

Sirvió el vino, brindamos mientras nos mirábamos fijamente a los ojos, y comenzamos a disfrutar de esos platos que, sin duda alguna, había preparado con mucho cariño.

Viendo las familias que había por allí, a los niños corriendo y jugando a pasarse la pelota, saqué el tema del matrimonio y los hijos, sentía curiosidad por saber qué opinaba él al respecto.

—¿Cómo es que aún no estás casado, agente Wells?

—Deja de llamarme así, o juro que no respondo.

—No te veo capaz de sentarme en tu regazo y darme unos azotes delante de toda esta gente.

—No me pongas a prueba —murmuró—. No estoy casado porque no se ha dado el caso.

—Vale, eres de la clase de poli que se casa con su trabajo.

—Más o menos, sí.

—Pero en algún momento tendrá que llegar a tu vida una señora Wells.

—En algún momento, si llega, será bienvenida —sonrió.

—¿Y qué me dices de los niños? ¿Quieres hijos?

—Al menos dos —respondió tras dar un sorbo a su copa de vino—. Soy hijo único y aunque tuve una infancia feliz, me gustaría que mi hijo, o hija, tuviera un hermano o hermana con quien jugar, con quien compartir secretos, tener esa conexión y complicidad que se da entre hermanos.

—Yo tengo todo eso con mi prima Clare, que es como una hermana mayor.

—Yo ni siquiera tuve primos, así que no, no quiero solo un hijo, al menos tienen que ser dos.

—Opino igual —sonreí—. Aunque si mi futuro marido solo quisiera que tuviéramos un hijo, o por circunstancias médicas ajenas a nosotros solo pudiéramos concebir una vez, sé que mi

pequeño tendría un primo, o dos, con los que tener esa conexión de hermanos de la que hablas.

—Mi hijo contaría con el hijo de Ethan, eso lo sé —sonrió.

—Estáis muy unidos.

—Sí, desde que tengo uso de razón ha estado en mi vida. Para lo bueno y para lo malo, nunca me soltó la mano.

—Clare, es así conmigo —sonreí—. Alice, también lo era —suspiré—, ella era otro pilar imprescindible de mi mundo.

—Zoe, sé que lo ves todo muy lejano, pero te prometo que descubriremos lo que le pasó.

—Eso espero.

Seguimos comiendo y hablando sobre esa familia que nos gustaría tener, incluso me dijo el nombre que quería para sus hijos. Eso me hizo sonreír y sentir una ternura hacia el hombre que tenía al lado, que pensé que la mujer que consiguiera conquistarlo sería muy afortunada.

Cuando acabamos de comer recogimos todo y sacó un termo de café con leche y dos pequeñas tazas.

—Qué preparado has venido —reí—.

—Un picnic de lo más completo.

—Ya veo, ya.

Me dio una taza de café y lo saboreé, incluso eso hacía bien aquel hombre que tenía al lado.

Mientras disfrutábamos de aquella taza de café, la pelota con la que jugaban los niños que estaban más cerca de nosotros acabó sobre el mantel.

Los pequeños abrieron los ojos con temor al verlo y yo sonreí mientras la cogía.

—Lo siento mucho, señora —dijo el más mayor, que vino dándole la mano al más pequeño.

—No pasa nada, tesoro. No ha habido ningún daño —sonreí—. Aquí tenéis.

—Gracias.

Cogió la pelota y ambos regresaron corriendo hacia donde estaban sus padres, que sonrieron y asintieron a modo de agradecimiento mientras nos miraban a Xander y a mí.

—Ahora mismo me quedaría embarazada —comenté.

—Dime que necesitas un candidato, y me ofrezco voluntario.

Lo miré por encima del hombro y lo vi hacerme un guiño antes de inclinarse para besarme.

No respondí a eso, pues con su guiño me lo tomaba más a broma, pero si era sincera conmigo misma, debía admitir que Xander sería el tipo de hombre con el que cualquier mujer querría formar una familia.

No nos movimos de allí, sentados a la sombra de aquel gran árbol, y al igual que la noche que me invitó a cenar en su casa, estuvo de lo más cariñoso conmigo, besándome cuando menos lo esperaba y acariciándome.

Hasta que dijo algo que me pilló tan de sorpresa que no supe ni cómo reaccionar.

—No me quedé a esperarte anoche porque el simple hecho de saber que ese hombre iba a besarte, tocarte y hacerte suya, era una tortura para mí.

No esperaba aquella declaración, ni siquiera podría haberme imaginado que Xander tuviera un interés de ese tipo en mí.

Me dio un beso en la sien y se movió para levantarse.

En ese momento terminaba nuestro picnic de domingo en Central Park. Recogimos todo y regresamos al coche, me llevó de vuelta a casa y durante el camino fui pensando qué diría si lo invitaba a subir a mi apartamento.

Me apetecía estar con él, no quería que el día acabara, quería que se quedara a cenar, que nos sentáramos en el sofá a tomar una copa de vino y que se me olvidara todo cuanto me rodeaba por el simple hecho de que él estaba allí.

Finalmente, cuando aparcó frente a mi edificio, le pregunté si quería subir.

—Mejor no, pequeña —contestó acariciándome la mejilla, y sentí el dolor por el rechazo—. Cuando todo esto acabe, Zoe —dijo sosteniendo mis mejillas entre sus manos—, cuando todo acabe, hablaremos.

Se inclinó y me dio un beso en los labios de esos que una no querría que acabara nunca.

Y es que, Xander, tenía un modo de besar tierno y dulce que te hacía querer más.

—Buenas noches, pequeña —murmuró cuando se apartó.

—Buenas noches, Xander.

Salí del coche y caminé hacia mi edificio sin girarme, sin mirar atrás, o acabaría subiendo de nuevo al coche y pidiéndole que me llevara con él.

Al entrar en casa me pregunté de nuevo por qué no había llegado Xander a mi vida antes de meterme de lleno en un mundo que no conocía.

Capítulo 27



Martes, y tras un lunes de lo más frenético en las oficinas puesto que Gina firmó la compra del edificio de Seattle y estuvimos buscando empresas por allí que hicieran las reformas que ella quería en poco tiempo, esperaba que el día de hoy fuera un poco más tranquilo.

Me preparé el primer café de la mañana y unas tostadas, y salí a desayunar a mi terraza disfrutando del despertar de la ciudad.

El bullicio de la gente que iba o volvía del trabajo, las sirenas de la policía, de las ambulancias, eso era con lo que los neoyorquinos despertábamos casi a diario.

Entré en el correo de la empresa, revisé algunas de las propuestas que nos habían enviado las empresas que podían hacer las reformas del edificio, y descarté a tres porque el presupuesto era excesivo y tardaban de uno a dos meses más de lo que Gina les pedía en acabar los trabajos.

Iba a dejar el móvil en la mesa cuando me saltó una noticia de la prensa que me dejó en shock.

Zack había sufrido un accidente de coche la tarde anterior, y según el parte médico estaba aún en la UCI, pero decían que se encontraba fuera de peligro.

De no haber sido porque nos vimos sin antifaz unas noches antes, no lo habría reconocido.

Recogí la mesa y me vestí para ir al trabajo, teníamos una reunión a primera hora con unos clientes y tenía que organizar la sala y preparar las copias de los contratos y las condiciones.

Llegué a las oficinas, saludé a todos los que me iba cruzando, y dejé todo listo para cuando llegaran los clientes.

Estaba leyendo más noticias acerca del accidente de Zack, cuando Gina llegó buscándome en mi despacho.

—Buenos días, cielo. ¿Tienes todo listo para la reunión? —preguntó mientras se sentaba en una de las sillas frente a mi escritorio.

—Sí, está todo preparado. Gina, ¿podría salir antes?

—Claro, ¿alguna urgencia?

—Zack, el banquero con el que estuve en la fiesta.

—Ajá.

—Al parecer ayer tuvo un accidente, y quería ir a verlo al hospital, si me dejan entrar, claro.

—¿Y cómo sabes que es él?

Suspiré y la puse al día de todo lo relacionado con el rubio de ojos verdes que conocí la noche que nos llevó a esa fiesta.

Se sorprendió al saber que nos habíamos visto en dos ocasiones fuera de ese entorno en el que él y ella se movían, y la noté incluso un poco preocupada.

—Zoe, no te estarás enamorando de ese hombre, ¿verdad?

—No, no, es solo... A ver, que entre nosotros hay química es innegable, pero de momento, a día de hoy, no me estoy enamorando de él.

—Puedes salir antes, pero prométeme que vas a tener cuidado con todo lo que rodea el mundo en el que Alice estaba metida.

—Lo tendré, pero sabes que quiero averiguar qué ocurrió.

—¿Encontrasteis algo en los nombres que os di?

—Nada, al menos que tuviera relación con ella. Ninguno de ellos parecía ser el hombre con el que mantenía esa relación de amor y sexo secreta para el mundo.

—Puedo intentar averiguar algo, pronto habrá una fiesta y si quieres, puedo preguntar.

—Gracias, Gina, pero no quiero que te metas en algún lío por mi culpa. La policía y el FBI están con el caso, así que dejaremos que ellos sigan investigando.

—Vale. Bueno, ¿vamos a la sala? No tardarán en llegar los clientes.

—Sí, vamos.

Recogí mis cosas, salimos del despacho y fuimos a la sala de reuniones donde comprobó una vez más todos los números que habíamos estado haciendo para los clientes que estaban interesados en comprar un edificio de apartamentos en Manhattan.

Cuando llegaron, pasamos la siguiente hora y media hablando con ellos hasta alcanzar un acuerdo, finalmente decidieron comprarlo y le pidieron a Gina formalizar el contrato a finales de

esa semana o principios de la siguiente.

Acabada la reunión y con el permiso de mi jefa, me marché a toda prisa y cogí el coche para llegar hasta el hospital en el que estaba Zack.

Pregunté en el mostrador de información por él, y al no ser familiar, no podían darme ninguna información, hasta que mentí diciendo que era su secretaria y quería saber cómo estaba.

Debí darle mucha lástima a la enfermera que me atendió porque me llevó hasta la zona de la UCI en la que seguía ingresado y de la que, según me dijo, con un poco de suerte saldría al día siguiente para subir a una habitación.

Cuando lo vi tenía los ojos cerrados, estaba lleno de vendajes, tenía un moratón bastante feo en el pómulo izquierdo con un pequeño corte, y una pierna escayolada.

—¿Está en coma? —pregunté preocupada en un susurro, y la enfermera negó con una leve sonrisa.

—No, pero está bastante sedado. Puedes hablarle, seguro que te escucha. Y recuerda, tienes cinco minutos —me advirtió mientras me señalaba con el dedo antes de irse.

Me acerqué a la cama donde Zack descansaba con un montón de cables y máquinas alrededor, le cogí la mano y noté que me daba un leve apretón antes de abrir los ojos.

—Zoe —murmuró.

—Hola —sonreí—. ¿Qué te ha pasado?

—Ya ves, que al parecer mi cuerpo me pedía un descanso —respondió y cuando fue a reírse, empezó a toser.

—Oye, oye, tranquilo —le dije acariciándole el pelo—. No hagas que me echen de aquí antes de los cinco minutos que me ha concedido tu carcelera.

—Dios, me duele todo. Es como si me hubiera arrollado un tren.

—Eso como mínimo. ¿Qué pasó?

—Perdí el control del coche —se encogió de hombros—. Estaba yendo a casa, me entró una llamada, el móvil no se había conectado al bluetooth, respondí, un coche me adelantó sin previo aviso, di un volantazo y perdí el control. Acabé dando algunas vueltas de campana. Estoy vivo porque mi ángel de la guarda hizo un buen trabajo, según dijeron los de la ambulancia.

—Y tanto, otro posiblemente no estaría contándomelo en este momento.

—¿Cómo te has enterado? Vinieron mis padres y porque les avisó la policía ayer.

—Eres noticia, señor banquero —sonreí—. He venido en cuanto he podido, y la enfermera me ha dejado pasar porque le he dicho que soy tu secretaria.

—Ya quisiera yo que lo fueras —sonrió—. Aunque me parece que íbamos a trabajar poco.

—Si fueras mi jefe, te aseguro que nunca nos habríamos acostado. No me gusta mezclar trabajo con placer.

—Eso es discutible.

—No para mí —escuchamos un carraspeo en el pasillo y al mirar, vi a la enfermera paseando por allí—. Mis cinco minutos han terminado.

—Vaya por Dios, menudo vis a vis más penoso. Ni un beso me has dado —chascó la lengua.

—Se supone que soy tu secretaria, no puedo darte un beso.

—Uno rápido, que no está mirando —murmuró, y acabé sonriendo, ese hombre tenía un sentido del humor de lo más peculiar.

Me incliné y lo besé en la frente, cosa que hizo que Zack frunciera el ceño.

—Cuando salgas de aquí, tenemos que hablar —le dije.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que será una conversación de despedida. ¿Me equivoco?

—Recupérate, y hablaremos.

—Mañana quieren subirme a una habitación, ven a verme, ¿de acuerdo?

—Si puedo, vendré —de nuevo escuchamos un carraspeo y ambos sonreímos.

—Vete, antes de que llame a seguridad y haga que te saquen.

—Cuídate, Zack, y espero que mejores pronto.

—Gracias preciosa.

Salí de allí, la enfermera me miró en modo de reprimenda y me limité a sonreír.

Cuando llegué al coche empezó a sonar mi móvil y vi que era una llamada de mi tío Lewis, al responder, me pidió que fuera a comisaría y le dije que estaría allí enseguida, pues estaba a solo unos minutos.

Capítulo 28



Cuando entré en comisaría, Dean, sonrió mientras me entregaba la identificación de visitante.

Fui hacia el despacho de mi tío, llamé a la puerta y allí estaban él y Clare, esperándome.

—Hola —sonreí—. ¿Para qué querías verme, tío?

—Tenemos novedades sobre el hombre que llevó a Alice a casa.

—¿En serio?

—Sí, enseguida vendrán los agentes del FBI para ponerte al tanto.

Asentí, me senté en la silla y mientras esperábamos, les dije lo del accidente de Zack, ambos se miraron y cuando fui a preguntar qué ocurría, no pude puesto que llamaron a la puerta. Cuando mi tío dio paso vimos a los tres agentes entrando.

Xander sonrió levemente al verme, se sentó en la silla que había a mi lado, y Brenda y Ethan, se colocaron en las otras.

—Mi tío dice que tenéis algo sobre el hombre que llevó a Alice a su casa —dije, y Xander asintió.

—En las imágenes no se apreciaba muy bien, pero al limpiarlas todo lo que pudieron los técnicos, tratando de ver mejor su rostro, vimos un tatuaje —contestó.

—Se trata de una pequeña parte de un tribal —dijo Brenda—. Ya habíamos visto eso antes.

—¿La chica de hace seis meses? —le pregunté a Xander, y negó, por lo que fruncí el ceño sin entender nada.

—Ese tatuaje pertenece a una banda, organización más bien, vinculada con la trata de personas —contestó Ethan.

No sabía qué esperaba escuchar sobre el hombre que había sido captado por las cámaras llevando a mi mejor amiga a su casa, pero aquello, no.

Trata de personas, organizaciones y mafias que obligaban a mujeres y chicas jóvenes a ofrecer su cuerpo como si no fueran más que meros objetos.

¿Qué pintaba Alice en aquello?

—No entiendo, ¿qué estáis queriendo decirme?

—Cariño —miré a mi prima cuando me cogió la mano—. No queremos decir nada sobre Alice, solo que ese hombre trabajaba para alguien que trataba con mujeres, que las prostituía.

—¿En esas fiestas? No puede ser, tú estuviste conmigo en aquella, y ninguna de esas mujeres parecía estar allí obligada o bajo coacción.

—No, esas que vimos no, pero, ¿y si había más que no podíamos ver en aquel salón?

—Me estoy mareando —dije al notar que me daba vueltas el despacho, y me llevé ambas manos a las sienes—. Espero que no se le ocurra a nadie de este despacho insinuar que mi mejor amiga sabía lo que pasaba en esos sitios.

—Nadie insinúa nada, pequeña —me dijo Xander—. Hay miles de posibilidades sobre Alice, pero ninguna de ellas conlleva que supiera lo que pasaba en esas fiestas o que ella estuviera allí obligada.

—Vale, pero si el hombre que la llevó forma parte de esa organización, ¿quiere decir que el hombre con el que se veía Alice podría ser su jefe?

—Sí —respondieron todos al unísono.

—Esto es de locos —volví a frotarme las sienes.

—Hemos puesto una orden de búsqueda, al limpiar las imágenes vimos un poco mejor su rostro y el reconocimiento facial ayudó a identificarlo —dijo Brenda.

—En cuanto lo encuentren será detenido para que lo interroguemos —añadió Ethan.

—Yo tengo algo más —miré a Clare—. En la fiesta muchos hablaban de uno de los asistentes. Al parecer a todas las que había ido, lo hizo acompañado de una chica, pero ese día fue solo. Oí su nombre casi por casualidad, aunque no es el nombre, sino el apellido, en realidad.

—¿Crees que se referían a Alice? —pregunté.

—Podría ser, pero aún estoy juntando piezas del puzle.

—¿Y cuándo crees que tendrás todas las piezas?

—Espero que pronto.

—Vale, pues cuando las tengas, quiero que me lo cuentes.

—Hay algo más, cariño —dijo con un suspiro.

—¿Qué?

—No vas a volver a ver al banquero —contestó Xander.

—¿Y eso a cuento de qué, agente Wells? —Arqueé la ceja.

—El hombre del que hablaban —dijo mi prima—, es un empresario bastante importante con contactos poderosos. Es persona de confianza de los anfitriones de las fiestas.

—No es Zack, eso te lo aseguro —la corté.

—No, no es Zack, cariño, pero le conoce. Es uno de los clientes más importantes de su banco.

—¿Y? Eso no significa nada. Zack tendrá millones de clientes con empresas de las más importantes de la ciudad, del país incluso.

—Hija, dime que no te has enamorado de ese hombre —me pidió mi tío.

—¿Qué os ha dado a todos con eso? No siento nada por él, solo ha sido sexo —contesté, y no me pasó desapercibido el modo en el que Xander cerró las manos con fuerza hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Estamos investigando al banquero —dijo Xander, con un tono de lo más serio—. Cualquier cosa que sea susceptible de ser relevante para el caso, será examinada con lupa. Cualquier persona a la que se vea con él, podría considerarse sospechosa.

—Ayer por la tarde tuvo un accidente y está en la UCI, he ido a verlo. Por si quieres anotar eso en algún informe y que no me consideren sospechosa de nada. Salvo de acostarme con ese hombre para tratar de conseguir información acerca de la muerte de mi mejor amiga. Y, mira tú por dónde, el que yo haya sido cercana al banquero, al final ha sido beneficioso para el FBI, porque ahora lo tenéis en la lista de posibles sospechosos de lo que sea que queráis culparle —dije poniéndome en pie y fui hacia la puerta.

—Zoe, espera —me pidió Clare.

—Si no hay nada más que queráis decirme, o de lo que queráis tildarme de sospechosa, me voy a casa, necesito meterme bajo las sábanas y olvidarme del mundo unas horas.

Salí del despacho de mi tío, dando un portazo que me sentó de lujo en ese momento, a pesar de que ni mi tío, ni mi prima, ni mucho menos la maldita puerta, tuvieran culpa de que Xander, en ocasiones, me sacaba de quicio.

—¡Zoe, por Dios! ¿Puedes parar? —gritó Clare a mi espalda cuando ya estaba en la calle— La madre que te parió, cómo corres con los tacones.

—Si te manda Xander, puedes decirle que se vaya a la mierda. No necesito que nadie me diga qué hacer o no. Y para su información, que se lo puedes contar cuando subas, le he dicho a Zack que cuando esté recuperado tenemos que hablar. Voy a decirle que se acabó, que no puedo seguir viéndolo, ni en esas fiestas ni fuera de ellas, porque no quiero pasarme los próximos meses o años como Alice, viviendo una aventura sexual a escondidas. Yo no quiero eso, y tampoco quiero acabar como ella, sin vida y con algún maldito hijo de puta haciendo pasar mi asesinato por un suicidio. Yo quiero una familia, Clare, un marido que me sorprenda con una cena romántica, con un picnic en Central Park, que quiera hijos, al igual que yo, y que esté deseando llegar a casa después de un largo día de trabajo, jugar con ellos, ayudarme a darles de cenar, acostarlos, y disfrutar de una copa de vino sentados en el sofá de nuestra casa mientras nos rodea el silencio.

—Y me da que sabes a quién ves en el papel de padre amoroso, ¿verdad? —dijo con una sonrisa.

—Me voy a casa, estoy agotada —contesté después de resoplar, porque mi prima conseguía sacarme de mis casillas tanto como cierto agente del FBI.

—Zoe, solo quiero que sepas que nadie ahí arriba ha pensado nada malo de Alice, y mucho menos de ti. Vamos a seguir investigando, y lo único que te aconsejamos es que no te relaciones mucho con el banquero, que igual no está tan limpio como parece.

—Lo tendré en cuenta. Adiós.

—Ve con cuidado, te quiero.

—Y yo a ti.

Subí al coche, lo puse en marcha y me fui a casa, necesitaba ocultarme, alejarme del mundo, desconectar y no pensar en nada ni en nadie. Y mucho menos en cierto hombre de ojos azules como el océano.

Capítulo 29



Había sido una mañana de miércoles relativamente tranquila, y decía relativamente porque Sofía se encontraba indispuesta, se había quedado en casa y yo hice su trabajo y el mío.

No me quejaba, siempre nos cubríamos la una a la otra, solo que el tener que atender dos teléfonos, fue un poco caótico.

Mike me dijo que Sofía no se encontraba bien cuando despertó esa mañana, al parecer la pareja de tortolitos pasaron la noche juntos en el apartamento de ella, y allí la dejó con lo que muy probablemente era el principio de un resfriado o un leve virus estomacal.

Cuando terminé la jornada salí del edificio lista para ir a ver a mi madre, íbamos a comer juntas antes de su viaje, tal como acordamos, y ya debía estar esperándome en el restaurante cerca de su casa.

Cogí el coche y tras ponerlo en marcha empecé a escuchar el principio de la melodía de una canción que les gustaba mucho a mis padres, era de esas antiguas y románticas, y recordaba haber escuchado a mi padre cantarla alguna vez mientras bailaba con mi madre.

—*I want to love you longer...* —canté junto a Brian Adams y sonreí.

Hice el trayecto hasta el restaurante cantando, pensando en mi padre y en esas veces que me habría gustado tenerlo cerca.

Aparqué a unos pocos metros de la puerta, y cuando entré, allí estaba mi madre, sentada junto al ventanal mirando hacia la calle.

Sonreía, y cuando me fijé en lo que observaba, yo también sonreí.

Había una pareja de ancianos caminando por la acera, cogidos de la mano y riéndose por algo.

Sin necesidad de preguntarle, sabía que podía verse a ella y a mi padre, en esa pareja.

—Hola, mamá —saludé cuando llegué a la mesa.

—Hola, cariño —sonrió mientras me inclinaba para darle un beso en la mejilla.

—¿Llevas mucho esperando?

—No, acabo de llegar hace unos minutos. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien, un poco locura porque Sofía estaba indispuesta y se quedó en casa, pero bien. Oh, y el apartamento de Alice, la próxima semana estará vendido —sonreí.

—Eso es una buena noticia, cariño.

—Sí, aunque me da pena. Allí tenemos muchos recuerdos.

—Lo sé, mi niña —sonrió—. Yo no vendí la casa cuando murió tu padre, no podía deshacerme de ella por eso, por los recuerdos que las dos tenemos allí con él.

El camarero se acercó para tomarnos nota, pedimos vino blanco, unos entrantes para compartir y una carne asada que tenía muy buena pinta cuando vimos a una de las camareras llevarla a la mesa de al lado.

Y mientras comíamos hablamos sobre el viaje, me dijo que había hecho una lista con los lugares que quería visitar, incluso comentó que los del hotel le habían enviado un email para ofrecerle algunas visitas guiadas y aceptó contratarlas.

—Entonces, ¿me puedes llevar el viernes al aeropuerto? —preguntó cuando pedimos el postre.

—Claro, yo te llevo.

—Tengo que estar allí a las siete y media de la mañana...

—¿Y? No hay problema, mañana me quedo a dormir en casa y así salimos con tiempo.

—Pues no había pensado en eso —sonrió.

—Ya lo veo, ya.

Nos trajeron el tiramisú de fresa que habíamos pedido y que estaba buenísimo, y después el café, ese que hizo que la sobremesa se alargara mientras veíamos esa lista que ella había hecho de lo que visitaría durante su viaje, y de los lugares a los que iría con los guías del hotel.

La verdad es que aquel viaje era uno de esos sueños que tenía pendientes de poder hacer realidad desde hacía mucho tiempo, tanto, que a La Toscana siempre quiso ir con mi padre y decían que ese sería el primer viaje que harían cuando él se jubilara, y al dejarnos antes de tiempo, ese sueño mi madre lo hizo a un lado hasta ahora.

No me lo había dicho, pero yo sabía por qué era ahora y no antes, o después, cuando se había planteado hacer el viaje que siempre quiso compartir con mi padre.

En unas semanas se cumpliría otro año desde que empezaron a salir como pareja, y para ella esa fecha siempre era especial. Le gustaba preparar el plato favorito de mi padre, aunque fuera para ella sola, sentarse en el jardín a solas y tomar una copa de vino como solían hacer ellos esa noche de celebración.

Tras el último café nos despedimos donde ella había aparcado el coche y quedé en ir a su casa para la cena al día siguiente. Le puse un mensaje a mi prima para ver cómo tenía la tarde, y me dijo que tenía un buen montón de papeles en su mesa del que no podía despegarse. Acabamos quedando en que nos veríamos para comer al día siguiente, en la cafetería cerca de la comisaría.

Cogí el coche y me fui al centro comercial que tenía a un par de manzanas de mi casa, me apetecía ir echando un vistazo a las nuevas colecciones de las tiendas de ropa, y tomarme un café en la terraza de mi cafetería favorita.

En eso estaba cuando me llegó un mensaje de Zack que me sacó una sonrisa.

Zack: *Noticias de última hora sobre el estado del banquero más atractivo de la ciudad. Ha abandonado la UCI definitivamente y está acomodado en una habitación. Espera la pronta visita de cierta asistente a la que ansía ver.*

Desde luego tenía un gran sentido del humor, y ni siquiera un accidente que podría haberle costado la vida se lo había quitado.

Zoe: *Me alegro de que estés en una habitación y fuera de peligro, eso es buena señal, pronto estarás en tu casa. ¿Cómo te sientes?*

Zack: *Bastante mejor, pero es un incordio caminar con muletas y una pierna escayolada. Los médicos dicen que será hasta que me acostumbre, y que tendré que hacerlo pues llevaré la pierna así algunos meses. Al parecer la tenía bastante mal y tuvieron que operarme, tengo algunos clavos para soldar y demás.*

Zoe: *Bueno, pues en estos casos poco se puede decir, salvo que tengas paciencia. Y que hagas caso a los médicos en todo lo que te digan.*

Zack: *Acabas de hablar como mi madre. ¿Te veré por aquí, preciosa?*

Suspiré y tardé en responder, aunque acabé diciéndole que sí, que pasaría a verlo cuando tuviera un hueco.

Guardé el móvil en el bolso y seguí disfrutando de mi café con aquellas vistas de la ciudad.

Y pensé en Xander, en ese hombre que con un simple beso había conseguido trastocar mi mundo por completo.

Sabía que con Zack tenía química, había una atracción muy fuerte y el sexo era increíble, pero solo eso.

Con Xander, en cambio, sentía una conexión más real, más íntima.

No había sabido nada de él desde el día anterior cuando nos vimos en comisaría, y la verdad que tampoco nos habíamos hablado con calma y como dos personas adultas.

Para él, como expolicía y agente federal era incomprensible que yo, una simple civil, anduviera haciendo de detective y arriesgando mi seguridad de ese modo.

Para mí, que había perdido a mi mejor amiga y quería respuestas al respecto, cualquier cosa que pudiera hacer para llegar hasta ellas era tan válida como cualquier interrogatorio que mi tío o el propio Xander llevaran a cabo.

En cuanto me acabé el café bajé al aparcamiento para coger el coche y volver a casa, llegados a ese punto me apetecía darme una ducha, ponerme el pijama, sentarme a comer pizza y ver alguna película antes de irme a dormir. Pequeños placeres de la vida que me gustaba disfrutar cuando tenía ocasión.

Capítulo 30



Llegué a la cafetería donde me esperaba Clare cinco minutos antes, como siempre, pero eso era algo que nos diferenciaba a una de la otra.

Yo era puntual, o más bien de llegar antes, y ella siempre llegaba pasada la hora a la que habíamos quedado.

Pedí vino y eché un vistazo al menú que tenían ese día, se me hizo la boca agua con esos platos y no veía la hora de hincarles el diente a los que iba a pedir.

No había comido nada desde la noche anterior, me tomé un café rápido antes de salir de casa y había tenido una mañana tan frenética de trabajo, yendo de un lado para el otro, que ni tiempo me dio a probar bocado.

—Ya estoy aquí —dijo Clare, y sonrió cuando la miré.

—¿Llevas el reloj atrasado, prima? —Arqué la ceja.

—No, lo llevo bien de hora. Pero tenía algunas cosas que comprobar antes de venir a verte —contestó mientras se sentaba.

Se acercó la camarera para tomarnos nota y después de pedir y que nos trajeran la bebida y los primeros platos, al volver a quedarnos solas, le pregunté si había alguna novedad sobre Alice.

—Tengo algo sobre el empresario que comentamos ayer —dijo cogiendo su vaso de agua—. En la libreta que le diste a Brenda, había un lugar al que solía ir Alice, y fue allí donde lo conocí. Es un bar de copas, él es el dueño.

—¿Y fue hace dos años?

—Un par de meses más, pero sí. En ese tiempo se conocieron y después empezaron a verse más.

—¿Está casado?

—No, no está casado. Aunque tuvo una relación con una chica durante un año y medio, que acabó seis meses antes de conocer a Alice.

—Sé que Zack tiene que haber conocido a Alice. Si ya le hemos descartado a él como el hombre con el que estaba viéndose, podemos indagar.

—Zoe, en serio, no eres detective. ¿Y qué pasa si es peligroso?

—¿Tú crees que Zack me haría daño? Lee sus mensajes, maldita sea —le di el móvil, suspiró y comenzó a leer los mensajes—. Mira, no te voy a decir que se ha enamorado de mí, porque eso mejor que no haya pasado, pero sé que al menos me tiene en estima, me aprecia.

—Hombre, has follado con él tres veces y como a él le gusta, como para que encima no te aprecie —volteó los ojos mientras me devolvía el móvil.

—Clare, lo que digo es que, si conoce a ese hombre, tal vez sepa algo de Alice. Si lo que escuchaste en la fiesta es cierto, iba con ella a todas, y Zack tuvo que verla.

—Eso lo sé, Zoe, pero ya escuchaste quién es el tipo que llevó a Alice a su casa y le metió medio bote de pastillas a la fuerza por la garganta después de muerta. Prima, si descubrieran que parte de tu familia es policía, y que te relacionas con el FBI, quién sabe lo que podrían hacerte.

—Bueno, podemos correr ese riesgo.

—¿Qué dices? No estoy dispuesta a perderte, no voy a perderte. Eres más que mi prima y lo sabes, somos como hermanas, Zoe.

—Clare, no me va a pasar nada, en serio.

—Pero, ¿y si te pasa? ¿Y si acabas siendo una víctima más de esa organización de trata de mujeres? Ya escuchaste lo que dijeron, no todas las mujeres que van a esas fiestas lo hacen consintiendo estar allí, Zoe. Hay un mundo oculto que nosotras no vimos.

—Tal vez Gina sepa algo —dije, pensando entonces en mi jefa.

—Mira, esa línea de investigación me gusta más. Llámala a ver si puede venir a tomar café.

Llamé a mi jefa, le pregunté si podía venir para hablar con ella y dijo que sí, que en cuanto acabara la comida con los clientes que iban a comprar el apartamento de Alice, se pasaba a tomar café con nosotras.

—Bueno, y cambiando de tema... ¿Qué tal con el agente Wells? —preguntó, mientras se llevaba un bocado de carne con salsa a la boca.

—Ya lo viste ayer, como el ratón y el gato —me encogí de hombros.

—Bueno, ya sabes lo que dicen... Los que se pelean se desean —sonrió haciéndome un guiño—.

Y te digo algo, os gustáis, eso es evidente.

—¿Qué hay de ti y Brenda? —cambié de tema.

—Nos llevamos bien. De hecho, este sábado había pensado que podíamos hacer una de nuestras tardes noches de chicas, ya sabes. Pizza, peli, helado...

—¿Las tres?

—Claro.

—Me apunto, pero venís a mi casa.

—Vale.

Terminamos de comer y pedimos café mientras esperábamos que llegara mi jefa, esa que apareció de lo más sonriente apenas unos minutos después.

Saludó, se sentó y pidió un café que no tardaron en traerle.

—Ya está hecho, la semana que viene firmamos la venta del apartamento —dijo con una sonrisa.

—Gracias por haberlo movido tú, Gina, yo... no habría podido.

—Lo sé, cielo. Y bien, ¿para qué queríais verme? —preguntó dando un sorbo a su café.

—Quería preguntarte si conoces a este hombre —respondí mientras Clare le enseñaba la foto del tipo en cuestión.

—Roy McDowall —dijo al ver la foto—. Es un empresario bastante conocido en la ciudad. Es dueño de algunos bares de copas, y desde hace un año se lanzó al mundo de la inversión. Compra edificios de apartamentos que después alquila. Vino a verme poco antes de comprar su primer edificio, pero hizo una oferta muy por debajo del precio de mercado para el que le interesaba y no la acepté. Sé que trabaja con un par de inmobiliarias. ¿Por qué queréis saber de él? —Frunció el ceño.

—¿Le has visto en las fiestas? —interrogué.

—Zoe, eso es...

—Lo sé, lo sé, atenta contra la primera norma de confidencialidad y bla, bla, bla. Pero necesito saber si has coincidido con él en alguna fiesta.

—Hace algunos años, sí. Pero ya no me fijo en quién va o deja de ir a esos eventos. Simplemente voy allí, me tomo una copa mientras me dejo ver, y si alguien se acerca con interés en pasar un buen rato conmigo, nos retiramos a una habitación y cuando todo acaba, me voy a casa.

—Este es el hombre con el que salía Alice —dije—. Estuvo dos años con él, muchos en esas

fiestas le veían ir con ella, y en la última, a la que fuimos nosotras —señalé a Clare y después a mí—, hablaron sobre ellos.

—Yo no me fijo en los demás, cielo, ya te lo he dicho. Conozco a Zack y porque es uno de los directores de banco al que todo el mundo acude. Incluso Roy McDowall.

—Eso lo sabemos —contestó Clare.

—En ese caso, habla con Zack —dijo mirándome—. Tal vez pueda decirte algo sobre él, si lo vio con Alice.

—Es justo lo que pensaba hacer.

—Y yo te he dicho que no, Zoe. Gina, ¿tú sabías que Roy McDowall se dedica a la trata de mujeres?

—¿Perdón? —Mi jefa frunció el ceño.

—En esas fiestas a las que vas, hay chicas que lo hacen obligadas. Las prostituyen, Gina —dije, y mi jefa me miró con la boca abierta.

—¿Qué estáis diciendo, chicas?

—Muchos irán allí para estar con gente como tú, con clase, de buena posición económica con la que mantener una charla y tener buen sexo —contestó Clare—. Otros van para acostarse con chicas que no saben en qué mundo se han metido, porque hombres como él —señaló la foto del móvil—, engañan a chicas a las que les dicen estar enamorados hasta conseguir que hagan cualquier cosa por él, y acaban siendo juguetes en sus manos.

—No tenía ni idea, os lo prometo.

—Necesitamos saber quién está al tanto de eso —le dijo prima—. Si los anfitriones lo saben, Gina, estamos ante una organización del más alto nivel, dado que hay al menos una jueza implicada.

Mi jefa se quedó mirando la foto y vi que su rostro se tornaba casi pálido. Estaba claro que no podía creerse lo que acabábamos de contarle, pero lo cierto era que la vida de a saber, cuántas chicas, estaría en riesgo en esos momentos.

—No os prometo nada, pero intentaré averiguar algo. Hay un par de personas con las que tengo mucha confianza en esas fiestas, si consigo que me cuenten algo, os lo haré saber.

—Te lo agradezco, porque tal vez mi mejor amiga haya sido una de esas chicas.

Gina asintió y tras tomarse el café se fue. Pagué la cuenta y una vez en la calle, antes de despedirme de mi prima, le dije que iba a ir a ver a Zack.

—No vas a hacerme caso, ¿verdad?

—Tengo que hablar con él, Clare.

—Está bien, pero por favor, ten cuidado —dijo mientras tecleaba algo en su móvil, y escuché que me llegaba un mensaje—. Ahí tienes la foto de Roy McDowall, para que se la enseñes, por si tiene algún episodio de amnesia selectiva. Y llámame cuando estés en casa, o juro que iré a comprobarlo yo misma, así tenga que echar tu puerta abajo.

—Te llamaré, tranquila —sonreí.

—Más te vale, Zoe, más te vale —dijo mientras me señalaba.

Caminé hacia mi coche y en cuanto subí, lo puse en marcha con una dirección clarísima en mi cabeza. El hospital donde estaba Zack.

Capítulo 31



Subí hasta la habitación en la que me habían dicho que estaba Zack, me asomé por la puerta y lo vi en la cama, mirando por la ventana.

—¿Es aquí donde está el banquero más atractivo? —pregunté, y él soltó una carcajada.

—Al fin se digna a venir a verme mi secretaria.

—Chsss. Calla, a ver si va a estar por aquí tu carcelera —sonreí.

—No, ella es de la zona de urgencias, tranquila.

—¿Cómo estás? —Le di un leve apretón en la mano.

—Mejor, pero me tienen con sedantes y calmantes en dosis tan altas, que es como si fuera un rinoceronte. Es lo que tiene el dolor, que hasta que se vaya...

—Imagino. Pero tienes que hacer caso a los médicos, es la única forma de que te recuperes pronto.

—Llevas aquí unos minutos y no me has dado un beso, eso es sospechoso —suspiró—. Has venido a decirme que se acabó lo nuestro, ¿me equivoco?

Sonreí mientras apartaba la mirada, y es que ese hombre, aunque fuera poco, también parecía conocerme.

—No es necesario que respondas, preciosa. Solo dime una cosa: ¿hice algo que no debía?

—No, Zack, no es eso. Es que... —suspiré— Apareció alguien poco después de conocernos y ha trastocado mi vida. Tenemos más cosas en común de las que podría imaginar.

—Entiendo. Es un tipo con suerte, no hay duda. Pero, ¿te hace vibrar como yo? —preguntó con una sonrisa pícara, al tiempo que elevaba ambas cejas.

—Ni siquiera nos hemos acostado —sonreí.

—Vaya.

—Pero no he venido por eso, Zack, o al menos, no solo por eso —saqué el móvil del bolso y busqué una foto de Alice—. ¿Alguna vez has visto a esta chica?

—Sí. ¿Por qué quieres saberlo?

—Era mi mejor amiga, Zack, y murió unas semanas antes de conocerte.

—Tenemos un cliente en el banco y ella vino alguna vez con él. De hecho, esa chica tiene una caja de seguridad allí, pero no sabía que había muerto. A él, llevo un tiempo sin verlo por el banco.

—¿Es este hombre? —Le enseñé la foto de Roy McDowall.

—Sí, es él —frunció el ceño—. Zoe, ¿qué está pasando?

—La última vez que vi a mi mejor amiga, iba a asistir a una de esas fiestas a las que solía ir con su amante misterioso, pues nunca me dijo quién era, lo llevaban todo muy en secreto. Solo tres días después la encontré muerta en su casa, todo apuntaba a que se había suicidado, pero no fue así. Algo debió de ocurrir en aquella fiesta, algo que hizo que ella muriera.

En ese momento recordé que había visto una llave en el llavero donde Alice tenía todas las de su apartamento, pero que no abría ninguna puerta, tampoco alguno de los cajones que había allí. Saqué mis llaves del bolso y tras encontrarla, se la enseñé a Zack.

—¿Sabes de qué puede ser esta llave?

—Sí, es sin duda de la caja de seguridad que ella tiene, tenía en el banco.

—Tiene, porque si tú no sabías que había muerto, nadie allí lo sabe —dije—. Necesito que me consigas acceso a la caja, sin preguntas por parte de tus empleados, sin impedimentos, nada. Tengo que ver lo que Alice guardaba allí, debía ser muy importante como para no tenerlo en su apartamento ni dármelo a mí.

—Deja que haga algunas llamadas.

Zack cogió su móvil de la mesita y tras un par de llamadas, me dijo que no había problema, que podía acceder a la caja al día siguiente por la mañana.

—Solo tienes que preguntar por Gladys, es mi secretaria. Ella te llevará a la caja.

—Vale.

—Zoe, ¿tienes la menor idea de quién es él? —me preguntó, refiriéndose a Roy McDowall.

—Sí —contesté, y asintió—. Como te dije, mi tío aún es policía, y mi prima también. Están investigando el caso y me han hablado de él.

—Zoe, siéntate, por favor —me pidió.

—Qué serio te has puesto —dijo mientras me sentaba en la silla junto a su cama.

—Conocí a una chica hace tiempo en una de esas fiestas —comenzó a decir—. La primera vez que la vi no me pareció que estuviera allí por elección propia, pero no se negó a hacer lo que hicimos. Poco después me enteré de que era una chica a la que, si no había sido Roy, debió ser uno de sus amigos o sus hombres de seguridad, engañó y la hizo creer que se había enamorado de ella hasta llevarla allí y que estuviera con otros hombres. Por desgracia es algo que sé que ocurre, por eso ya apenas voy a esas fiestas y si voy, solo tomo una copa y me marcho enseguida.

—Pero estuviste aquella noche —fruncí el ceño.

—Llevé a alguien que quería entrar allí, y entonces te vi. Se notaba que no eras de ese mundo y pensé, ¿y si es una de esas chicas a las que traen engañadas? Te viniste conmigo, aceptaste sin más y eso me hacía seguir pensando que eras como aquella chica. Esa noche te habría sacado de allí para llevarte tan lejos como pudiera, pero entonces reconocí a tu jefa, es una de las mujeres más encantadoras que conozco, y sé que ella no estaría metida en algo así. Después aceptaste verme fuera, y accediste a cenar sin antifaces, me contaste lo de tu familia policía, y eso me llevó a preguntarme qué hacías en aquella fiesta. Ahora lo entiendo.

—Solo quiero saber qué le pasó a mi mejor amiga.

—La anfitriona de aquella noche no tiene ni idea de lo que ocurre en las fiestas de otros anfitriones, lo que puedo decirte es que, de todos ellos, son cuatro los que forman parte de la organización de Roy McDowall.

—No voy a pedirte nombres, porque sé que no me los darás.

—No puedo, no sin que eso me implique a mí. Tuve que haber dicho algo al respecto y no lo hice, simplemente me desvinculé de todo.

—¿Sabías que encontraron a una chica en su casa hace seis meses? Igual que ahora a mi amiga.

—No, ya te digo que me desvinculé de todo. Esa noche tú y yo, nos conocimos por casualidad.

—Hay algo que siempre solía decir mi padre, y es que, nada es del todo por casualidad. Si nos conocimos fue porque en algo ibas a poder ayudarme, y hoy lo has hecho, aunque sea un poco.

—Prométeme que vas a tener cuidado, Zoe —me pidió cogiéndome la mano—. Sé que lo nuestro solo ha sido sexo, pero me importas.

—Tranquilo, que lo tendré. Y gracias, por lo de la caja de seguridad.

—No es nada, preciosa —sonrió.

—Te dejo descansar, necesitas recuperarte pronto —me incliné y le di un beso en la mejilla antes de alejarme.

—Tiene suerte —dijo antes de que abriera la puerta para salir y me giré a mirarlo—. El hombre del que te has enamorado, tiene mucha suerte.

—No me he enamorado de él —fruncí el ceño.

—Lo has hecho, tal vez no lo veas todavía y no seas consciente de ello, pero lo has hecho —sonrió—. No hay más que ver el brillo en tus ojos cuando hablas de él.

No respondí, me limité a salir de la habitación pensando qué sería tan importante para Alice, como para guardarlo en la caja de seguridad de un banco.

Subí al coche y fui a casa de mi madre, tal como le dije el día anterior, me quedaría a dormir con ella y así llevarla al aeropuerto para que cogiera el avión que la llevaría al viaje de su vida.

Capítulo 32



Llegamos al aeropuerto con tiempo suficiente para tomarnos un café antes de que mi madre pasara todos los controles, y allí estábamos las dos sentadas en una de las cafeterías.

—¿Seguro que llevas todo? —pregunté de nuevo.

—Sí, hija, lo llevo todo.

—Me siento como si yo fuera la madre —sonreí.

—Desde luego lo pareces, vamos —volteó los ojos—. Si no me has preguntado veinte veces desde anoche lo mismo, no me lo has preguntado ninguna.

—Es que es la primera vez que te vas de viaje, mamá.

—No, hija, la primera no, que ya me fui de luna de miel y de viaje de aniversario con tu padre.

—Me refiero a desde que falta papá.

—Eso sí —suspiró.

—Bueno, pero te lo vas a pasar súper bien, y vas a traer muchas fotos.

—Eso si me aclaro con el palo selfi, ese que me compró tu tía.

—Ya verás que sí, que anoche lo manejabas muy bien.

—Tú cuídate, ¿vale, mi niña? Que, aunque os penséis que la tía y yo somos tontas, no lo somos. Sabemos que tu prima Clare y tú, os traéis algo entre manos con el tío Lewis.

—No estamos tramando nada, mamá, así que, tranquila.

—Ay, cariño, que no me tendría que ir dejándote así.

—¿Así cómo? Estoy bien —sonreí y le di un beso—. Y me voy ya que tienes que pasar los

controles y llegar a la puerta de embarque. Que capaz eres de perder el vuelo solo por quedarte aquí.

—Prométeme que vas a cuidarte, ¿sí?

—Que sí, mamá, que yo me cuido —le di un abrazo—. Tú, disfruta del viaje. Y quién sabe, mira que si te enamoras allí de un italiano.

—¿Qué? Lo que me faltaba, un nuevo amor a mis años —volteó los ojos.

—Ni que tuvieras cien años, por Dios, mamá. Ya sabes lo que dicen: para el amor no hay edad. Me voy. Te quiero.

—Y yo a ti. Te escribo cuando aterrice, tú ya me contestas cuando puedas.

—Vale. Que tengas un buen viaje.

Salí del aeropuerto y fui directa al banco de Zack, estaba impaciente por saber qué guardaba Alice en aquella caja con tanto recelo.

Cuando llegué pregunté por Gladys, la secretaria de Zack, tal como él me había dicho, y me llevó hasta la enorme cámara donde tenían las cajas de seguridad.

Tras sacar la de Alice, me acompañó a una pequeña sala donde podría tener privacidad para ver el contenido.

Al abrirla encontré un montón de carpetas de color marrón y en cada una de ellas, fotos de diferentes chicas y un papel con su nombre, dirección y lugar de trabajo.

Y de todo eso, lo que más me llamó la atención fue que todas tenían algo en común, o mejor dicho, alguien. Roy McDowall.

Todas habían trabajado para él en su bar de copas, o trabajaban en el momento en el que Alice hizo aquellos informes.

No entendía por qué ella tenía todo eso, y con anotaciones de cuánto tiempo hacía que esas chicas habían sido engañadas y las llevaban a esas fiestas donde las usaban como simple mercancía.

Hasta que encontré un sobre con mi nombre y fruncí el ceño, puesto que eso sí que no lo esperaba.

Saqué el papel y empecé a leer.

«Querida Zoe.

Si estás leyendo esto, es que todo ha salido mal, y lo siento, pero confío en que tú y Clare, podáis

hacer algo.

Sé que te preocupas mucho por ese hombre con el que me veo, y lo entiendo, y aunque ahora ya no sirva de nada decirte quién es, tienes que saberlo.

No es ningún hombre casado, no tiene hijos y nos enamoramos de verdad a pesar de que los dos dijimos desde un principio que no deberíamos hacerlo.

Todo empezó hace ahora más de dos años, cuando acudió al bufete en busca de un abogado que le llevara el caso de asesinato de su hermana menor, uno de mis jefes se puso con ello, pero por desgracia no había suficientes pruebas que realmente incriminaran a los culpables.

Entablé amistad con él, antes que nada. Me contó lo que ocurrió con su hermana y quise ayudarlo.

Ambos conseguimos entrar en esas fiestas a las que acudía, y ahí fue donde descubrimos que, en algunas de ellas, muchas chicas no estaban por voluntad propia.

A su hermana la engañaron, un hombre le hizo creer que la amaba con locura y todo para acabar como si de un simple objeto de colección se tratase.

Llegamos hasta el principal cabecilla de la organización, hice que se fijara en mí y acabé siendo su chica de confianza, me tuve que acostar con él algunas veces, tal como te conté, y todo para que no sospechara de mí en ningún momento.

Incluso me contrató como su contable para el bar de copas que regenta, en el libro de cuentas que encontrarás con el resto de documentos verás muchas transacciones que nada tienen que ver con el bar.

Sé que Clare y tú, estaréis buscando respuestas de lo que me pasó, y solo puedo decirte que si estás leyendo esta carta es porque nos descubrieron a Stan y a mí. Sí, el gran amor de mi vida se llama Stan, encontrarás su dirección más abajo, por si queréis averiguar qué le pasó a él.

Cariño, has sido la hermana que siempre quise tener y allá donde esté, te prometo que velaré por ti. Lamento no haberte contado nada, pero conociéndote, habrías querido que se lo dijéramos a tu tío y eso no habría hecho más que ponerlos a todos en peligro.

Si hay algo que me duele más que el no haber conseguido llevar a los asesinos de la hermana de Stan a la cárcel, es marcharme y saber que llorarás mi pérdida como si fuera tu hermana. Eso por no hablar de todo lo que voy a perderme a partir de ahora.

Dile a Clare que cuando te cases, te organice una despedida de soltera como si fuera yo misma la que lo hace. A tu madre y tu tía, diles que las quiero como si fueran mi segunda y tercera madre, y que de ellas me quedo con esos abrazos que llenan el alma.

A tu tío Lewis, dile que ya se ha librado de la rebelde de las tres, pero que seguro que algún día tendrá una nieta que será igual de alocada que su tía Alice.

Seguramente ya me habrás enterrado con mis padres, gracias por eso, cariño. Espero que también vendas mi apartamento y con ese dinero, te compres una bonita casa con jardín donde

tus dos hijos corran y jueguen.

Sé feliz, Zoe, y cuando llegue ese hombre que te haga vibrar con solo una caricia, un beso o una simple mirada, ahí es, cariño.

Te quiere, y te querrá siempre, tu amiga Alice»

No me podía creer que, al igual que yo, ella se hubiera metido en ese mundo para descubrir qué le pasó a otra chica, una a la que ni siquiera conocía.

Estaba llorando con tal desconsuelo que sentía como si me faltara el aire y un dolor en el pecho que me oprimía.

Sequé las lágrimas de mis mejillas, busqué el libro de contabilidad que había mencionado y cuando lo encontré, vi que había anotaciones con iniciales, cantidades y un nombre al lado en fechas en las que se había celebrado una fiesta con esos anfitriones que sí sabían que Roy McDowall, captaba chicas para prostituirlas.

Recogí todo, salí del banco, y decidí ir directamente a la comisaría.

Capítulo 33



De camino a la comisaría llamé a Gina para pedirle el resto del día libre y no me puso ningún problema, cosa que agradecí.

Cuando Dean me vio llegar sonrió, me dio la acreditación de visitante y me pidió que esperara allí a mi prima, a quien iba a avisar porque estaba en el archivo y no en el despacho.

Fueron cinco minutos los que permanecí allí sentada, nerviosa, mordiéndome las uñas y con un temblor en la pierna que no se detenía.

—Zoe —miré hacia mi derecha y vi a mi prima acercándose—. Cariño, ¿estás bien? —preguntó preocupada y con el ceño fruncido.

—No, no lo estoy. Ayer vi a Zack, y me contó algunas cosas.

—Vamos al despacho —dijo con un leve gesto de cabeza, y yo la seguí con mi enorme bolso colgado al hombro y bien pegado a mi cuerpo, dado que allí tenía toda la información que habían recabado Alice y Stan, en ese tiempo.

Entramos en el despacho, nos sentamos y le pedí que avisara a su padre y a los tres agentes del FBI que llevaban el caso, pues lo que tenía que contar les concernía a todos ellos.

Mi tío fue el primero en llegar, y apenas unos minutos después lo hicieron Xander, Ethan y Brenda.

—¿De qué quieres hablarnos, Zoe? —preguntó mi tío.

—Ayer estuve en el hospital viendo al banquero —Xander resopló al oírme, pero lo ignoré—. Me dijo que sabía lo de las chicas, que conoció a una hace tiempo y se desvinculó de las fiestas.

—Claro, y por eso estaba en la fiesta a la que Clare y tú fuisteis, qué casualidad —dijo Xander.

—Muchacho, seguro que recuerdas lo que decía mi cuñado Jim, las casualidades no siempre lo son —comentó mi tío—. ¿Qué más te dijo, Zoe?

Suspiré y les conté todo lo que hablé con Zack, que conocía a Alice de verla con Roy McDowall en el banco, lo de su caja de seguridad, y que me había facilitado el acceso a ella.

Saqué todos los documentos de mi bolso y los puse sobre la mesa, incluida la carta que Alice había dejado para mí.

Me levanté y fui hacia la ventana mientras ellos veían todo aquello. Clare leyó la carta en voz alta y volví a llorar, imaginando a mi mejor amiga en su apartamento, escribiendo aquellas letras sabiendo que algún día, sin que ella supiera cuándo sería, acabaría teniendo el final que tuvo.

Me sequé las lágrimas y no tardé en sentir los brazos de mi prima abrazándome, sollocé aún más y me dijo cuánto lo sentía.

—Aquí está la dirección de Stan —dijo mi tío—. Enviaré un par de agentes.

—No será necesario —escuché la voz de Xander—. Stan Anderson fue encontrado muerto en su casa dos días antes que Alice. Ese hombre era un reputado médico, pero no había indicios de que hubiera sido asesinado. Todo apuntó a un paro cardíaco repentino. Recuerdo el caso de su hermana pequeña, los padres quedaron tan devastados que al cabo de unos meses se dejaron morir.

—¿Lo llevasteis vosotros? —preguntó Clare.

—No, lo llevó otro equipo —contestó Ethan.

—Bueno, ahora sabemos que no fue un paro cardíaco normal. Tuvieron que administrarle algo para que eso ocurriera —dijo Brenda.

—Entonces, Alice se relacionó con Roy solo para conseguir información —comentó mi tío.

—Y la consiguió, comisario —dijo Ethan—. Con todo esto hay más que de sobra para empapelar a ese cabrón. Xander —lo llamó y él se acercó a mirar lo que señalaba—. ¿Te suenan estas iniciales?

—Sí.

—¿Qué ocurre? —preguntó mi tío.

—Es por un caso de hace seis meses —respondí—. ¿Está ella en ese libro?

—Sí, está ahí —me dijo Xander.

—Hay una carpeta sobre ella —escuché a Brenda—. Desde luego vuestra amiga hizo un trabajo muy minucioso, aquí hay de todo. Nombres de chicas, de clientes, cantidades, fechas. Incluso los nombres de los anfitriones de las fiestas donde llevaban a esas chicas.

—Hay que revisarlo todo bien, no podemos cometer un solo fallo si queremos llevar a ese cabrón

ante la justicia. Ya se les escapó una vez —dijo mi tío.

Ellos asintieron y yo cogí el bolso, dispuesta a marcharme, pero la voz de Xander, hizo que me detuviera antes siquiera de dar un paso.

—Te has expuesto demasiado, Zoe —me giré para mirarlo—. Fuiste sola a ver al banquero, desoyendo las peticiones de tu prima de que no lo hicieras.

—Ella me dio la foto de Roy.

—No importa si al final cedió, no debiste ir. ¿Y si en vez de ser un hombre más o menos legal, hubiese sido uno de los cómplices de McDowall? No sabes lo que te podría haber hecho.

—No me habría hecho nada, porque está enamorado de mí —mentí, Clare me miró con los ojos muy abiertos y Xander apretó los dientes—. ¿Sabes qué, agente Wells? Vete a la mierda.

Salí del despacho y me fui de la comisaría tan rápido como pude, subí al coche y nada más incorporarme al tráfico para irme a casa y encerrarme allí a llorar por todo lo que había descubierto de mi mejor amiga, empezó a sonar el móvil y lo ignoré, a sabiendas de que podría ser mi prima o incluso el propio Xander.

Solo cuando entré en mi casa y saqué el móvil del bolso vi que la llamada había sido de Zack, así que se la devolví.

—Hola, preciosa, ¿te pillo bien?

—Hola, Zack. Sí, acabo de llegar a casa.

—¿No trabajas?

—He pedido el día libre.

—Oye, quería saber si te habían puesto algún problema en el banco.

—No, no, todo ha ido bien, de verdad.

—¿Encontraste algo en la caja?

—Solo cosas de Alice —mentí, puesto que a pesar de que Zack no parecía ser de los malos, Xander tenía razón en eso de que no podía fiarme de cualquiera.

—Sea lo que sea que encontraras, espero que te sea de utilidad. Por cierto, la policía recibirá de manera anónima algunos nombres. Quería que lo supieras.

—Gracias, Zack.

—No, preciosa, gracias a ti. Has hecho que me dé cuenta de que si hubiera hablado hace tiempo, podría haber salvado muchas vidas. No conocía a tu amiga tan bien como tú, pero, si ellos la

asesinaron, tienen que pagar. Si yo hubiera hablado, ella seguiría viva.

—No es tu culpa, Zack.

—No directamente, pero de algún modo, lo es.

—No pienses más en eso, y preocúpate de recuperarte, ¿de acuerdo?

—Me vendría bien una enfermera personal, ¿qué me dices, preciosa? ¿Te ofreces voluntaria?

—Adiós, Zack —sonreí.

—Eso es que no, vaya por Dios —suspiró—. Cuídate Zoe, y espero que nos veamos pronto.

—Es posible, nunca se sabe. Cuídate.

—Y tú. Adiós.

Colgué y fui a darme una ducha, me puse el pijama y me recosté en el sofá sin ni siquiera comer, no tenía hambre. Lo que había descubierto de Alice me había dejado tan en shock que no tenía ánimo de nada.

Acabé quedándome dormida sin darme cuenta, y desperté horas después, ya casi de noche, cuando me llegó un mensaje de mi prima Clare, preguntándome si quería cancelar lo del día siguiente con ella y Brenda en mi casa.

Zoe: *No, no cancelamos nada. Os espero con palomitas y helado, vosotras traed bebidas. Te quiero, prima.*

Respondió con un montón de emojis de caritas sonrientes, el del gorrito y el matasuegras y un sinfín de copas de cóctel.

No había duda de que mi prima estaba dispuesta a hacerme olvidar todo lo malo la noche siguiente, y yo se lo agradecía en el alma, de verdad.

Capítulo 34



Acababa de terminar de hacer las palomitas cuando llamaron al telefonillo y abrí a sabiendas de que eran mi prima Clare y Brenda.

—Ya huele a sala de cine —escuché la voz de Clare desde la cocina y sonreí.

—Pues sí, las palomitas están listas, los regalices y el helado, también —dije saliendo a recibirlas —. Hola, chicas.

—Nosotras traemos bebidas espirituosas, como dice a veces... —Brenda se quedó callada en cuanto mi prima le dio un codazo en el costado, y yo sonreí.

—Tranquila, Clare, que, si se refiere a Xander, podéis nombrarlo, no es como si fuera Voldemort o Lucifer —sonreí—. Vamos, id al salón que está todo listo para elegir película. Enseguida voy.

Fui a la cocina a dejar las botellas que no íbamos a beber y poner hielo en una cubitera para llevarlo junto con la que sí nos íbamos a tomar.

Pensé en Xander en ese momento y se me dibujó una sonrisa, por muy desquiciante que hubiera sido a veces conmigo, cuando estábamos en la misma sala, ese hombre tenía algo que hacía que no me lo pudiera quitar de la cabeza.

—Aquí está la bebida, mis queridas señoras —dije entrando en el salón, donde encontré a mi prima con el cuenco de palomitas en el regazo.

—¿Siempre es así? —preguntó Brenda, señalando a Clare— Es como Gollum con el anillo. Ni la mano me ha dejado meter.

—Oye, intimidades a mi prima no le cuentes, que ella no nos cuenta las suyas —dijo mi prima, con el ceño fruncido.

—Tampoco es que me apasione saber cómo se lo monta mi jefe, la verdad.

—No me he acostado con él —contesté.

—¿Qué? —Brenda me miró con las cejas elevadas y su cara de sorpresa no tenía precio.

—Pues eso, que no me he acostado con Xander —dije mientras cogía un puñado de palomitas.

—Ahora entiendo por qué él está enfadado todo el día. Está loco por ti, le gustas, quiere meterte de todo menos miedo, y no lo ha hecho porque tú te acuestas con otro.

—Me acostaba con otro.

—¿Ya no vas a ver al banquero? —preguntó Clare— Qué lástima, era monísimo.

—¿Ahora te parece monísimo? Hasta hace dos días bien podría haber sido un asesino que me hiciera cachitos en su casa.

—Yo no dije eso, no exageres —protestó mientras me señalaba.

—Pero ayer dijiste que ese hombre estaba enamorado de ti.

—Mintió —dijo mi prima.

—Pues el jefe se lo creyó, vamos.

—Tu jefe me saca de mis casillas y hace que diga cosas que no debería. Pero, aun así, aun sacándome de quicio como lo hace, ese idiota me gusta —confesé dejándome caer en el sofá, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá con los ojos cerrados.

—Esto es nuevo, mi prima confesando sin haber probado una gota de alcohol.

—Oh, por Dios. Vamos a poner una película —dije cogiendo el mando de la televisión, pero Brenda me lo arrebató.

—¿Qué película ni película? Es más interesante tu historia —dijo mientras cogía un puñado de palomitas del cuento del que mi prima parecía haberse apoderado.

Y durante esa primera hora le conté a Brenda lo que había vivido con Xander esas veces que nos habíamos visto.

Ella sonreía y acabó diciéndome que nunca había visto a su jefe tan interesado en alguien, y que, si de verdad me gustaba, que no dejara que se me escapara.

Acabamos eligiendo una de las sagas de películas favoritas de mi prima y mía, las últimas de James Bond, ese agente que en alguna que otra ocasión nos había recordado a nuestros padres.

Para cenar pedimos un par de pizzas familiares y nos bebimos otra de las botellas de ginebra que habían traído.

Eran cerca de las diez, estábamos comiendo helado y bebiendo ginebra a sabiendas de que al día siguiente tendríamos una resaca de las malas, cuando llamaron al telefonillo.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Clare.

—No —fruncí el ceño.

—Voy a ver quién es —dijo mientras se levantaba.

Brenda y yo nos quedamos allí sentadas en la terraza, contemplando la noche mientras la esperábamos, y tardó en volver, pero no lo hizo sola.

—Prima, tienes visita.

—¿Quién...? —pero me quedé con la pregunta a medias al ver a Xander allí, con las manos en los bolsillos.

—Hola, Zoe. ¿Podemos hablar?

—Yo...

—Sí, sí, podéis jefe —contestó Brenda.

—Sí, nosotras vamos a la habitación a ponernos el pijama —dijo Clare, y ambas entraron al salón para ir a la habitación donde iban a dormir después de decidirlo las tres, pues estábamos bebiendo mucho.

—Traidoras —murmuré cuando pasaron por mi lado.

Xander salió, se acercó a la baranda y observó la ciudad.

—Tienes unas bonitas vistas —dijo.

—Por eso compré este apartamento.

—Quería hablar contigo —se giró y vino hacia el sofá—. ¿Puedo? —señaló pidiendo permiso para sentarse.

—Claro, no te voy a cobrar. ¿Quieres una copa de ginebra? —Levanté la botella.

—No, tengo que conducir de vuelta. Y creo que tú no deberías beber más.

—Estoy en casa, no voy a salir, y de aquí me voy a la cama —me encogí de hombros mientras me servía otra copa—. ¿Qué querías decirme que no podía esperar al lunes?

—No sabía que estaban ellas aquí, de saberlo, no habría venido.

—Di lo que tengas que decirme, Xander.

—Alice hizo un buen trabajo recabando toda esa información. La chica de hace seis meses fue engañada al igual que tantas otras. A todas esas chicas de las fotos, las captaron para llevarlas

expresamente a esas fiestas. Ayer por la tarde tu tío recibió un sobre anónimo con los nombres de los anfitriones que sabían lo que pasaba con esas chicas en sus fiestas, y coincidían con algunos de los que vimos en el libro de contabilidad que Alice tenía de Roy McDowall. No podremos saber qué le pasó a Alice, hasta que alguien hable al respecto, si es que hablan, claro, pero tal vez empezaron a sospechar de ella, la relacionaron con el médico que quería averiguar la verdad sobre la muerte de su hermana, y los silenciaron para siempre. Sí, Alice temía que descubrieran que tenía toda esa documentación, por eso la guardó en la caja de seguridad. Incluso quizás supieran que tenía la información, la buscaron en el apartamento y al no encontrarla estaban tranquilos porque nunca saldría nada a la luz. Pero va a salir.

—¿Vais a llevar a esa gente ante la justicia? —pregunté.

—Sí, el FBI está poniendo en marcha una operación para acabar con esa organización. Sé que aprecias a tu jefa y a Zack, así que puedes avisarles para que estén preparados por si en algún momento los llamasen a declarar. Ten en cuenta que sus nombres saldrán en la investigación.

—Lo haré, gracias Xander —dije mientras me acercaba para darle un abrazo, y suspiré mientras me cobijaba entre sus fuertes brazos—. Creo que necesitaba uno de estos.

—Ya te dije que puedes pedírmelo cuando quieras, pequeña, todos los que tengo son para ti —susurró, y noté sus dedos en mi barbilla. Cuando nos miramos, deseé tanto que me besara...

Y lo hizo, pero en la frente, de un modo tan paternal que me dieron ganas de gritar y pedirle un beso de verdad, de esos que hacían que me estremeciera de pies a cabeza.

—Procura dormir mañana, porque vas a levantarte con una buena resaca.

Se puso en pie y se fue, dejándome allí sentada con esas ganas de que me besara y de salir corriendo tras él. Pero no lo hice, merecía lo que había pasado por ser tan tonta de decir el día anterior que Zack, estaba enamorado de mí.

Suspiré, apoyé la cabeza en el sofá con los ojos cerrados, y escuché a mi prima carraspear.

—¿Se ha ido? —preguntó cuando la miré.

—Sí, volando por la terraza como Superman —volteé los ojos.

—Creí que iba a quedarse.

—Ni siquiera me ha besado, como para decirme que se quedaba.

—Si no hubieras dicho ayer aquello...

—Lo sé, no debí hacerlo. Pero lo hecho, hecho está —suspiré mientras me ponía en pie—. Me voy a la cama. Buenas noches —le di un beso en la mejilla y entré en el salón.

Fui a la cocina a dejar la botella medio vacía y el helado, y me encerré en la habitación,

metiéndome en la cama pensando en que, lo más probable, es que hubiera perdido la oportunidad de estar con Xander por mi enorme bocaza.

Capítulo 35



Había pasado un mes desde que encontré la documentación que Alice había recabado sobre Roy McDowall, su organización y esas chicas a las que engañaban para usarlas como si no fueran más que objetos.

Un mes en el que todo había salido a la luz, incriminando a empresarios, abogados, banqueros y un largo etcétera que fue pasando por la comisaría para declarar.

Algunos de los hombres de McDowall, acabaron haciendo un trato con el FBI y con el fiscal que llevaba el caso, y a cambio de nombres de otros muchos implicados en esa red de trata de personas a lo largo y ancho del país, pues no solo era en la ciudad de New York, vieron sus condenas rebajadas con algunos años.

Muchos de ellos trabajaban para él coaccionados, tenían deudas económicas de las que él se hizo cargo, o ayudó con las facturas médicas de algún familiar y así se aseguró que le serían leales.

Tal como me dijo Xander, avisé a Gina y Zack de que posiblemente los investigaran a ellos también y les llamaran a declarar, y así fue.

Cuando todo salió a la luz, sus nombres aparecieron en esas listas de invitados a fiestas clandestinas, pero salieron indemnes dado que no tenían nada que ver con lo que Roy McDowall y el resto de implicados hacían.

La policía y el FBI nunca supieron quién facilitó los nombres de aquellos cuatro anfitriones que estaban al corriente de lo que ocurría en sus fiestas, pero yo, sí, y mantuve el secreto, y lo seguiría manteniendo, hasta el fin de mis días.

Zack fue de mucha ayuda y se lo agradecí, por su parte me dijo que era el modo de redimirse por no hablar antes y haber sido responsable, de algún modo, de lo que le pasó a Alice.

En cuanto a ella, conseguimos que uno de esos trabajadores coaccionados de Roy McDowall, nos contara lo que le había ocurrido.

Tal como creímos, alguien comenzó a sospechar de ella, de sus intereses al estar cerca del jefe.

La vieron en un par de ocasiones con Stan, empezaron a hacer sus propias averiguaciones y supieron que él era aquel médico que casi llevó a McDowall a la cárcel por el asesinato de su hermana pequeña, que ella mantenía una relación desde hacía tiempo y que sin que nadie lo supiera, Alice había estado haciendo preguntas a muchas de las chicas que veía en las fiestas.

Todo aquello conllevó a que supieran que tenía información suficiente sobre el jefe y la organización como para incriminarlo y que acabara en la cárcel, que aquella noche le preguntaron dónde lo tenía y quién más sabía lo de esas chicas, pero ella no confesó y acabaron asesinandola.

Según dijo, a McDowall le gustaba usar pañuelos con los que privar de un poco de aire a sus amantes mientras mantenía sexo, y esa noche llevó a Alice al límite hasta dejarla sin vida.

El resto de lo que ocurrió para simular su muerte, ya lo sabíamos.

Aquella había sido una operación que unió a policía y FBI por todo el país, y eran más de doscientas las personas implicadas en esa red de trata de personas.

A pesar de que muchos quisieron alardear de ser gente importante e influyente en sus comunidades, de que sus abogados conseguirían sacarles en menos de veinticuatro horas de ese asunto, ninguno fue exculpado y hoy, un mes después de que todo comenzara, había tenido lugar el juicio.

Condenas para muchos que conllevarían que salieran de la cárcel cuando tuvieran algo más de sesenta años por varios delitos, y otras algo menos exigentes para esas personas que hicieron un trato a cambio de contar lo que fuera necesario.

Y ahí estaba yo, en una terraza cerca de mi casa tomando una copa con Zack, que aún tenía la pierna escayolada y se ayudaba de las muletas para caminar, y de un chofer que le llevaba donde necesitaba, celebrando que todo había acabado.

—Así que, ¿esta será la última vez que nos veamos? —preguntó tras beber de su copa.

—No, no, tú no te vas a deshacer de mí —reí.

—Pero no vamos a divertirnos más.

—Eso lo sabes desde hace un mes.

—¿Cómo va con el agente del FBI?

Suspiré, pues, aunque no le había dicho nunca de quién se trataba, a Zack le bastó con vernos a Xander y a mí juntos en una misma habitación una vez, para saber que era el hombre que hacía que me brillasen los ojos al hablar de él.

—No hay nada. Y nunca lo hubo, porque, a ver, solo nos dimos algunos besos, nada más.

—Dado que soy mayor que tú y tengo un poco más de experiencia en esto de las relaciones...

—Espera, que veo que te vas a poner profundo y necesito beber antes —dije mientras cogía mi gin tonic para dar un sorbo—. Ahora, continúa.

—¿Te he dicho que tengo que tener mucha paciencia contigo algunas veces? —Arqueó la ceja—. En fin, como decía, y haciendo caso a las palabras de mi madre, en un beso se puede saber mucho más sobre lo que siente una persona, que teniendo sexo. Dime, ¿qué sentías con esos besos?

—Pues, que eran tiernos, sinceros. Que se mostraba cariñoso. Ay, Zack, no sé —dije cuando vi que sonreía.

—Sí sabes, preciosa, igual que yo. La química y la atracción no son solo algo sexual, y como te digo, un beso lo puede ser todo.

Dio un sorbo a su copa y me quedé pensando en lo que acababa de decir. En parte sabía que tenía razón porque, a lo largo de mi vida me habían besado muchas veces, pero ninguna como lo había hecho Xander.

Pedimos otra copa cuando nos acabamos esa primera y seguimos hablando como lo que éramos desde hacía un mes, un par de amigos que se veían para ponerse al día después de una larga semana de trabajo.

En algún momento hasta le dije que con él sentía esa conexión que siempre tuve con Alice, y los dos sabíamos que la nuestra iba a ser una amistad para toda la vida, a pesar de que tuviéramos un pasado sexual juntos.

Estábamos riendo por alguna de sus bromas cuando escuché una voz a mi espalda que hizo que me estremeciera, pues no esperaba que precisamente él estuviera allí.

—Buenas noches.

Me giré y vi a Xander con su traje oscuro y elegante, la camisa blanca y la corbata, y no sabía decir si era por las cuatro copas que me había tomado, o porque realmente ese hombre estaba tremendamente bueno así vestido, pero me mordisqueé el labio mientras le recorría con la mirada.

—Agente, qué bueno verlo de nuevo —dijo Zack con una sonrisa, al mismo tiempo que me cogía la mano que tenía sobre la mesa.

—Zack —Xander asintió y me miró de nuevo—. Hola, Zoe.

—Hola. ¿Qué haces aquí? Y no me digas que pasabas por esta zona, porque está un poquito lejos de tu casa y de la comisaría.

—Venía a verte.

—¿Quién te ha dicho dónde estaba? —fruncí el ceño, y ante su falta de respuesta, resoplé—
Clare —deduje.

—Yo creo que me voy a ir —comentó Zack, y lo miré con los ojos muy abiertos—. Preciosa, nos vemos pronto —dijo tras ponerse de pie y besarme la mejilla—. Agente, eres un tío con suerte —sonrió—. Cuídala, o te aseguro que moveré ficha de nuevo.

Fruncí el ceño al escucharlo y lo vi caminar hacia donde estaba su coche. El chofer salió para abrirle la puerta y antes de entrar, me miró con una de sus pícaras sonrisas y me hizo un guiño.

—Me lo dijo él —miré a Xander sin entender—. Zack, él me dijo dónde estarías esta noche. Aparte de llamarme, y cito textualmente, idiota descerebrado por dejar escapar a la mujer de mi vida —dijo mientras se sentaba donde antes estaba Zack.

—No entiendo nada.

—Él sabe lo que siento por ti, me llamó esta mañana y me dijo que, si no hacía algo, acabaría perdiéndote. Y no ha sido el único, eso me lo ha dicho hasta tu tío.

—¿Y cómo sabe mi tío...?

—Es policía, Zoe —sonrió—, y a la policía no se le engaña, así como así. Tampoco está ciego, y nos ve a los dos en una sala, cómo nos miramos o intentamos disimular que nos miramos.

—Pues no sé cómo se supone que me miras.

—Como si fueras la única mujer en el mundo para mí —contestó mientras me cogía la mano—. Porque es lo que eres, Zoe. Desde que te vi la primera vez supe que eras especial, sentí algo, y cuando te besé, supe que eras la persona que había estado esperando tanto tiempo. Desde ese primer beso, pequeña, has sido mía. Y sí, me mataba saber que el banquero te podía tener, y yo no.

—Nunca me tuvo, Xander —murmuré—. Solo fue sexo. Pero, ¿contigo qué es, Xander? Porque nos hemos besado, me has dado muestras de cariño, nos hemos abrazado y nada más.

—Conmigo es todo lo que quieras, pequeña —contestó acariciándome la mejilla—. Porque contigo lo quiero todo.

Acortó la distancia que nos separaba y sentí el calor de sus labios en los míos, cerré los ojos y mientras Xander me besaba, comprobé lo ciertas que eran las palabras que había dicho Zack.

En un beso se podía saber mucho más sobre lo que sentía una persona, y en ese instante supe que él me quería por encima de todo, y que me amaba como yo a él.

Capítulo 36



Era sábado, y después de disfrutar de la cena con la mejor de las compañías, íbamos ahora de camino a tomar una copa en un bar que Clare dijo estaba muy de moda desde hacía un par de meses y quería ir a conocerlo.

Brenda y ella caminaban por delante, la agente del FBI tenía el brazo sobre los hombros de mi prima y las dos iban hablando y riendo de algo que Clare había dicho.

Xander y yo íbamos detrás, cogidos de la mano, con Ethan a nuestro lado.

—Esto de salir los cinco juntos y ser el que aguante la vela, no mola —dijo Ethan con un suspiro.

—Pues ya sabes, llegó el momento de que encuentres a la mujer de tu vida —le contestó Brenda.

—No creo que haya muchas mujeres queriendo tener algo con un padre divorciado. Y no voy a esconder a Liam —se refirió a su pequeño.

—Te sorprenderías la cantidad de mujeres que adoran a los niños y no les importa ser la segunda mamá que cuida y mimas al hijo de su pareja —le aseguré.

—Prima, vamos a tener que buscarle nosotras a la futura señora O'Brian —rio Clare.

—No, no, gracias, ya la encontraré yo solo. Quién sabe, igual me llega, así como vosotras a la vida de este par de suertudos, por casualidad.

—Las casualidades no siempre lo son —contestamos los cuatro al unísono y acabamos riéndonos al verlo a él volteando los ojos.

Xander me dio un beso en la mejilla antes de entrar en el local y sonreí.

Desde que se presentó en la cafetería cerca de mi casa aquella noche había pasado una semana, y en ese tiempo hablamos por teléfono, nos mensajamos, habíamos quedado para comer o cenar, incluso en el apartamento de alguno de los dos, pero todavía no habíamos ido más allá de unos

besos y alguna que otra caricia.

Xander decía que quería demostrarme que no estaba conmigo por el sexo, sino que me amaba de verdad, y eso que al final de la sesión de besos acabábamos los dos con la temperatura tan, pero tan subida, que podríamos provocar un incendio en el edificio.

Nos teníamos muchas ganas, eso estaba claro, pero sabía que la espera merecería la pena.

Fuimos a la barra y pedimos una primera ronda de chupitos para comenzar la noche, y tras ellos, gin tonic para nosotras y whisky para ellos.

El local estaba lleno, allí no cabía ni un alfiler, la gente se repartía entre la barra, la zona de mesas altas, las otras mesas con sofás en un lateral, y los reservados.

Por no hablar de la zona central, donde parejas y grupos de amigas se dejaban llevar por la música mientras bailaban.

—Uy, lo siento —dijo una chica que no debía tener más de veintidós años mientras dejaba la bandeja llena de vasos vacíos en la barra, tras golpear sin querer con ella a Ethan y hacer que casi se le derramara el whisky en la camisa—. Perdón, de verdad, pero es que hoy no hay quien se mueva por aquí —suspiró.

—Tranquila, no ha habido que lamentar daños —contestó él con una sonrisa—. Aquí se cae un centavo, y no lo encuentran.

—Peor, que a mí se me ha caído una lentilla —resopló aquella joven de cabellos dorados y ojos verdes—. Así voy, que veo a medias.

Ethan soltó una carcajada, y al ver el modo en el que interactuaba con aquella chiquilla, los cuatro nos miramos y sonreímos.

—Deberías llevar gafas, entonces.

—Eso según mis compañeras queda poco atractivo —se encogió de hombros.

—Pues te imagino con gafas y te veo muy atractiva —sonrió.

—Oh —ella se sonrojó apartando la mirada, y comenzó a dejar los vasos vacíos en la barra.

—Soy Ethan —dijo tendiéndole la mano, ella la miró, miró de nuevo a Ethan a los ojos, y sonrió mientras la aceptaba.

—Sally.

—Encantado de conocerte, Sally.

—Hola —dijo mi prima, apoyando ambas manos en la espalda de Ethan—. Soy Clare, estos de

aquí, mi novia Brenda, mi prima Zoe y su novio Xander, todos amigos de Ethan.

—Encantada —se sonrojó de nuevo.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Sally?

—Clare, que te estoy viendo venir —reí.

—Claro, si mi respuesta puede ayudarte...

—¿Te gustan los niños?

—Sí —sonrió.

—Ajá. Y... ¿qué piensas de un papá divorciado que cuida de su pequeño de cinco años?

—Que es un hombre valiente y encantador, porque no todo el mundo se hace con un niño de cinco años.

—Ethan, un placer abrirte el camino —le dijo Clare, con una sonrisa de lo más pícaro.

—Sally, aquí tienes las bebidas de la mesa diez —dijo la camarera que había tras la barra, y ella comenzó a llenar la bandeja.

Cuando se despidió de nosotros con una sonrisa, Ethan miró a mi prima con la ceja arqueada.

—¿En serio acabas de hacer eso?

—¿Y tú sabes cómo os mirabais? —respondió ella.

—Podría ser mi hija.

—Ethan, dos cositas —dijo Brenda, pasándole el brazo por los hombros—. El amor no tiene edad, y las casualidades no siempre lo son —le dio un golpecito en el pecho antes de alejarse, y fue a bailar con mi prima.

Ethan nos miró a Xander y a mí, que nos encogimos de hombros, pero estábamos de acuerdo con ella.

Desde ese momento, cada vez que podía, Sally se acercaba a esa zona de la barra y hablaba un poco con Ethan, que sin que se diera cuenta sonreía de un modo diferente cuando la tenía al lado.

Comenzó a sonar una canción que le gustaba mucho a mi prima y habíamos escuchado cientos de veces, le pasó los brazos a Brenda alrededor del cuello mientras ella la rodeaba por la cintura, y comenzaron a bailar.

“Te amo, te amo, she said to me...”^[2]

Xander estaba pegado a mi espalda, entrelazó nuestras manos y se inclinó para besarme el cuello.

Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás, recostándome en su pecho, mientras me concentraba en la letra de aquella canción de Rihanna, cuya voz llenaba el local.

Noté su mano deslizándose por mi cintura y la dejó sobre el vientre, comenzando a mecernos a los dos de un lado al otro, mientras sus labios seguían posándose poco a poco en mi cuello.

“I’m not gonna run away...” ^[3]

Miré a Xander mientras le decía esas palabras, quería que supiera que nunca, por nada del mundo, saldría corriendo.

Que al igual que él, yo quería todo con él.

—Te amo —dijo con la frente apoyada en la mía, mirándome fijamente con esos ojos azules como el océano.

Sus labios se posaron en los míos y el calor de ese beso, mezclado con el baile y mientras notaba en la parte baja de mi espalda el leve roce de su entrepierna, hicieron que la temperatura comenzara a subir entre nosotros.

Y fue ahí cuando supe que tenía que ser esa noche, que, sí o sí, iba a ser esa noche cuando me entregara a él definitivamente, en cuerpo y alma, dándole todo de mí.

Capítulo 37



Después de aquella noche de cena y copas con mi prima y los demás, y con algún que otro baile sensual, Xander me invitó a ir a su casa y acepté, pues estaba dispuesta a que esa noche, fuera nuestra primera gran noche.

Nada más entrar en el apartamento nos besamos y fuimos hasta el salón

—¿Te apetece una última copa? —me preguntó, mientras colocaba un mechón de cabello tras mi oreja.

—Claro —sonreí.

—¿Qué quieres?

—Un Martini —respondí.

—Cariño, son las tres de la mañana —rio Xander—. La hora del Vermut ya ha pasado. ¿No crees que cualquier otra bebida espirituosa te relajaría más? ¿Por ejemplo un Gin Tonic?

—A ver, agente Wells, ¿qué sabrás tú lo que a mí me relaja más o no? A mí personalmente siempre me ha gustado ese toque seductor que tenía James Bond —dije con una sonrisilla—. A mí me pone mucho el agente 007, y si él toma Martini, pues yo tomo Martini, sobre todo para ponerme a tono, que entiendo que es lo que tú quieres en este momento. ¿No?

Me estaba mostrando atrevida, pero quería que mi querido agente del FBI supiera que estaba lista para ir un paso más allá en nuestra relación.

Él tragó saliva y supe que fue porque no sabía dónde meterse en ese momento. ¿Sería que tal vez ninguna mujer le había respondido así de tajante sobre lo que necesitaba para ponerse en situación?

Me hizo caso, y se dirigió al mueble bar, de donde sacó una botella de Martini para servirme una copa.

—Sólo tengo del Rojo, ¿te va bien?

—Perfecto —respondí de la manera más sensual que pude.

—Creo que te va perfecto con ese color de labios que llevas hoy —me dijo—. Llevo toda la noche prendado de esos labios tan hermosos, tan sugerentes, que me encantan —confesó mientras vertía el líquido de color rojo en la copa antes de ofrecérmela.

Me acerqué la copa y tras tomar un primer sorbo, dejé la marca de los labios en el cristal. Lo hice todo de un modo muy sugerente, sin apartar la mirada en ningún momento, dejándola fija en los ojos de Xander, y lo hice de tal modo que podríamos decir que fue de manera artística, porque el dibujo que quedó era casi perfecto.

—¿Por qué no nos sentamos en el sofá? Seguro que estaremos más cómodos —comenté, enviándole una mirada de lo más seductora.

—Como usted mande, bella damisela, pero antes déjame que me ponga un escocés amigo mío que durmió durante varios años en barrica de roble americano. Me encanta esta botella que tiene este distintivo tan elegante. Solo por ello ya merece la pena pagar lo que vale.

Me senté en el sofá mientras le observaba y cuando Xander se giró, vi el modo en el que se le abrían los ojos al verme cruzar mis estilizadas piernas, haciendo que el vestido dejase ver en un instante, lo que esa noche iba a ser suyo, y nada más que suyo.

—¿No viene a sentarse, agente Wells? —pregunté, dando un par de golpecitos en el asiento, mientras pasaba la lengua por mis labios.

A esas alturas estaba completamente segura de que la mujer libidinosa que había hecho acto de presencia en ese momento, lo hizo fruto de las copas que ya me había tomado.

Xander me miraba fijamente, con el azul de sus ojos aún más oscuros que de costumbre, incluso me atrevería a decir que, por su forma de respirar, la temperatura estaba empezando a subirle de una manera casi agonizante.

Se sentó a mi lado, dio un sorbo a su copa y lo escuché soltar el aire con cierto disimulo.

—¿Y qué te digo yo ahora, pequeña? —sonrió— Me estás provocando y vas a acabar quemándote si juegas con fuego.

—A ver si ahora me vas a decir que te has vuelto tímido de repente. Anda que no tiene que estar acostumbrado un tío tan bueno como tú a que lo seduzcan. Que estamos en pleno siglo XXI. Anda, déjate de tonterías y acércate más que necesito un bombero que me apague este fuego que llevo dentro.

Xander soltó una carcajada y yo me reí con él, pues había sido cosa suya lo de decirme que estaba jugando con fuego.

Xander acercó sus labios a los míos y comenzó a besarlos con tal frenesí que ambos nos contoneábamos de tal modo, que parecíamos una pareja de colegiales con las hormonas disparadas en plena adolescencia.

Él me besaba con tal pasión, que no sólo quería y buscaba mis labios, sino que también deseaba mi cuello, y mientras Xander me besaba y excitaba, yo gemía y pedía que siguiera.

Bajó hacia el escote comenzando a mordisquear mis pechos que sobresalían un poco por encima del vestido. Podía notar que el desenfreno que nos envolvía en ese momento era total, ambos estábamos totalmente extasiados de amor y ninguno de los dos quería parar. Se notaba, podía sentirlo en cada beso y caricia que Xander me daba.

En ese momento me bajó los tirantes del vestido de tal manera, que ambos pechos quedaron al descubierto y comenzó a besarlos con toda la atención del mundo, primero el izquierdo y luego el derecho, una y otra vez hasta que mis pezones rosados se volvieron casi puntiagudos.

—Espera un momento —me dijo mientras se apartaba—. Ya que voy a desarrollar una relación de amistad con tus partes más íntimas, quiero que disfrutes con algunas cositas.

Lo vi marcharse del salón e ir hacia el pasillo, sin lugar a dudas iba a la habitación, pero, ¿qué iba a buscar? ¿A qué cositas se refería?

Y mientras él andaba por algún lugar del apartamento, yo me quedé allí sentada esperándolo, con un calentón de narices y sin poder creerme que me hubiera dejado allí colgada.

Suspiré, pensé en tocarme y que me encontrara así a su vuelta, pero entonces vi la botella de Martini y mi copa casi vacía.

—Perdona cariño, ¿te falta mucho? —le grité— ¿A ver si me voy a tener que agarrar a la botella, porque no tengo otra cosa a mano? Todavía no he visto nada y ya estás jugando al escondite.

Me eché a reír al escuchar su carcajada, y segundos después lo vi.

—Tranquila, ansiosa, no tengas tanta prisa que tenemos todavía mucha noche por delante —me dijo, entrando de nuevo en el salón, pero ahora traía una cajita en la mano.

—¿Y esto qué es? —pregunté frunciendo el ceño— Mira que, para ser un anillo de compromiso, la caja es muy grande.

—Son solo juguetitos —sonrió—, para que experimentes una sensación de placer todavía aún mayor. Ya verás como luego, cuando te corras, me vas a decir que ha sido una de tus mejores noches de pasión.

Xander sacó de dentro de la caja dos bolas chinas, con un diámetro no demasiado grande.

—Pero a ver, que yo me entere... ¿No eras tú el que decía que no necesitaba juguetitos para llevarme al orgasmo?

—Siempre hay una primera vez, pequeña —hizo un guiño mientras sonreía—. Mira, estas hay que masajearlas para calentarlas y luego te las introduces, pero de una en una.

—Prefiero que las introduzcas tú, a ver qué tal se te da, porque de momento no he visto que seas capaz de meter otra cosa —volteé los ojos y él soltó una carcajada.

Me subí el vestido y, ciertamente, ya estaba lista porque al no llevar ningún tanga bajo el vestido, para que no se me marcara nada, lo único que tuvo que hacer él fue acercar sus manos a mi zona y prepararlo bien. Estaba tan excitada de pensar en lo que sería nuestra primera noche, que estaba completamente húmeda y dispuesta para él.

—Joder cariño, estás más que lista —murmuró.

—¿Me vas a hacer esperar más? —protesté, mirándolo con la ceja arqueada.

—No, no —rio.

Él me obedeció y comenzó a introducir una de las bolitas. La verdad es que entraba muy bien y comenzó a jugar con ella, a la vez que con la otra mano me masajeaba el clítoris. Estaba muy excitada, y a cada segundo que pasaba, más me excitaba el hombre que me miraba con esos ojos cargados de deseo y lujuria a partes iguales.

El placer que ese artilugio me estaba dando iba aumentando por momentos, y yo gemía más y más. Al final iba a tener razón, pues lo que estaba disfrutando hasta ese momento no tenía precio. Jadeaba y arqueaba el cuerpo para que cada vez la bolita tuviera más sitio para entrar y cuando salía, una explosión de placer me recorría por completo.

Vi a Xander desnudarse a toda velocidad, sin duda tan excitado y deseoso como yo, tanto que casi se cae al tratar de quitarse los pantalones lo más rápido posible. Me cubrí los labios para que no me viera reír, pero fracasé, lo vio igualmente.

Y tras ese divertido momento, por fin vi lo que tantas veces había sentido...

Ni corta ni perezosa lo cogí con la mano, deslizándola de arriba abajo, acariciándolo mientras lo miraba fijamente a los ojos y observaba que le gustaba lo que hacía.

Y mientras yo le tocaba y él me tocaba, con aquellas bolas en mi interior, comencé a jaderar de una manera más rápida y a moverme, sabiendo que estaba llegando al momento culmen de estos primeros juegos, y apenas unos segundos después me corrí con tanta fuerza, que lancé un grito casi desgarrador.

—Joder, pequeña, eres de lo más receptiva.

—Eso es porque tienes unas manos prodigiosas —sonreí mientras me acercaba para besarlo.

El miembro de Xander estaba completamente erecto, y como quería darle más placer a mi querido agente, lo agarré de las caderas para acercarlo a mi boca, tras lo que comencé a lamer

mientras lo escuchaba jadear, presa del placer.

Un movimiento tras otro me lo introducía a la vez que lo agarraba fuertemente de las caderas, no le daba tregua y tampoco quería, mientras él hacía lo que podía para aguantar sin explotar de placer, podía notarlo, podía sentir que si no paraba...

—Para pequeña, para, que, como sigas, voy a terminar dentro de tu boca. —me pidió, y terminé de acariciarle con la lengua y pasársela por todo su miembro.

—Parece que tienes poco aguante. A ver si va a resultar que hablas demasiado y luego se te va la fuerza por la boca —le reté, arqueando la ceja.

—Ah, ¿sí? Pues espera que ahora, después de la bolita, tengo otra cosita para ti. Si antes te has corrido pronto, prepárate para lo que viene.

Xander se acercó a la caja donde había traído las bolitas, y de allí sacó un vibrador que, si la vista no me engañaba, aquello debía ser tamaño XL.

No ya solo por su gran longitud, sino por su elevado grosor, y que además tenía unas protuberancias a lo largo de todo el látex, desde la punta hasta la base.

—¿Todo eso es para mí? Madre mía, es imposible, eso no me va a entrar, y mira que estoy muy excitada, pero...

—Tranquilízate, seguro que no es para tanto. De todas maneras, le voy a poner un poco de lubricante para que todo vaya como la seda. ¿Qué, te atreves? —me retó Xander, con una mirada pícara a la vez que movía sensualmente el vibrador ante mis desorbitados ojos.

—Venga vale, ya que estamos aquí, probemos. Aunque no sé yo, lo sigo viendo demasiado...

—Tienes que tener en cuenta que esto lo hacen para que cualquier mujer con un poco de paciencia, sea capaz de acogerlo en su interior.

—Xander, una duda... ¿Tú has buscado en Internet?

—No, pequeña, me aconsejó la dependienta del *sex shop* al que fui a curiosear.

—Uy, uy, que esa, lo que quería era que lo probaras con ella —fruncí los labios.

—Pues no te diría yo que no —sonrió—, pero le dije que era para llevar a mi mujer al séptimo cielo, lugar del que se había caído como el ángel que es —me besó y me derretí por completo ante aquellas palabras.

Me situé en una postura lo más cómoda posible en el sofá, separando bien las piernas y con las manos me ayudé para separar los glúteos de modo que los labios de mi sexo se abrieran aún más. Él, comenzó a jugar con el vibrador despacito, masajeando mi sexo de arriba abajo, mientras yo gemía ante el placer que notaba con aquel juguete acariciando mi clitoris.

De repente, cuando menos me lo esperaba, Xander empezó a meter la puntita. Me eché un poco hacia atrás y solté un gritito a la vez que abrí los ojos al máximo, puesto que aquello no me lo esperaba. ¡Madre mía, qué barbaridad! Pues sí que era cierto que me estaba empezando a entrar.

Mi sexo se abrió de una manera que jamás habría imaginado y comencé a experimentar un placer como nunca antes lo había llegado a sentir, y eso que cierto banquero había usado otros juguetes conmigo.

Xander lo fue introduciendo poco a poco, y cuando entraba un poquito, lo volvía sacar. ¡Qué placer me estaba produciendo, Dios mío! Al igual que antes, mientras que con una mano me introducía con cuidado aquel vibrador, que activó en ese instante, con la otra me masajeaba el clítoris, y esto me estaba llevando a levitar al séptimo cielo, tal como él le había dicho a la dependienta del *sex shop*.

Si antes fue él quien casi no pudo aguantar el orgasmo, era ahora yo quien no pude más, y cuando él vio que estaba llegando a mi máximo placer, justo en el momento culmen, lo sacó, rozando todas las protuberancias por mis paredes vaginales, lo que unido al continuo masaje que me hacía con la otra mano en el clítoris, provocó que estallara en una catarata de placer y acabé totalmente extasiada y sin poder casi mover un solo músculo.

—Agente Wells, ¡cómo me has puesto! —dije mientras lo veía acercarse a mí como un felino.

Y sin darme una sola pausa, se abalanzó sobre mí y comenzó a besarme con tal ansiedad, que casi parecía que fuera a comerme como el lobo a Caperucita. Notaba su miembro erecto y palpitante, que no había bajado ni lo más mínimo, justo en mi entrepierna, puesto que Xander se había echado encima de mí, como si le fuera la vida en ello.

Sin darme tiempo a más, trató de penetrarme, pero lo detuve, a pesar de mis ganas de sentirlo y el deseo de ser suya.

—¡Eh valiente, espera un poquito! —grité— Ponte protección, no vayamos a tener alguna desgracia.

—Vale, vale, tranquila —sonrió—. Ya veo que sorpresas de nueve meses, de momento, no quieres —se inclinó y me besó en la frente—. Y en cuanto a enfermedades, despreocúpate, que estoy sano. Te recuerdo que soy agente del FBI y nos hacen analíticas muy a menudo.

Se levantó y vi que sacaba la cartera del bolsillo trasero del pantalón, un preservativo.

Se lo quité de la mano y fui yo quien lo deslizó suavemente por todo su miembro, y cuando llegué al final, él se volvió a abalanzar sobre mí.

Estaba excitadísimo, de eso no me cabía duda, y se veía que después de tanta espera no quería perder ni un segundo, así que, casi sin darme cuenta, él ya me estaba penetrando para después comenzar a mover sus caderas, entrando y saliendo sin parar.

Y con cada una de sus embestidas yo gritaba más y más, pidiendo que no parara, que siguiera.

Pero de repente paró, me dijo que me diera la vuelta y me ayudó a colocarme apoyada en mis codos y rodillas. Xander me penetró de nuevo y comenzó otra serie de embestidas que me hacían llegar al séptimo cielo.

Tras una buena serie de sucesivas embestidas, rápidas y fuertes llegando a lo más hondo de mí, él estaba un poco agotado, incluso jadeaba, pero lo que parecía que iba a ser una pausa, no fue nada más que un pequeño respiro.

Xander me dijo que le diera mis manos y tras entrelazarlas, mientras mantenía la mejilla en el apoyabrazos del sofá, Xander comenzó a penetrarme de nuevo con tal fuerza, que sentí que me faltaba poco para correrme, y así fue.

Yo, que también estaba muy excitada, aproveché la oleada, Xander debió sentirla y tras un grito de placer de ambos, terminamos los dos fundiendo nuestros cuerpos en un tsunami de placer que nos llevó a ambos a quedarnos totalmente extasiados.

—Cásate conmigo, Zoe, conviértete en mi mujer —murmuró Xander en mi oído.

Capítulo 38



Seis meses después...

—¿Quieres estarte quieta? —protestó Clare— Como sigas moviéndote, voy a hacerte una carretera en la cara con el *eyeliner*.

—Amor, tranquila, que la vas a poner más nerviosa —le dijo Brenda.

—¿Más? —preguntamos mi prima y yo, al unísono.

—Vale, no he dicho nada —contestó con ambas manos levantadas.

No es que estuviera nerviosa, es que estaba atacada. Ese día era el gran día, mi gran día, bueno, mío y de Xander, pues después de que me lo pidiera aquella noche tras nuestra primera vez, estábamos a punto de convertirnos en marido y mujer.

En apenas una hora, dejaría de ser Zoe Coleman, para convertirme en la señora Wells.

Fue todo muy rápido, al día siguiente de su peculiar petición, reunimos a nuestra familia y amigos para darles la noticia, y desde ese mismo momento mi madre y mi tía, empezaron a organizarlo todo.

No me dejaron hacer nada, salvo elegir el vestido, obvio, y qué vestido.

Era entallado, con tirantes y escote con forma de corazón, y de la falda salía una pequeña cola.

Tenía un cinturón plateado con algunos cristales incrustados y escogimos una tiara haciendo juego.

Además de Brenda, Sally estaba allí también. Aquella camarera que casi derramó el whisky sobre Ethan, finalmente se convirtió en la mujer que le acabó robando el corazón. Tenía veintidós años y ya conocía a Liam, y decir que el niño y ella eran inseparables, era quedarse cortos.

Se habían cogido tanto cariño que cuando la madre de Liam tenía turno de trabajo por la tarde, era Sally quien cuidaba del pequeño, mientras Ethan también trabajaba.

A pesar de que Ethan y su ex estaban divorciados, tenían una buena relación y Sally se llevaba muy bien con ella, al punto de que la madre de Liam, confiaba en Sally si tenía que llevar al niño al médico o alguna de las actividades del colegio, incluso Sally acudió a la fiesta de padres e hijos donde celebraron un baile, allí estuvieron los tres, dejando ver al resto de madres y padres que se podía mantener una buena relación con sus ex y sus nuevas parejas.

Mientras Clare terminaba de maquillarme entraron Gina y Sofia, mi jefa y compañera de trabajo, con una botella de champán.

—Venga, un brindis por la novia antes de que se convierta en una mujer casada —dijo Gina.

—Verás que al final hago el camino por la alfombra, borracha —reí.

—Que no, que solo vas a tomar una copa.

—O media —dijo Brenda.

Sofía llenó siete copas, dejando una a lado nuestra, y brindamos.

—Por la novia más guapa —dijo mi prima, y todas chocamos nuestras copas con la que había sobre la mesa.

—Por ti, Alice —sonreí antes de dar un sorbo.

Ese día me faltaban dos personas importantes, pero sabía que estarían allí acompañándome.

Mi madre, la noche anterior que pasé en su casa pues desde una semana después de prometerme con Xander vivía con él en su apartamento y puse el mío en venta, me entregó una pulsera que mi padre le regaló a ella el día que nació, y con la que siempre quiso que alguna vez me casara.

La toqué pensando en él, cerré los ojos unos instantes y lo vi allí conmigo.

—¡Sally, Sally! —gritó Liam entrando en la habitación.

—¿Qué pasa, mi vida?

—Se me ha deshecho el nudo —suspiró mientras miraba la pajarita.

—Pues vamos a arreglarlo —lo cogió en brazos y salió de la habitación con él.

—Nosotras vamos saliendo al jardín para comprobar que todo está perfecto —dijo Gina—. Te vemos ahora, cielo.

Ella y Sofía salieron de la habitación y mi prima terminó de ayudarme a vestirme. Brenda me dio el ramo y me hizo posar junto a la ventana para hacerme una foto que quedó preciosa.

Nos hicimos varios selfis las tres juntas, Clare y yo solas, y hasta alguna que otra foto con caras graciosas que Clare decía que quedarían de lo más divertidas en el álbum.

Un par de golpecitos en la puerta hicieron que las tres miráramos hacia ella, y allí vimos a mi padrino, elegante y súper atractivo con su traje negro, camisa blanca y pajarita azul a juego con los vestidos de mis tres damas de honor.

—Y pensar que podría ser yo el que estuviera ahora esperándote en el altar —dijo Zack con un suspiro.

—Pero no lo eres —reí.

—Porque no insistí, que, si en vez de haberle dicho al agente del FBI dónde encontrarte aquella noche, me hubiera callado, te habrías quedado conmigo.

—Sabes qué...

—Sí, lo sé. ¿Pero has visto qué buen perdedor soy? Que te voy a llevar a los brazos de otro hombre para que te conviertas en su mujer. Eso no lo hace cualquiera.

—Desde luego que no, banquero —dijo mi prima—. Pero digo yo, ¿nos podemos fiar de que de verdad la llevas hasta su futuro marido? Mira que todavía te veo levándotela para casarte con ella en Las Vegas.

—Amor, no le des ideas... —rio Brenda.

—Puedes fiarte. Pero si quieres te doy las llaves de mi coche, como señal de mi buena fe.

—Ya, como que no habrías pensado en dejar otro aparcado por aquí cerca —Clare frunció el ceño y me eché a reír.

—Prima, tienes cada idea.

—Soy policía, cariño, me pongo en lo peor y me adelanto a los acontecimientos.

—Anda, vámonos —Brenda cogió a mi prima de la mano y salieron de la habitación.

—¿Estás segura de esto, preciosa? Tengo un coche esperando fuera por si te lo has pensado mejor.

—Zack, no puedo contigo —reí.

—Vale, eso es que sigues adelante con la boda. Pues me alegro —se inclinó y me dio un beso en la frente—. ¿Lista?

—Lista —sonreí tras coger aire y soltarlo.

Zack me ofreció su brazo, me agarré a él y salimos para ir por el pasillo del hotel hasta la puerta

del jardín donde nos esperaban todos.

—Esto me recuerda la noche que nos conocimos —dijo—, solo nos falta el antifaz.

—Calla, por Dios —reí.

—Te repito que suena mucho mejor Zoe Bennet, que Zoe Wells —se encogió de hombros.

—Señor Bennet, deje de decir tonterías —le di un golpecito en el hombro.

—Al menos considera mi oferta.

—¿Qué oferta?

—La que te dije la semana pasada. Cuando te canses del agente del FBI y te divorcies, ven a buscarme, que seguiré esperándote.

—Zack, solo porque sé que todo esto lo dices de broma, no te lo tomaré en cuenta.

—Ya me conoces, preciosa —hizo un guiño y nos detuvimos delante de la puerta del jardín esperando la señal.

Cuando se abrió la puerta y escuchamos la música, comenzamos a caminar de nuevo por aquella alfombra hasta el altar en el que un sonriente y emocionado Xander me esperaba.

Vi a mi madre y a mi tía, llorando en el banco junto a mi tío Lewis, que trataba de consolar a ambas hermanas. Les sonreí al pasar junto a ellas y cuando llegamos frente a Xander, Zack me cogió la mano y la besó antes de entregarme a mi futuro marido.

—Cuida de ella, agente Wells, porque es un auténtico y valioso tesoro —le dijo a Xander, y él asintió.

Xander entrelazó nuestras manos, sonrió y nos giramos para quedar frente al cura que iba a officiar nuestro enlace.

Y mientras él hablaba yo recordaba lo que habían sido esos meses junto al hombre que estaba a punto de convertirse en mi marido.

La convivencia con él no podía ser mejor, me esperaba cada mañana con el desayuno preparado y me sorprendía los viernes o sábados con una cena romántica.

Cuando nos metíamos en la cama no siempre acabábamos haciéndolo, pues habíamos descubierto que nos gustaba quedarnos allí abrazos, charlando, besándonos e incluso riéndonos.

Eso también era hacer el amor para nosotros, disfrutar del otro sin necesidad de orgasmos de por medio.

Quién a decirme, cuando conocí a ese agente del FBI que consiguió sacarme de mis casillas, que

acabaría enamorada de él hasta la médula, y convirtiéndome en su mujer.

Durante toda la ceremonia Xander me mantuvo cogida de la mano, dándome algún que otro leve apretón para tranquilizarme, y las sonrisas y miradas se sucedieron constantemente hasta el momento en el que intercambiamos los anillos que Liam, el hijo de Ethan, nos entregó.

—Xander, ¿quieres a Zoe como tu legítima esposa? —le preguntó el cura.

—Sí, quiero —respondió, y vi que me miraba mientras lo hacía.

—Y tú, Zoe, ¿quieres a Xander como tu legítimo esposo?

—Sí, quiero.

—Por el poder que la Santa Madre Iglesia me confiere, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Apenas dejó que terminara de decirlo cuando ya me estaba besando, ante los vítores y aplausos de nuestra familia y amigos.

Cuando se apartó, nos miramos a los ojos y supe que ese hombre iba a amarme por siempre.

Pasamos a la zona donde habían preparado las mesas para el cóctel y disfrutamos de ese momento bebiendo y brindando con todos los que iban dándonos la enhorabuena.

Nos hicimos algunas fotos y fuimos a las mesas para cenar, aunque como en todas las bodas, casi no probé bocado. Salvo el pastel, pues me cogí un plato con dos porciones y me senté a comer aquel dulce de tres chocolates que estaba buenísimo.

Xander y yo abrimos el baile con una bonita melodía romántica sin letra, tan solo aquella hermosa música con la que nos fuimos meciendo en el centro de la improvisada pista.

—¿Te he dicho ya que te amo? —preguntó.

—Hoy no —sonreí.

—Te amo, pequeña —me dio un beso en los labios—. Y sigo pensando igual que hace seis meses, lo quiero todo contigo

—Yo también te amo, y quiero todo contigo.

—Me hace usted el hombre más feliz del mundo, señora Wells.

—Usted a mí también, señor Wells.

Epílogo



Seis años después...

Era curioso lo rápido que pasaba el tiempo cuando se disfrutaba de cada momento, de cada minuto vivido con las personas que más querías.

A veces me sentía como si no hubieran pasado seis años de mi boda con Xander, pero entonces veía a nuestros hijos, cómo crecían cada día que pasaba, y volvía a la realidad, esa en la que el tiempo sí había pasado para todos.

Xander me sorprendió con un viaje de luna de miel a La Toscana, y es que me gustaron tanto las fotos del viaje que hizo mi madre, que no dejaba de decir que yo quería ir a conocerlo y él, que quería concederme todos mis deseos, hizo realidad aquel sueño.

De allí regresamos embarazados, algo que ninguno de los dos esperaba, pero que a ambos nos hizo una gran ilusión.

Fue en ese momento cuando Xander decidió buscar una casa con jardín y vender su apartamento, algo que, con la ayuda de Gina, conseguimos antes de que naciera.

Pasamos todo el embarazo deseando conocer a nuestra pequeña, y cuando la vimos por primera vez, sentí lo que era el amor a primera vista.

Mi niña era muñequita, rubia como yo y de ojos azules como el océano que había heredado de su padre, y como no podía ser de otro modo, la llamamos Alice.

No había mejor nombre para mi pequeña que el de la mujer más valiente que había tenido el placer de tener en mi vida.

Cuando supe que estaba embarazada dejé el trabajo, después de mucho meditarlo, para dedicarme de lleno al sueño de mi mejor amiga, ese para el que todos los que me conocían se volcaron de un modo u otro.

Con el dinero de la venta del apartamento de Alice, y la ayuda de Gina al encontrar el lugar

adecuado, puse en marcha una casa hogar para chicos y chicas sin familia que, al cumplir los dieciocho años, debían abandonar el orfanato en el que habían estado.

Teníamos cursos de formación para todos, y allí vivían mientras se formaban y empezaban con su primer empleo para labrarse un futuro.

Mike venía a dar clases de contabilidad de refuerzo, Sofía ayudaba a las chicas que estudiaban Secretariado, y Zack incluso abrió un fondo para esos chicos en su banco tras dar una fiesta benéfica con todos los conocidos de su familia y los clientes que tenía.

Con ese dinero podíamos darles a los chicos y chicas la oportunidad de empezar su nueva vida cuando tenían veinte o veintiún años y decidían encontrar su propio apartamento.

Aunque sobraba decir que mi querida exjefa puso a disposición de nuestra asociación dos edificios de apartamentos para quien quisiera instalarse en uno de ellos.

Llevaba cinco años con aquel trabajo a tiempo completo, y cada uno de esos chicos y chicas que salía con una nueva oportunidad en la vida, era un logro que celebraba, a solas en mi casa, con una copa de vino y brindando con mi querida Alice.

Un año después de nacer mi pequeña, fuimos bendecidos de nuevo en la familia con la llegada de Jim, el hijo de mi prima Clare y su esposa Brenda, quienes se casaron en una ceremonia muy íntima, pero preciosa, seis meses después que nosotros.

Mike y Sofía también se casaron, y hacía tres años que se habían convertido en los amorosos padres de Cintia, una niña preciosa.

Gina, por su parte, seguía soltera, disfrutando de las noches de lujuria y pasión que le ofrecían sus diferentes amantes en el local donde Zack me llevó una vez.

Zack, era el otro gran soltero de nuestra peculiar familia, pues decía que aún no había aparecido la mujer capaz de hacer que su corazón se saltara un latido, eso, o que él no quería ver que su nueva secretaria, Nina, era la que le hacía quedarse sin palabras.

Ethan y la joven Sally, también formalizaron su relación y además de Liam, tenían al pequeño Tyler, de dos años, a quien su hermano mayor quería con locura.

Y dos años tenían también nuestros mellizos, Alec y Bianca, nombres que una vez me dijo Xander que quería poner a sus retoños, puesto que así se llamaban sus padres.

Alec era igual que su padre, y Bianca, igual que yo, pero ambos tenían la forma de ser de su hermana mayor. Los tres eran cariñosos, simpáticos y siempre tenían una sonrisa en el rostro.

Mi madre y mis tíos estaban encantados con sus cuatro nietos, pues ninguno hacía distinciones entre mis hijos y el de Clare.

Muchas veces mi madre se quedaba mirando a mis pequeños, sonreía, y decía lo mucho que

habría disfrutado mi padre con ellos.

—¿En qué piensa la mujer más hermosa de la ciudad? —preguntó Xander uniéndose a mí en el porche de nuestra casa, se sentó a mi lado y me pasó el brazo por los hombros para que me acomodara con la cabeza en su pecho.

—En nada en concreto —sonreí mirándolo, y se inclinó para besarme.

—Mañana es el cumpleaños de tu madre y tu tía.

—Ajá.

—¿Qué les hemos regalado?

—¿Hemos? —Arqueeé la ceja.

—Obvio, tú lo eliges, lo compras, lo envuelves, y dices que es de los cinco.

—Pues les hemos comprado, junto a Clare, Brenda y mi tío Lewis, un par de vuelos y una reserva en un hotel en París para que se vayan las dos durante una semana. Creo que se lo han ganado más que de sobra por todo lo que nos ayudan con los niños y en la asociación.

Y es que ambas aportaban su granito de arena en aquella casa hogar, mi madre, como profesora dando clases de apoyo, y mi tía, como enfermera y cocinera.

—Sí que se lo han ganado, sí. Pero, ¿tu tío se va a quedar solo una semana?

—Ajá. Tranquilo, que ya le hemos buscado algo que hacer.

—Miedo me dais —sonrió.

—¿Qué puede hacer un excomisario de policía al que jubilaron hace un año? Pues echar una mano en la asociación.

—¿Haciendo qué, exactamente?

—Dando charlas. Hay algunos chicos y chicas que quieren ser policías, y nadie mejor que mi tío, para resolver sus dudas.

—En eso te doy la razón —se inclinó y me besó en la frente.

—¿Ya se han dormido los tres?

—Sí, tenemos la casa toda para nosotros.

—Sí, ¿eh? —sonreí con picardía.

—Pequeña, cuando pones esa sonrisa, hay cierto peligro en lo que ocurrirá después.

—¿Y qué ocurre después, agente Wells? —pregunté mientras me movía como una gata para sentarme a horcajadas sobre él.

—Que sube la temperatura —respondió mientras me mordisqueaba el cuello y me agarraba por las caderas, con ambas manos bajo la tela de mi vestido.

—Pues que suba, entonces —susurré, y lo besé con esas ganas que había estado conteniendo desde que lo vi entrar esa noche en casa.

Allí, en el porche, en mitad de la noche, y como habíamos hecho alguna vez antes, nos dejamos llevar por el deseo, las ganas y la pasión, y nos entregamos a ese momento íntimo de placer y amor.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

[1] Traducción: Digo una pequeña oración por ti

[2] Traducción: Te amo, te amo, dijo ella

[3] Traducción: No voy a salir corriendo